

HARLEQUIN

Julia

TINA WAINSCOTT
Una deliciosa distracción

Julia.

TINA WAINSCOTT

Una deliciosa distracción



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2002 Tina Waincott

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Una deliciosa distracción, n.º 1351- febrero 2020

Título original: Driven to Distraction

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1328-961-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Visita: www.theespaciodevale.blogspot.com

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

LA VECINA de la casa de al lado le estaba volviendo loco, y eso que ni siquiera la conocía. Era un problema, ya que le quedaban siete días, una hora y cuatro minutos exactamente para terminar el estudio sobre los hábitos de apareamiento y protección de los caracoles de árbol que iba a presentar con el fin de conseguir una beca de la universidad de Miami. La universidad, con los datos del estudio, iba a solicitar del gobierno un plan de protección y preservación de estos importantes habitantes de los Everglades.

Barrett Wheeler había pasado un año recorriendo la zona pantanosa que constituía el Parque Nacional de los Everglades, seguro de que por fin había encontrado lo que llevaba buscando durante los últimos doce años y sobre lo que su padre tanto le había presionado desde que acabara el bachillerato a los quince años: la meta de su vida. Estaba convencido de que la biología era lo suyo, pero eso fue también lo que pensó cuando se puso a estudiar física y matemáticas. Ahora tenía un doctorado y estaba contento de tenerlo. Lo estaba de verdad. Lo único que necesitaba era decidir qué rama de la biología era la que le interesaba y dedicarse a ella de lleno; sin embargo, no hacía más que embarcarse en diferentes tipos de estudios con la esperanza de encontrar algo que lograra cautivar su interés de forma definitiva.

Estaba interesado en la supervivencia de esos moluscos y siempre se entregaba de lleno a los estudios que realizaba, fueran del tipo que fuesen... a pesar de que su mente ya vagaba hacia las costas contaminadas o, quizá, fueran más importantes los problemas de supervivencia de los felinos de África.

Cabía la posibilidad de que no supiera lo que quería, pero le avergonzaba admitirlo. Empezaba un estudio con todo su interés en él y luego, por algún motivo, perdía el interés paulatinamente.

Pero su estado mental no era lo que estaba obstaculizando su avance en el estudio de los caracoles de árbol.

En primer lugar, se habían equivocado con la fecha de presentación; ahora, Barrett tenía tres semanas menos para su entrega y presentación. Después, su hermana, Kim, se había presentado en su condominio acompañada de su marido y cuatro hijos; necesitaban un sitio donde quedarse mientras arreglaban las tuberías de su casa, que habían estallado. Por suerte, un compañero suyo le había sacado del apuro: sus padres estaban en un crucero y Barrett podía quedarse en su casa en Sunset City, una comunidad de jubilados. Le había parecido la solución perfecta, un lugar tranquilo donde acabar el estudio.

Al menos, en teoría.

Sunset City no era exactamente lo que había imaginado. Era un pueblo de acogedoras casas y bonitos jardines. En el centro del pueblo estaba el Centro de la Comunidad y una piscina; a la entrada, una tienda y una gasolinera. Pero en vez de ser

un lugar tranquilo y reposado rebosaba actividad. Dos días antes, cuando llegó allí por la noche, estuvo a punto de ser atropellado por un grupo de mujeres todas con camisetas decoradas con flamencos rosas haciendo jogging. En los porches, en vez de mecedoras, había bicicletas e incluso una Harley. Un grupo de gente estaba haciendo yoga en el parque y vio a tres hombres desmontando el motor de un Mustang.

Y, en teoría, eso no tenía por qué afectarle.

Normalmente, sus teorías eran sólidas. Sin embargo, con lo que no había contado era con la vecina de la casa de al lado. El día anterior había salido al jardín posterior con sus papeles y el ordenador portátil para trabajar afuera y, quizás, darse un baño en la pequeña piscina. El jardín era pequeño y resguardado, rodeado de espesos y altos setos.

Nada más empezar a trabajar, oyó la voz de ella. Tenía que tratarse de una mujer mayor, pero tenía la voz de una joven. Intentó ignorarla cuando le dijo en voz alta a su marido: —¡Deja de lamerme, Frankie! Tienes la lengua más grande que he visto en mi vida.

Unas imágenes que censuró inmediatamente acudieron a su mente. Entró en la casa.

Aquella misma tarde, salió al porche a cenar. De nuevo, la voz de la mujer le llegó desde el otro lado del seto:

—George, ¿tantos gases tienes? Cariño, huelen como bombas fétidas. ¡Se acabó el Stroganoff para ti! Aunque me supliques, no te va a servir de nada.

¿George? ¿No era Frankie por la mañana? Sintió curiosidad y ganas de asomar la cabeza por un agujero en el seto para ver quién era esa mujer. Pero la idea era descabellada, no tenía ningún propósito en el mundo real.

Aunque, por supuesto, no podía considerarse parte del mundo real. Le había criado su padre, el hombre del que había heredado un coeficiente de inteligencia de ciento ochenta y cinco. Su madre se había aburrido de su científico marido con sus científicos amigos, incluso de un hijo que, a la edad de doce años, sabía más que ella; por lo tanto, había agarrado a Kim y se había ido con ella a vivir a Palm Beach Oeste. Él y su padre se trasladaron a vivir a la ciudad universitaria y, a los quince años, él entró en la universidad de Miami. Como era mucho más joven que sus compañeros de estudios, salía con su padre y sus amigos. Incluso ahora, la gente con la que se sentía más cómodo era con investigadores científicos y profesores.

—¿Me quieres? Yo también te quiero —dijo ella, y Barrett oyó una especie de gruñido a modo de respuesta—. ¡Eh, me estás haciendo cosquillas!

Barrett volvió a entrar en la casa.

El día presente, ahora por la mañana, la vecina estaba con Buddy. Buddy no hablaba, pero ella charlaba sin cesar:

—Eres un grandullón. Así que quieres que te rasque, ¿eh?

Barrett estuvo a punto de volver a entrar en la casa. Pero...

—Te gusta que te haga esto, ¿verdad? Mmmmm.

Barrett trató de imaginar esa voz con un rostro anciano, pero no lo consiguió.

—Estupendo, siéntate encima de mí... ¡Dios mío, pesas una tonelada! —sonidos extraños—. ¡Deja de darme zarpazos, animal!

No fue la curiosidad lo que le hizo acercarse al agujero en el seto, sino la evidencia de que aquella mujer necesitaba ayuda.

Desgraciadamente, el agujero no era tan profundo como había supuesto. Tuvo que

agacharse, meter la cabeza en la abertura y apartar unas ramas con el fin de poder ver el jardín de la casa de al lado.

Lo primero que vio fueron unos pantalones cortos de color rosa ceñidos a unas nalgas que distaban mucho de ser octogenarias. La analizó como a un espécimen interesante: playeras blancas, bien formadas pantorrillas, el pantalón color rosa, mejor olvidarse del pantalón corto rosa, camiseta blanca y cabellos castaños.

— ¡Quítate de mi pie! — dijo ella echando hacia un lado a Buddy.

Buddy era un perro enorme sentado en uno de los pies de la vecina y, por lo que se veía, no tenía intenciones de moverse... hasta que vio algo que le interesó.

Y lo que le interesó, para su desgracia, fue él. Buddy trotó hasta el seto.

Su cara estaba a la altura de la de Buddy. Fue a echarse hacia atrás, pero el seto se lo impidió, clavándole en su sitio con sus ramas; una de ellas atrapándole por el cuello. Buddy se detuvo delante de él y lo miró fijamente.

Cuando la vecina se volvió para ver qué había distraído al perro, lanzó un grito.

— ¡Oh, Dios mío!

— Lléveselo de aquí — dijo Barrett, aun tratando de liberarse y, al mismo tiempo, deseando poder evaporarse.

Por fin, Buddy ideó la manera de investigar aquel rostro entre los arbustos, y lo hizo con una cálida y húmeda lengua. Y cuanto más trataba Barrett de zafarse de las ramas, más se liaba en ellas.

En resumidas cuentas, la mejor forma de conocer a una vecina.

— ¡Buddy, ya está bien! — la mujer tiró de la correa del perro, pero se tropezó y casi cayó. Decidió concentrarse en el animal —. ¡Vamos, siéntate, siéntate!

Mientras forcejaba con el perro, lo único que Barrett podía ver eran visiones rosas cubriendo unas curvas en las que no debería estar fijándose. Y tampoco debería estar sintiendo cierto hormigueo en el cuerpo, ya que solo había ido allí para trabajar y nada más.

Por fin, Barrett se liberó, justo en el momento en el que ella consiguió controlar a Buddy. Barrett se limpió la cara con la manga de la camisa, tratando de no pensar en la cantidad de bacteria que había en la boca de un perro.

— Perdona — dijo ella, aunque debería haber sido él quien se disculpara por meterse donde no lo llamaban.

La vecina se agachó hasta acabar con el rostro a la altura del agujero en el seto y Barrett se olvidó de todo, excepto del atractivo rostro enmarcado en ramas verdes.

— Usted debe ser ese científico tan listo que está haciendo un estudio muy importante sobre ranas. Yo soy Stacy Jenkins.

Y lo sorprendió metiendo la mano por el agujero. A Barrett le llevó unos segundos darse cuenta de que lo que quería era estrecharle la mano. Por fin, se la tomó y una corriente sensual le recorrió el cuerpo.

— Caracoles de árbol.

— ¿Qué?

— Que no estudio ranas, sino caracoles de árbol. Me llamo Barrett y quería pedirle disculpas por...

— ¿Por asomar la cabeza por el agujero del seto para mirarme? — dijo ella sonriente, retirando la mano para asomar la cabeza por el agujero—. Gene lo hace

constantemente.

— ¿En serio?

— Sí, para saludar.

Barrett no pudo evitar fijarse en los firmes y pequeños pechos que la ajustada camiseta insinuaba.

— Así que Frankie y George también son perros, ¿eh?

Ella miró a Buddy, que ahora estaba sentado.

— Sí, claro. Trabajo en la Humane Society con perros que tienen problemas de comportamiento; una vez que solucionamos estos problemas, tratamos de encontrarles un hogar. Yo los traigo a mi casa durante unas horas, a veces toda la noche, y les enseño buenos modales — ella ladeó la cabeza —. ¿Qué creía que eran?

De repente, una expresión de horror la turbó.

— George, Frankie, Buddy... creía que eran hombres, ¿verdad?

Justo cuando Barrett estaba esperando poder evaporarse otra vez, la vecina se echó a reír. Una risa explosiva.

— ¡Si supiera lo absurda que es esa idea!

Barrett sintió un tremendo calor en el rostro, aunque estaba convencido de que no era posible. Él jamás se ruborizaba.

— No es asunto mío, por supuesto, y no era mi intención meterme donde no me llaman...

La risa de ella vibró.

— ¡Tiene gracia! — la risa y la sonrisa le iluminaron el rostro entero—. Aunque también es muy triste, teniendo en cuenta el tiempo que hace que yo no... — Buddy arremetió contra ella por la espalda, tirándola contra el seto. Pero la vecina recuperó el equilibrio y Barrett captó un fugaz aroma a fresas—. Bueno, intento enseñarles modales.

¿El tiempo que hacía de qué y por qué era absurda la idea de que ella invitara a hombres a su casa?

— ¿Es la forma como se gana la vida, enseñando modales a los perros?

— No, así no me gano la vida. El trabajo con los perros es un trabajo voluntario al que me dedico mientras busco un trabajo de verdad — ella se miró el reloj—. Ahora mismo estoy esperando una llamada sobre un posible trabajo, esperemos que tenga suerte.

— ¿No es demasiado joven para vivir aquí? — preguntó él a través del agujero.

— Vivía aquí con mi abuela, ella fue quien me crio. Cuando acabé el bachiller, quería ir a la universidad a estudiar, vivir en el campus y todo eso. Pero mi abuela enfermó y, entre unas cosas y otras, los años pasaron y no fui. Hace dos años mi abuela murió, yo iba a vender la casa, pero todo el mundo me pidió que me quedara. Esto es como una gran familia y me tienen adoptada como nieta. Además, no hay ninguna otra persona que pueda dar las clases de gimnasia en el centro de la comunidad.

— ¿Clases de gimnasia?

— Sí, una mezcla de aerobics y de levantamiento de pesas ligeras — la vecina le enseñó los bíceps, justo el músculo suficiente para seguir pareciendo femenina—. Mantiene la fuerza en los huesos.

— Así que se ha quedado.

Ella alzó un hombro.

— Tampoco tengo ningún otro sitio adónde ir.

Él le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y sus ojos se encontraron. Barrett sintió un vacío en el estómago; quizá, si dejaba de mirar a esos ojos, se le pasaría aquella sensación.

Bajó la mirada y fue cuando notó la preciosa boca que esa mujer tenía: pequeña, pero sensual, y coloreada de rosa. Volvió a los ojos, su marrón le hizo pensar en el chocolate con leche. El vacío en el estómago no se le había quitado. Sin embargo, no podía apartar la vista de ella ni pensar en algo que decir.

Buddy ayudó al arremeter otra vez contra ella, empujándola hacia delante. Barrett volvió a oler a fresas, a pesar de la espesura del seto. Ella recuperó el equilibrio y mandó a Buddy que volviera a sentarse.

Pero Buddy, en vez de sentarse, volvió a acercarse al agujero del seto y Barrett se echó hacia atrás.

— ¿Le dan miedo los perros? — preguntó ella.

— No me dan miedo, me... molestan un poco.

— ¿Ha tenido alguna vez un perro?

— No.

— Eso lo explica todo. Los perros son una compañía excelente. ¿Le gustaría tener uno?

— No — respondió él con demasiada rapidez —. Hoy no — se corrió Barrett.

— Bueno, supongo que tiene que volver a su trabajo. Bienvenido a esta comunidad. Si necesita algo, ya sabe dónde me tiene.

— Gracias — respondió Barrett, preguntándose qué podía necesitar de ella; inmediatamente, decidió no seguir esa línea de pensamiento.

— Hasta la vista — dijo ella, sonriéndole.

— Hasta la vista.

La vecina desapareció.

Ahora, por fin, él podría centrarse en su trabajo.

Estaba equivocado. Veinte minutos más tarde, seguía pensando en ella. Seguía pensando en esos pantalones cortos de color rosa...

No era posible. Lo suyo eran las hipótesis científicas que podían demostrarse empíricamente. Las mujeres y las relaciones con ellas eran algo completamente distinto.

Sus padres eran un perfecto ejemplo de dos personas que jamás deberían haberse casado. Su madre era una mujer impulsiva que se guiaba por el instinto y no tenía ni idea de cuál era su meta en la vida, ni siquiera le importaba. Tras el divorcio, realizó variados y diferentes trabajos; ahora era croupier en un barco crucero.

Su padre seguía siendo profesor del departamento de biología de la universidad de Miami y siempre lo sería. Después de pasar por el derrumbamiento del matrimonio de sus padres, él no tenía ninguna intención de salir con mujeres que no compartieran sus intereses. Había ido con compañeras de universidad y había encontrado la experiencia intelectualmente estimulante. Había salido con mujeres de otros círculos que le habían estimulado físicamente. Pero nunca había encontrado una mujer que le procurase ambas cosas simultáneamente.

Por lo tanto, había decidido que ninguna mujer iba a hacerle renunciar a uno de los

elementos que componían su vida. No le importaba. Su trabajo le procuraba la satisfacción que necesitaba en la vida... o lo haría cuando descubriera qué campo era el que le interesaba. Entonces dejaría de sentir esa especie de vacío que algunas veces le asaltaba. Y ese vacío no era la necesidad de una mujer. Al fin y al cabo, la distancia más corta entre dos puntos era la línea recta... y las mujeres eran todo curvas.

Capítulo 2

STACY trató de no pensar en el agujero en el seto ni en el atractivo rostro que había asomado por él hacía unos minutos; y, sobre todo, quería ignorar la agitación en el pecho que le producía pensar en ese rostro. Sabía quién era el científico que estaba en la casa de al lado, todo el mundo se enteraba de todo en Sunset City, pero no había imaginado que fuera tan joven y tan guapo. Al menos, lo poco que había visto de él: brillantes ojos azules, cabello rubio y... ¡hoyuelos! ¿Quién lo hubiera pensado?

Se preguntó cómo sería el resto.

«Olvídalo, es demasiado inteligente para ti. ¿Qué hombre va a interesarse en una esquelética mujer que vive en una comunidad de jubilados y no tiene carrera? Una chicazo que no logra peinarse los rizos en una bonita melena».

Bueno, sí había trabajado en algo parecido a una profesión. Seguía trabajando en el negocio de las camisetas que su abuela había montado en el garaje de la casa. Cada vez que les decía a sus clientes, la mayor parte de ellos residentes de Sunset City, que iba a vender el equipo y a buscarse un trabajo de verdad, empezaban a llegarle pedidos a montones.

El año anterior, había decidido no permitir que los pedidos le impidieran buscarse un trabajo y conocer a gente de su edad.

El problema era que casi nunca se le presentaba la oportunidad de conocer a hombres de su edad con los que salir, hombres de menos de sesenta y cinco años de edad. En las raras ocasiones en las que conocía a un hombre joven, a partir del momento en que él iba a Sunset City, algo le surgía que le impedía volverla a ver. Ahora, tenía treinta y un años, pero ni siquiera sabía lo que eso significaba.

Sin embargo, estaba decidida a romper con la situación actual. Estaba decidida a tomar el destino en sus manos.

Sonó el teléfono.

Era Ernie, el vecino de la casa de enfrente.

—Que Dios te bendiga.

—Gracias —respondió ella con voz dulce—. Pero haz el favor de desenchufar ese oído sónico que tienes y dejar de espiar a la gente, cotilla.

Nadie gozaba de intimidad desde que Ernie se comprara ese artilugio de escucha.

Ernie se echó a reír.

—Nací para ser espía. En la guerra, me llamaba...

—Sí, ya lo sé, no me lo cuentes otra vez.

—¡Lo que pasa es que no tienes ni idea de lo que conlleva ser espía!

—Pero sí sé que no me gusta que me espíen.

—Perdona, Stacy, no volveré a hacerlo.

Ernie siempre parecía sincero, y ella siempre le creía. Hasta que volvía a ocurrir.

—No tiene importancia, no he hecho nada interesante.

—No voy a negarlo —murmuró Ernie, con el atrevimiento de dar la impresión de estar decepcionado.

—¿Todavía necesitas ayuda para encontrar ese viejo libro que estabas buscando por Internet?

—Sí. Te agradecería mucho que vinieras a ayudarme a subirme a la Red.

—Entrar en la Red, Ernie.

—Yo no entro, me subo.

—Está bien, escálala si quieres —dijo ella con una carcajada—. Iré mañana... Ah, me llaman, voy a colgarte. Adiós —Stacy apretó otra tecla del teléfono—. ¿Diga?

—Soy Bob, de Mary's Grooming. Usted solicitó trabajo como peluquera de perros, ¿verdad?

A Stacy le dio un vuelco el corazón. ¡Lo había conseguido! Ayudaba a Arlene y a Betty a cuidar de la apariencia física de sus perros, ambas darían buenas referencias de ellas, al igual que su jefe en la Humane Society.

—Sí, sí, así es.

Un trabajo por fin. Un trabajo con un salario fijo. Un rumbo.

—Lo siento, pero hemos contratado a otra persona, alguien más cualificado. Espero que tenga suerte.

Stacy dejó caer el teléfono en el césped, sintiéndose tan desinflada como la pelota con la que Buddy había estado jugando hacía un rato. Otra vez había fracasado, aunque no necesitara un salario fijo para vivir; la casa de su abuela era suya, sus gastos mínimos y los vecinos de Sunset City le pagaban por ayudarles. Pero quería dar rumbo a su vida y abrir una cartilla de ahorro para los estudios del niño.

Lo que tenía era un perro que, con un teléfono en la boca, la estaba mirando.

—¡Dame eso!

Buddy echó a correr, jugando a que le alcanzara. Cuando Stacy, por fin, le quitó el teléfono, metió a Buddy en su viejo descapotable color rosa y se fue a la Humane Society. Como de costumbre, allí se entretuvo viendo a otros perros antes de emprender el camino de vuelta a su casa.

Durante el trayecto de regreso, encendió la radio y una canción de amor flotó a su alrededor. Ella pensaba que se daba demasiada importancia al amor; aunque no podía hablar por experiencia porque nunca había estado enamorada.

Pero ahora, milagrosamente, un hombre atractivo había aparecido en su vida. El problema era que ese hombre no era adecuado para ella: demasiado listo, demasiado guapo e iba a estar allí por poco tiempo. Pero daba igual, estaba acostumbrada a no tener un compañero. Y tenía tres hombres dispuestos a darle lo que realmente quería, un hijo. Un informático de un metro setenta y cinco de estatura, rubio y de ojos azules; Un pintor paisajista de metro ochenta, cabellos castaños y ojos azules; y un modelo de un metro ochenta, cabellos castaños y ojos...

El hecho de que no supiera sus nombres ni les hubiera visto nunca carecía de importancia. Bueno, había un cuarto candidato del que sí sabía su nombre, Ricky Schumaker, el encargado de mantenimiento de Sunset City. Este último, el día que fue a su casa a arreglarle una tubería del baño, había visto los papeles sobre los perfiles de los donantes de esperma que ella había pegado al espejo de su cómoda. Desde entonces, no había dejado de insistir en ser él el padre del niño.

Ni hablar.

Por algún motivo desconocido, no lograba dejar de visualizar mentalmente ese rostro que había visto por el agujero del seto. Pero lo mejor que podía hacer era olvidarse de ello.

Cambio de marcha. Probablemente ni siquiera supiera cocinar. Quizá estuviera demasiado ocupado para pensar en comida. No importaba, iba a ser una buena vecina y a llevarle algo de comida. Eso no tenía nada de malo. Y después, no volvería a pensar en él.

Tras tomar esa decisión, imaginó pastelillos hechos a mano, suflé de jamón y queso, y tarta de manzana. Desgraciadamente, no era buena cocinera, por lo que se paró delante de una tienda que vendía pollo frito.

Stacy paró el coche delante de su casa. Con la comida en la mano, se encaminó hacia la puerta de la casa de al lado.

Notó el primer obstáculo a sus planes cuando vio una carretilla de golf aparcada delante de la casa del vecino. Como la mayoría de las carretillas de golf en Sunset City, tenía una flor sujeta a la antena, gracias a su abuela, que le había dado flores a los vecinos unas navidades; y, debido a que la flor era azul, pertenecía a Arlene, de los perros de lana azules. Y los mencionados perros de lanas, con el pelaje gris como el cabello de Arlene, estaban sentados en la carretilla. Arlene también tenía una sobrina con un cuerpo lleno de curvas, una única sobrina a la que estaba empeñada en buscarle marido porque su único hijo se había hecho cura y no era probable que le proporcionara un nieto. La única esperanza que le quedaba de algo parecido a un nieto era que Tanya, su sobrina, tuviera un bebé.

Estrechando la bolsa de comida contra su pecho, Stacy avanzó por el pequeño camino adornado con flamencos color rosa, que se iluminaban por la noche. Arlene estaba hablando con Barrett en la puerta.

—Es una de mis especialidades. Está hecha con gelatina de coco y el nombre escrito con cáscara de limón —Arlene lanzó una queda carcajada—. Mi sobrina Tanya es una maravilla con los nombres. ¿Le he mencionado a mi sobrina Tanya? Es guapísima, está soltera y tiene un trabajo maravilloso. ¿Le he dicho que es mecánico? Viene muy bien tener a un mecánico en casa. Usted debe saber lo difícil que es encontrar un buen mecánico de coches.

Arlene volvió el rostro hacia atrás, miró al Saab negro delante de la casa y añadió:

—¿Tiene problemas con el coche? Podría decirle a Tanya que venga a echarle un ojo.

Barrett tenía la boca entreabierta, como si no supiera qué decir.

—Hola, Arlene. Hola, Barrett —dijo Stacy, y sintió un vuelco en el corazón cuando vio cierto alivio en la expresión de Barrett.

—Dile lo guapa que es Tanya —dijo Arlene, sonriendo como una madre orgullosa—. ¿Y no te arregló el motor del coche el mes pasado?

Algo en la pregunta de Arlene le preocupó, pero no sabía qué era exactamente.

—Sí me lo arregló —respondió ella, pero dejando sin contestar la pregunta sobre la hermosura de Tanya.

—¡Exacto! —Arlene se volvió a Barrett—. Si está libre, la traeré esta noche para que la

conozca.

—No necesito... —empezó a decir Barrett.

—Todo el mundo dice lo mismo —le interrumpió Arlene—. Nadie admite necesitar, solo la gente desesperada. Además, me encantaría tener un doctor en la familia, todo el mundo necesita un médico.

Stacy decidió acudir en ayuda de Barrett.

—No es esa clase de doctor, Arlene. Él se dedica a las ranas.

—Caracoles de árbol —dijo Barrett.

Arlene abrió la boca.

—¿Es médico de caracoles? Dios mío, hoy en día hay médicos de todo. Quizá le hagan una rebaja en el hospital de maternidad cuando tenga hijos.

Barrett pareció horrorizado.

—¿Hijos?

—Tanya es una mujer sana en el mejor momento de su vida. Le dará muchos hijos.

—Yo... no quiero tener hijos.

El optimismo desapareció del rostro de Arlene.

—¿Que no quiere tener hijos?

Barrett hizo un gesto de horror.

—El ruido, el llanto y, además, no pueden decir lo que les pasa cuando les pasa algo. No razonan. No, no quiero tener hijos.

Stacy empequeñeció los ojos.

—¿Le dan miedo los niños?

Barrett miró a las dos mujeres.

—Me siento incómodo con ellos, no es más que eso.

Arlene no le concedió importancia.

—Lo que le pasa es que no ha estado entre niños.

—Sí, he estado entre niños. Mi hermana tiene cuatro; precisamente ahora están en mi casa. Y le aseguro que no quiero tener hijos.

Arlene se quedó sin saber qué decir durante un momento. Fue entonces cuando Stacy se dio cuenta de lo que pasaba. Barrett era más listo de lo que había pensado. Así que les tenía miedo a los niños, ¿eh?

Arlene sacudió la cabeza y se dirigió a Stacy.

—¿Estás trabajando en las camisetas para mis perritos?

—Sí, pero tengo problemas por el tamaño, son muy pequeños.

—Van a estar monísimos con camisetas azules con sus nombres: Blue, Suede y Shoes

—Arlene guiñó un ojo a Barrett—. Soy una gran admiradora de Elvis Presley, el rey. Dime, Stacy, ¿te han contestado ya los del salón para perros sobre tu solicitud de trabajo?

—No, todavía no. ¿Te llamaron pidiendo referencias?

—Sí, y les hablé mucho de ti. Les conté lo bien que se te da acertar con el azul utilizando solo productos naturales. No puedo creer que todavía no te hayan llamado

—Arlene mesó los cabellos de Stacy y luego le dio una palmada en el brazo a Barrett—. Bueno, espero que le guste mi gelatina. Y ahora, le dejaré que vuelva a ponerse a trabajar. Volveré pronto a hacerle otra visita.

Arlene se reunió con sus perros, los besó en los morros y se marchó.

—Has estado muy bien con eso de que no te gustan los niños. ¡Y la cara de horror que has puesto! Me parece que va a dejar de hacer de casamentera durante un tiempo.

Él la miró sin contestar.

—Entonces... lo has dicho en serio, ¿no? Les tienes miedo a los niños, igual que les tienes miedo a los perros.

—No les tengo miedo, hacen que me sienta incómodo.

Ella lo miró de arriba abajo. Para ser científico, era sorprendentemente atractivo; hombros anchos cubiertos con una camisa desabrochada por encima de los pantalones vaqueros. Descalzo.

Un hombre muy guapo al que los perros y los niños le daban miedo, no podía ser el padre de su hijo. Stacy miró al cielo.

—¡Vaya, qué puesta de sol! Es gloriosa.

—¿Gloriosa?

Ella dejó escapar un suspiro.

—Sí, gloriosa.

—No comprendo la fascinación de algunas personas por las puestas de sol, es un fenómeno normal.

Cuando ella lo miró, él la estaba mirando. Barrett alzó el rostro hacia el cielo.

—Los colores son el producto de...

—¡Para! Si vas a darme una explicación científica de la puesta de sol, será mejor que te calles, no quiero oírla. ¿Cómo puedes pensar en la ciencia al ver esos colores tan maravillosos?

—Muy fácil —respondió él, sin dar importancia al naranja, morado y rojo del cielo.

—Vamos, mira bien —Stacy esperó a que se tomara su tiempo. A lo ancho del firmemente había una nube bañada en dorado; más abajo, la clase de nubes que ella prefería—. ¿Ves esas nubes ahí?

—Los cúmulos...

—Sí, lo que sea. ¿No te parece un ángel esa de ahí? Fíjate en las alas. Y la de al lado parece como un perro ladrando —a ella le encantaban las nubes—. Y la de allá se asemeja a un dragón. Oh, mira, el dragón está a punto de comerse al perro.

Cuando ella lo miró, él la estaba observando con una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Stacy.

—Nada, que solo son nubes. Nada se está comiendo a nada.

—Apuesto a que cuando miras las estrellas por la noche no ves mágicas luces parpadeantes sino ardientes soles. Apuesto a que ni siquiera pides un deseo cuando ves una estrella fugaz.

—Técnicamente, las estrellas fugaces son solo...

—Déjalo. Para mí, son mágicas y yo les pido deseos.

Por supuesto, admitió que su mayor deseo, encontrar a un compañero con el que compartir su vida, no se había hecho realidad. Como Barrett seguía mirándola con una sonrisa, ella alzó la bolsa con la comida.

—¿Has cenado ya?

Barrett clavó los ojos en la ofrenda.

—Lo de la comida sí me produce cierto entusiasmo. ¿Quieres cenar conmigo?

Stacy sabía que no debía. Sabía que debía dejar a ese tipo que trabajara y sabía que no

debía pasar demasiado tiempo con él.

– Encantada.

Siguió a Barrett al interior de la casa. Gene y Judy tenían la casa decorada con tapicerías color rosa y alfombras verdes, y un flamenco de neón de un metro de altura. Eran fanáticas del llamado «estilo Florida».

Él la condujo a la cocina.

– Puedes dejar la bolsa junto al guiso de guisantes y a eso que, al parecer, se llama ensalada de galletas saladas – Barrett miró la ensaladera con expresión interrogante.

– Aterrador, ¿verdad? Esa ensalada es la especialidad de Frieda. Consiste en una capa de galletas saladas, una capa de queso cremoso y, por encima, gelatina de fresa con queso rallado – Stacy miró el mostrador, lleno de preparados de cocina, regalos de los vecinos.

– La gente de aquí es muy amable – comentó él mientras se acercaba a la nevera con la gelatina de Arlene –. Nunca he vivido en un sitio donde los vecinos te regalan comida para darte la bienvenida.

Ese pobre hombre no tenía ni idea de lo que pasaba. Se agachó para meter la gelatina en el frigorífico y los pantalones le ciñeron las nalgas. Tenía un bonito trasero. Y ella tenía suerte de que ese hombre no le interesara, porque podría haber imaginado un montón de cosas al fijarse en el bonito trasero.

Stacy suspiró cuando él se volvió para agarrar otra bandeja.

– Deja que te ayude – dijo ella.

Lo ayudó con los tres restantes platos mientras pensaba que los vecinos no habían perdido el tiempo.

– Supongo que, al menos por unos días, no voy a necesitar esto – Barrett abrió la puerta del congelador y le enseñó un montón de cajas con comidas precocinadas.

– No vas a necesitarlo en absoluto.

Barrett pareció notar su tono de advertencia en la voz.

– Lo dices como si tuviera algo de malo.

– Amigo mío, esa comida te va a costar lo tuyo – al ver la expresión de incompreensión de Barrett, ella se lo explicó –. Me refiero a obligaciones. Verás, durante los próximos días vas a conocer a un montón de mujeres solteras. Un desfile.

Mientras guardaba unos platos, a juzgar por su expresión, Barrett seguía sin comprender.

– Un desfile de mujeres – clarificó ella.

– ¿Un desfile de mujeres? ¿Por qué?

– Porque eres soltero. Judy, la propietaria de esta casa, consideró que era su obligación decírselo a todo el mundo. Las mujeres de aquí tienen sobrinas, hijas, nietas... de todo. Por lo menos tienen una mujer en la familia que, en su opinión, necesita un marido. Y tú eres su objetivo.

Por fin, él dio señales de comprender. Se le quebró la voz al preguntar:

– ¿Que van a traer mujeres aquí para ver si alguna me gusta?

– Eso me temo – Stacy le quitó los platos de las manos ya que su advertencia parecía haberle descompuesto.

– Tengo que terminar mi estudio en... – Barrett se miró el reloj –. Tengo que terminarlo en seis días, quince horas y dos minutos; si no lo hago, puede que los

caracoles pierdan sus tierras. Además, jamás entrego tarde un estudio. Un desfile de mujeres por la casa es peor aún que tener alrededor a mi hermana y a mis sobrinos.

Barrett se quedó pensativo un momento y añadió:

— Bueno, puede que eso no.

— No sé. En primer lugar, todo el mundo sabe que le has dejado la casa a tu hermana, lo que automáticamente te convierte en un buen hombre. Otro punto a tu favor es que eres un tipo listo. Y tienes trabajo — Stacy fue a poner los platos en la mesa para cenar, pero estaba llena de libros sobre caracoles y un acuario pequeño. Decidió dirigirse hacia la parte vacía del mostrador —. Y además eres... un macizo.

— ¿Un macizo? — Barrett arqueó las cejas.

— Sí, un tipo guapo.

Barrett puso dos latas de refresco de limón en el mostrador.

— ¿A ti te parezco guapo?

Stacy parpadeó y se mordió la lengua para no decirle lo que realmente pensaba: «estás para comerte».

— No estás mal.

Él la miró con abierta curiosidad. Ella sintió un hormigueo en el cuerpo.

— Tú tampoco estás mal — una observación científica simplemente —. ¿Por qué no hay nadie tratando de emparejarte conmigo?

— Desde que mi abuela murió, no tengo a nadie que quiera casarme — ¿qué había dicho? ¿Por qué nadie estaba haciendo nada por emparejarla con ese atractivo doctor de caracoles? Los vecinos eran su familia, ¿no? Eso era lo que le había extrañado de la pregunta de Arlene, que no la hubiera considerado a ella una posible candidata —. ¿Te parece que cenemos ya?

— Siento lo de tu abuela.

Stacy se sentó en el taburete contiguo al de él.

— Sí, yo también. La echo mucho de menos.

Stacy abrió la bolsa con el pollo y sirvió en los platos el acompañamiento: repollo con mayonesa y puré de patatas.

De repente vio un caracol subiendo por una rama y se acercó a investigar.

La cáscara del caracol era amarilla, blanca y marrón. Dos caracoles más pequeños bajaron por la rama.

— Ese es un *cingulatus*, una de las variedades de *liggus fasciatus* — él estaba tan cerca que su aliento le acarició la nuca.

Cuando ella volvió el rostro para preguntarle...

— ¿Qué?

Sus narices se chocaron.

— Todos los caracoles de árbol son *liggus fasciatus*. El que estás mirando es un *cingulatus*. El nombre le viene por el color, y hay cincuenta y dos tipos de colores diferentes. ¿Ves el blanco con verde y crema? Ese es el *septentrionalis*. Y el que está encima de la piedra con las bandas multicolores es el *vonpaulseni*.

A Stacy empezaron a temblarle las piernas; en parte, porque él estaba muy cerca y olía muy bien; pero, también en parte, era por los nombres de los caracoles.

— ¡Guau!

— Se les llama las piedras preciosas de Everglades — dijo Barrett, malinterpretando el

motivo de la exclamación de ella—. Están en peligro de extinción debido a que los coleccionistas los cazan y también a las urbanizaciones de la zona, que destruyen su habitat natural. El objetivo del estudio que estoy haciendo es obtener más tierras para proteger su medio ambiente.

—En ese caso, ¿por qué has traído aquí a estos caracoles?

—Estos que tengo aquí pertenecen a la colección de un botánico que los cría para ayudar a la propagación de las especies. Y están aquí para ayudarme a centrarme en lo que estoy haciendo.

Pero Barrett no estaba mirando a los caracoles, sino a ella.

—Son simpáticos. Parecen salidos de la «Guerra de las Galaxias».

Él miró los caracoles.

—Simpáticos. Nunca se me ha ocurrido utilizar ese calificativo respecto a los caracoles.

—Quizá tampoco te hayas dado cuenta de lo bonitos que son.

—Bueno... no, supongo que no. Los considero parte del ciclo de la vida y, por ese motivo, hay que conservarlos.

—Deberías empezar a fijarte en lo que te rodea.

Y Barrett lo estaba haciendo, pero era en ella en quien se estaba fijando.

Stacy señaló a uno de los caracoles.

—¿Cómo has dicho que se llama ese?

—Cingulatus.

—Mmmmm. Un nombre interesante.

Bruscamente, Stacy se enderezó y volvió a la tarea de servir la guarnición.

—¿Eres tan listo como dicen? ¿Qué coeficiente de inteligencia tienes? ¿O te parece de tan mala educación preguntar eso como preguntar cuánto ganas o qué tipo de calzoncillos llevas?

—Yo... —Barrett bajó la cabeza—. Tengo un coeficiente de inteligencia de ciento ochenta y cinco. Y no veo qué interés puede tener nadie en la clase de calzoncillos que llevo.

Realmente, ese hombre estaba en el limbo. Lo que le hizo desear subirse encima de él y volverle loco a besos.

«Cálmate. Este tipo no te interesa, ¿o lo has olvidado? Solo las mujeres desesperadas buscan marido».

—Es una cosa de mujeres. Supongo que es lo mismo que cuando los hombres se preguntan si una mujer lleva bragas normales o tanga.

Stacy agarró un muslo de pollo, decidida a no imaginarle en ropa interior, decidida a no imaginarle besándola.

—Calzoncillos ajustados, por si te interesa saberlo —Barrett dio un mordisco a un trozo de pollo con gesto inocente.

—No me... interesa —le espetó ella.

Stacy se metió una cucharada de puré de patatas en la boca para no decir una sola tontería más.

—¿Y tú? ¿Tanga o normales?

Stacy se atragantó con la limonada. ¿Cómo podía estar hablando de ropa interior con un tipo al que acababa de conocer?

– Tanga. Y sigue comiendo.

– ¿Cuáles son las ventajas y los inconvenientes de unas y de otras? ¿Lo ha estudiado alguien?

– ¿Qué?

Barrett se encogió de hombros.

– Eso es lo que yo hago, investigo. Lo siento, pero soy de las personas que lo analizan todo.

– Creía que eras un investigador de caracoles.

– Soy científico investigador en la universidad de Miami. El Proyecto Liggus, los caracoles de árbol, es un proyecto de un año referente a la supervivencia y procreación de los caracoles de árbol en Everglades. He estudiado los cambios en la población de estos moluscos durante el último año, y también la forma de propagación de las especies, las variaciones de temperatura en el agua... Te estoy aburriendo, ¿verdad? Lo digo por la cara que has puesto.

– No estoy aburrida, estoy anonadada.

Barrett dio otro mordisco al pollo y cambió de tema.

– Dime, ¿la cena que has traído también me va a costar algo?

«Podrías darme las gracias con un beso».

– No, nada.

Capítulo 3

LA mañana siguiente, Barrett estaba científicamente seguro de que la vecina no volvería a distraerle. La noche anterior, después de cenar, se había marchado apresuradamente, y él había satisfecho su curiosidad. Ahora, estaba listo para trabajar.

Barrett extendió unos papeles encima de la mesa del jardín y se lanzó a examinar un año de datos estadísticos sobre los niveles del agua.

—Eres tan feo que eres hasta guapo —anunció una voz femenina desde el otro lado del seto.

Barrett volvió la cabeza para ver si se lo estaba diciendo a él. Al parecer, Stacy estaba con otro perro. Instantáneamente, la imagen de unos pantalones cortos color rosa le vino a la mente, seguida de unos pechos pequeños y firmes bajo una camiseta. Se había olvidado por completo de los caracoles cuando empezó a recordar las piernas de ella y las zapatillas de deporte.

No, estaba distrayéndole otra vez. Hora de entrar en la casa.

Barrett empezó a recoger los papeles y ella gritó:

— ¡No te alejes de mí!

Barrett se quedó inmóvil. Un ruido en el seto llamó su atención y, de repente, apareció ante sus ojos el perro más horrible que había visto en su vida y empezó a avanzar hacia él, mirándolo como si estuviera pensando lo mismo que él: «¿Qué demonios es eso?»

En su opinión, el perro podía ser un Chihuahua, con mechones de pelaje color crema saliéndole de las orejas y adornándole la cola; el resto estaba pelado. Los oscuros ojos del animal no se apartaron de él.

— ¡Elmo! ¿Dónde te has metido? ¡No lo he dicho en serio, te lo juro! No eres tan feo...

Cuando Elmo se volvió al oír la voz de Stacy, Barrett aprovechó la oportunidad para agarrarlo en sus brazos y, con el perro encima, se acercó al agujero del seto. Entonces, se permitió el lujo de mirarla durante un minuto entero mientras Stacy buscaba al perro por debajo de la tumbona y en una piscina de niños que había debajo de una palmera. Ese día llevaba pantalones cortos azules y una camiseta con unas letras impresas que no podía leer. De repente, la imagen de un tanga apareció en su mente.

Elmo empezó a agitarse en sus brazos y Barrett se dio cuenta de que había vuelto a distraerse. Al momento, empujó al perro por el agujero.

— Aquí, Stacy.

Ella levantó la cabeza y miró al seto.

— ¡Oh, Dios mío, Elmo, sabes hablar!

— No, soy yo, Barrett —colocó la cabeza al lado de la de Elmo.

— Sabía que no era el perro quien ha hablado. Y, a propósito, ¿qué estás haciendo con mi perro? Creía que no te gustaban.

— Ha venido a hacerme una visita, pero supongo que lo quieres de vuelta. Ah, y no es

que no me gusten los perros.

Sus manos se enredaron en el intercambio del perro, que se retorció como una bacteria vista con el microscopio. Stacy lo pasó a su jardín.

– Sé que les tienes miedo.

– No es miedo, me siento incómodo.

– Y los niños también.

– ¿Qué?

– Que les tienes miedo a los niños.

– Me siento más incómodo entre niños que entre perros.

Ella dejó escapar un suspiro.

– Gracias por devolverme a Elmo.

Guardaron silencio durante trece minutos antes de aclararse la garganta simultáneamente.

– Bueno, será mejor que me ponga a trabajar otra vez.

Otros cinco segundos de silencio.

– Hasta la vista – dijo ella.

– Hasta la vista.

De repente, se oyó la bocina de un coche, sonó tres veces.

– Tanya – dijo Stacy –. El desfile ha empezado.

– ¿La sobrina de Arlene?

– En carne y hueso. Siempre que viene a Sunset City toca la bocina. Está vez, lo hace por ti.

Ambos, por el camino lateral, salieron al frente de la casa y se reunieron con una bonita mujer enfundada en unos pantalones vaqueros tan ceñidos que, si se reía, probablemente se desintegrarían. Su espeso cabello rubio estaba recogido en una coleta. La camisa azul estaba cubierta de grasa.

– Hola, Stacy. Tú debes ser Barrett – lo miró de arriba abajo y su timbre de voz se alzó una octava –. Mi tía Arlene me ha dicho que necesitas que te revise el eje. ¿Cuál es tu coche?

– ¿Que necesito qué? – dijo Barrett.

– Su coche funciona perfectamente – declaró Stacy –. No es necesario que meta el coche en tu taller, y espero que entiendas lo que digo – Stacy lanzó una significativa mirada a Tanya.

– Ah, sí, entiendo. Tú ya has pensado en otro taller.

– Exacto.

Tanya empequeñeció los ojos.

– Nita se ha puesto pesada con él, ¿verdad? Es muy rápida – Tanya dio a Barrett su tarjeta, dejando que sus dedos se rozaran –. Si me necesitas para cualquier cosa, llámame.

Barrett se aclaró la garganta.

– Lo tendré en cuenta.

– Encantador – Tanya guiñó un ojo, se pasó la lengua por los labios y se metió en su furgoneta.

– ¿Qué ha querido decir al preguntar si Nita se había puesto pesada conmigo? – preguntó Barrett –. ¿Y quién es Nita?

—No te preocupes, la vas a conocer muy pronto —respondió Stacy apretando los dientes—. Oye, te voy a dar un consejo, cierra la puerta y no abras a nadie en todo el día. Y tampoco contestes al teléfono —Stacy tiró de la correa de Elmo—. Vamos, pequeño.

Stacy volvió a su casa e hizo lo que pudo por seguir trabajando con el recalcitrante Elmo. Pero, por algún motivo incomprensible, el pequeño animal no dejaba de mirar al seto y de intentar pasarse al jardín de Barrett; al parecer, se había enamorado de él.

—No le gustan los perros —dijo ella en voz baja—. Ni los niños. ¡Y creo que ni siquiera le gustan las mujeres!

Motivos suficientes para no estar interesada en él. Además, ella también tenía un proyecto y una fecha límite.

Le resultaba difícil imaginarse a sí misma como madre; sobre todo, como madre soltera.

«Olvida lo de soltera y piensa solo en el niño».

Aún no había empezado a transformar la habitación de huéspedes en el cuarto que iba a preparar para el niño. No quería que los vecinos se enterasen todavía. Pero sabía exactamente cómo la quería: amarilla y con un dibujo de flores y rostros que había visto en una tienda.

Elmo echó a correr hacia el seto, sacándola de su ensimismamiento. Ella trató de agarrar la correa, pero no lo consiguió. Entonces, oyó un ruido al otro lado de los arbustos seguido de...

—¿Otra vez tú?

Quizá pensara lo mismo también cada vez que la veía a ella. Con resignación, Stacy rodeó el seto hasta adentrarse en el jardín de la casa vecina, donde Barrett estaba sentado a una mesa llena de papeles y en la que también había un ordenador portátil... y Elmo estaba sentado encima de él.

—He decidido cambiarle de nombre y llamarle Plasta —declaró Stacy—. Tiene pinta de plasta, ¿verdad? Es raro, nunca había visto a este perro encariñarse con nadie.

—¿Cuánto tiempo lleva este perro en la sociedad esa de acogida para perros?

—Cinco meses. El problema con él es que la gente, cuando viene a por un perro, lo quiere bonito. Plasta es tan feo como los pájaros recién nacidos. Y los caracoles. Y para colmo, no se encariña con la gente, casi no come, se pasa el tiempo gimiendo, tiene pinta de estar perdido... bueno, hasta ahora.

Barrett se quedó mirando al animal.

—¿Por qué lo tenéis en la sociedad de acogida?

—Porque su dueño lo abandonó. Plasta llevaba con él desde que nació y, naturalmente, le sentó muy mal que lo abandonaran; los perros establecen lazos afectivos muy fuertes con sus amos. Por alguna razón que no conozco, parece adorarte. Por supuesto, no es que no merezcas que te adoren. Aunque no digo que seas adorable. Ni tampoco que no lo seas —deseó tener puré de patatas para llenarse la boca—. En fin, el perro te adora.

Después de hacer un esfuerzo por comprender el sinsentido que Stacy le había dicho, Barrett ladeó la cabeza y miró a Plasta.

—Nunca me han adorado —levantó al perro y se lo dio a Stacy—. De todas maneras, lo dejo en tus manos.

—¿Nunca te han adorado? —preguntó ella.

—Bueno, cuando tenía diez años, una niña se pasaba el tiempo diciendo que era adorable; pero hay que tener en cuenta que era el niño más pequeño de la clase, estaba con niños dos años mayores que yo. Y la niña esa dejó de adorarme cuando yo saqué sobresaliente y ella un aprobado.

Stacy, con el perro en los brazos, pensó que era muy triste que nadie hubiera adorado a ese hombre... ¡Eh, a ella tampoco la había adorado nadie! En fin, mejor no pensar en lo triste que era eso.

—Dime, ¿qué más cosas investigas? ¿Todo tipo de bichejos?

Barrett sonrió.

—Solo llevo dos años estudiando... bichejos, desde que me doctoré en biología. Mi padre es profesor de biología de la universidad de Miami; bueno, es el jefe del departamento de biología. Y a mí se me ocurrió que ese campo podía ser interesante.

—¿E hiciste un doctorado en biología solo por hacer algo?

Barrett no captó el tono sarcástico de ella.

—Exacto.

—¿Y qué hacías antes?

Un hombre tan listo no debería ser tan guapo, no debería estar para comérselo con aquellos pantalones vaqueros y la camisa de algodón azul pálido que hacía juego con sus ojos. No era justo.

—Estudiar matemáticas. El tiempo.

—¿El tiempo? ¿Cómo se estudia el tiempo?

—Trabajaba en un equipo que estaba investigando el tiempo óptico standard que depende de rayos láser y un único átomo de iterbio —se veía que Barrett, moviendo las manos, empezaba a entusiasmarse—. Teníamos que utilizar algo con un movimiento regular, algo como el péndulo en un reloj. Lo que utilizamos fue el movimiento de una onda de láser. Por supuesto, el problema estaba en asegurarse de que la luz oscilase con precisión. Fue algo mágico. Una vez que... —Barrett debió notarle la expresión—. Te estoy aburriendo otra vez, ¿verdad?

—Lo siento, pero estás hablando con una persona sin carrera universitaria. Me he perdido cuando lo del iterbio.

Barrett se inclinó hacia adelante y ella olió su loción para después del afeitado.

—No te disculpes.

—Bueno, que estudiaste el tiempo. Y después, ¿qué?

—Después me aburrí de la física y estudié botánica.

Ese hombre le habría desagradado de no ser porque no notó rastro alguno de engreimiento en su voz. Hablaba como si lo que él hacía pudiera hacerlo cualquiera.

—Así que la botánica es lo tuyo, ¿no?

—También me aburrí de la botánica y me pasé a la biología.

—Ah, ya —dijo ella sin comprender—. Entonces, lo que te gusta es la biología. Y ahora te gustan los caracoles de árbol.

—Trabajo en estudios a corto plazo, me ayudan a mantener el interés.

—Da la impresión de que te aburres con facilidad.

– Lo que ocurre es que no he encontrado lo que me gusta realmente.

– A mí también me pasaba eso.

Él pareció sinceramente interesado.

– ¿Y cómo conseguiste solucionarlo?

A Stacy le dieron ganas de contarle sus planes; pero como a Barrett le daban miedo los niños, no se atrevió.

– Cambié de idea – al menos eso era lo que había creído. Pero al mirar esos ojos azules, se dio cuenta de que no había logrado convencerse a sí misma de que no quería un hombre en su vida—. Bueno, Plasta, vámonos. Tenemos que dejar trabajar al científico. Hasta luego.

Barrett sonrió.

– Hasta luego.

Ella le devolvió la sonrisa y empezó a encaminarse a su jardín rodeando el seto.

– Hola, Stacy – Jack Nelson apareció por la esquina de la casa –. Ahora me explico por qué no abrías la puerta. He venido para saludar al nuevo vecino – Jack enseñó sus perfectos dientes blancos a Barrett –. Soy Jack Nelson, el rey de Sunset City.

Barrett se levantó del asiento y estrechó la mano que Jack le ofrecía.

– ¿El rey?

– Y no me llames de usted, hace años dejé las formalidades. He oído que eres médico de ranas. Muy interesante. Yo solía andar con caimanes.

– Caracoles de árbol – dijo Barrett.

– Por cierto, que son muy sabrosos. Bueno, tengo que irme. Stacy, no te olvides de los impuestos, el plazo termina a primeros de mes.

– Sí, majestad.

– Siento que no te hayan dado el trabajo. Aunque te tenemos bastante ocupada por aquí. No sé qué haríamos sin ti. Bueno, me marcho porque tengo que hablar con Nita, se han quejado otra vez de que pone la música muy alta.

Jack asintió en dirección a Barrett.

– Encantado de haberte conocido.

Al momento, desapareció silbando.

– Ha dicho que no te han dado el trabajo.

Las noticias volaban en Sunset City. Stacy hizo ademán de no darle importancia.

– Sí, solicité trabajo en un salón de belleza de perros.

– ¿No estás desilusionada?

– No... bueno, un poco. Sobre todo, porque es el quinceavo trabajo que solicito en este año, y no me ha salido ninguno. Pero como Jack ha dicho, tengo bastante que hacer por aquí.

– Jack, el rey de Sunset City, el recaudador de impuestos.

– Sí, el mismo. Es su sueño y le dejamos. Le damos un dólar al mes y, en enero, con el dinero que recauda da una fiesta de navidad.

– ¿Una fiesta de navidad en enero?

– Sí, porque después de la navidad hay rebajas en todos los sitios.

Barrett pareció hacer un esfuerzo por asimilar la información.

– A la gente de por aquí... ¿se la considera normal?

– Defíneme qué es normal.

– Conforme al comportamiento medio. Habitual. No anormal...

– No te he pedido que me des una definición de diccionario, sino... Bueno, déjalo. Por ejemplo, si yo fuera contigo y con tus amigos científicos, supongo que los consideraría anormales. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Él la miró pensativamente.

– Sí, lo entiendo. Tu enfoque relativista es muy interesante. La única persona que conozco fuera del mundo en el que me muevo es mi hermana. Es un ama de casa con cuatro niños, y las cosas que le interesan son incomprensibles para mí. Por ejemplo, se pasa una hora arreglándose el pelo para dejárselo como si acabara de levantarse.

Stacy se echó a reír.

– ¿Quieres decir que tu hermana es normal, que no es una superinteligente como tú?

– Tiene un coeficiente de inteligencia medio, como mi madre.

– ¿Y qué tal te llevas con tu hermana?

«Cuidado, Stacy, estás ilusionándote demasiado».

– Supongo que bien, aunque no tenemos mucho de qué hablar. Yo le aburro con mis cosas y ella me aburre hablándome de sus niños. Me parece increíble que se entusiasme con cada diente que le sale a uno de sus hijos o con las palabras nuevas que aprenden.

¡Cielos! Bueno, eso a ella no debía afectarle.

– ¿Y dónde está tu madre?

– Trabaja de croupier en un barco crucero. Todas las semanas nos manda una postal de un sitio diferente.

Stacy se miró el reloj.

– ¡Vaya, se me ha hecho tardísimo! Tengo que dar una clase de gimnasia dentro de diez minutos – Stacy miró al perro –. Lo que significa que no me va a dar tiempo para llevarte a la sociedad. Supongo que tendrás que quedarte a pasar la noche en casa.

Stacy suspiró y añadió:

– Bueno, hasta otro rato.

Aunque mejor era no verlo. Ese hombre no comprendía por qué una madre se entusiasmaba cuando a uno de sus hijos le salía un diente, cosa que ella esperaba hacer con regularidad en un futuro próximo.

– ¿Te apetece cenar conmigo esta noche? – le preguntó Barrett –. Tengo comida de sobra.

«Di que no, que estás ocupada, que no tienes hambre y que tienes comida».

– Sí, claro – quizá Barrett quisiera acabar con esa horrible comida –. ¿Por qué no?

Stacy se marchó consciente de que era más tonta de lo que había temido... porque ya se moría de ganas de volver a verlo.

Capítulo 4

-

ESTÁ como un camión – dijo Nita mientras la clase levantaba pesas.

– Que un hombre esté como un camión va en contra de las leyes de la naturaleza – declaró Frieda.

Nita se echó a reír.

– Pues yo estoy en contra de las leyes de la naturaleza. Y esta noche voy a ir a echarle un vistazo personalmente – dijo la diminuta mujer con una lasciva sonrisa.

Ernie, el único hombre en la clase, sonrió maliciosamente.

– No creo que se necesite mucha imaginación para saber qué vas a hacer con él.

Nita alzó los ojos al techo.

– Eres un viejo verde.

– Ya lo creo que lo soy – contestó Ernie con una carcajada.

El sol entraba por los ventanales y se reflejaba en el agua de la piscina del centro de la comunidad.

– ¡Y qué músculos tiene en el vientre! – exclamó Arlene.

– ¡Y qué lo digas! – añadió Nita.

– Y creíamos que iba a ser un horror – dijo Maureen –. ¡Qué equivocadas estábamos! Stacy se aclaró la garganta.

– Señoras, Ernie, ¿os importaría concentraros en los ejercicios? – era la cuarta vez que había tenido que llamarles la atención, estaban obsesionadas con Barrett.

– Vamos, es la única novedad que hemos tenido en esta comunidad desde hace no sé cuánto tiempo – declaró Betty –. Todos tenemos a alguien en la familia con quien nos gustaría emparejarlo.

Nita se echó a reír.

– Yo, desde luego, sí.

– Los niños le dan miedo. ¿No es verdad, Arlene? – comentó Annette.

Arlene hizo ademán de no darle importancia.

– A todos los hombres les asustan los niños hasta que tienen a su primer hijo; entonces, se les pasa el miedo.

Stacy lanzó un gruñido de exasperación.

– ¿No se os ha ocurrido que quizá no quiera que le busquéis novia?

La clase entera se la quedó mirando.

– ¿Es homosexual? – preguntaron varias simultáneamente.

Stacy se sintió tentada de contestar afirmativamente, incluso abrió la boca para hacerlo. Pero no pudo; sobre todo, al recordar esas anchas espaldas.

– Lo dudo.

Las mujeres suspiraron de alivio.

– Bueno, ¿podemos seguir con los ejercicios? – Stacy levantó las pesas a la altura de los oídos –. Uno, dos, tres... Uno, dos, tres...

Arlene ni siquiera se esforzó en disimular.

—Tenemos que enfocar el tema Barrett con lógica; al fin y al cabo, él es un hombre lógico.

—Hay una mujer perfecta para él en esta comunidad.

—Una mujer que nos ha pasado desapercibida.

Esas palabras llamaron la atención de Stacy. Y como nadie estaba haciendo los ejercicios, dejó sus pesas en el suelo.

—Una mujer con los pies en la tierra —dijo Arlene.

—Por supuesto. Pero debería tener sentido del humor.

—Y debería ser compasiva —añadió otra mujer de la clase—. La clase de mujer que piensa en los demás antes que en sí misma.

—Pero que sabe disfrutar la vida —dijo Nita.

Todos se mostraron de acuerdo y asintieron. Stacy empezaba a enternecerse.

—Y atractiva —dijo otra—. No despampanante, no una mujer que solo se preocupa de su apariencia física. Un científico no entendería que una mujer se pasara una hora maquillándose.

Stacy se miró en el espejo. Ella era atractiva, aunque no despampanante. Por otra parte, su abuela le había enseñado a ser práctica.

—Una mujer que necesita un hombre en su vida. Una mujer harta de la soledad, que necesita afecto y amor...

Stacy se aclaró la garganta.

—¿Qué tal yo?

—¡Muy buena, Stacy! Como si a ti te interesara un cerebro como ese —dijo Nita.

—¿Te imaginas a Stacy y a Barrett? —comentó Arlene sacudiendo la cabeza—. Además, Stacy, tú nos tienes a nosotros.

—Tienes tu vida, igual que tu abuela tenía su vida —dijo Betty—. Ella no necesitaba un hombre.

—Podéis decir lo que queráis, pero la mujer perfecta para ese hombre está en esta sala —declaró Nita—. Yo.

—O la mujer perfecta para Ricky —dijo Betty, asintiendo en dirección a los ventanales donde Ricky, el encargado de mantenimiento, hacía lo posible por disimular que estaba trabajando y no observándolas.

La franja de tablonos de madera que se interponía entre los ventanales y la piscina era lo más limpio de toda la comunidad.

Stacy no podía comprender por qué, siendo un hombre atractivo, resultaba tan desagradable.

Ricky, mirando a Stacy, arqueó una ceja y se dio unas palmadas en el vientre. Ella sacudió la cabeza con la esperanza de que nadie lo hubiera visto. No quería que en la comunidad se enterasen de lo que se proponía hasta no consumarlo.

—Tenemos que trazar un plan —dijo Arlene.

Frieda dijo:

—El hijo de Gene, Marty, ha trabajado con Barrett en un par de proyectos. Dice que es un tipo muy honesto y trabajador. Al parecer, ha heredado la inteligencia de su padre; la madre de Barrett es normal y creo que por eso fue por lo que el matrimonio fracasó. Acabaron aburriéndose el uno del otro.

– Por eso necesita una mujer inteligente – dijo Betty –. Mi Denise es muy lista. Era la primera de la clase en el instituto.

– Sí, ya lo sabemos – Arlene miró al techo.

– ¿Por qué no dejáis en paz al pobre hombre? – preguntó Stacy –. Tiene que acabar un estudio muy importante en menos de una semana.

– ¿En menos de una semana? – inquirió Arlene.

Por fin, empezaban a entender.

– Sí, eso es lo que he dicho. Y lo que necesita es paz y tranquilidad, no una novia.

– No tenemos casi tiempo, chicas – dijo Betty dando unas palmadas –. Solo contamos con unos días para atraparlo.

– ¿Qué hay del plan?

– Arlene, tú ya has traído a tu sobrina – dijo Nita contemplándose sus cabellos rojos en el espejo –. Ahora es mi turno.

Betty alzó la mano.

– Yo fui la segunda en llevarle comida, así que es el turno de Denise.

Frieda lanzó un gruñido.

– Yo le llevé el primer plato, así que me toca a mí.

– ¡Pero Breanna ya está casada! – protestó Betty.

– ¿Y qué? Su marido es un idiota. ¿Sabéis cómo se gana la vida?

– No haciendo nada – contestaron todas al unísono.

– Me parece que no vamos a ponernos de acuerdo en lo de los turnos – dijo Nita –; así que, en mi opinión, es lucha libre.

En el momento en que, al tiempo, se lanzaron hacia la puerta, Stacy gritó:

– ¡Es homosexual! ¡Lo digo en serio!

La única persona que la oyó fue Ricky, que, desde la puerta, la miraba con expresión de perplejidad.

– Tienes un problema – anunció Stacy cuando Barrett le abrió la puerta.

Barrett se echó a un lado para cederle el paso.

– ¿Sí?

Stacy llevaba unos pantalones de licra blancos y una camiseta roja, también de licra, que le dejaba el vientre al descubierto.

Plasta entró con ella y tiró de su correa al intentar acercarse a Barrett. Después de unos gemidos ahogados, Stacy soltó la correa y el perro se lanzó a Barrett.

Stacy arrugó la nariz.

– ¿A qué huele?

Barrett leyó una nota con las instrucciones para calentar el guiso.

– A Tater Tot casserole.

– Ah, ya sé. Es carne picada, crema de champiñón y cebollas; y encima se le pone queso rallado.

Barrett se dio cuenta de que estaba prestando demasiado atención a los labios de Stacy y decidió cambiar y mirarla a los ojos. Chocolate. Eran como el chocolate. Y le encantaba el chocolate.

– Bueno, ¿quieres saber qué problema tienes o no?

Se le ocurrió que tenía varios problemas, como, por ejemplo, su obsesión con la boca de esa mujer y con sus pantalones de licra.

—Sí, dímelo.

—Las mujeres de la comunidad son de la opinión de que necesitas una mujer en tu vida.

Barrett la miró de arriba abajo, desde sus cabellos castaños, pasando por la camiseta y los pantalones a las zapatillas de deporte.

—Caracoles de árbol —dijo él—. Quiero decir que tengo que terminar el estudio de los caracoles de árbol.

—¿Tienes novia?

—No, por supuesto que no.

Stacy estaba pasando los dedos por el borde de una bandeja con dibujos de flores.

—¿Es... por lo de tus padres?

Barrett arrugó el ceño.

—¿Cómo sabes que...?

—En Sunset City no hay secretos.

—Sí, ya me lo habías dicho. Pero no es solo que se separaran, lo que me resultaba muy penoso era verlos intentando comunicarse sin conseguirlo. Supongo que no he encontrado a una mujer que me haga querer entender... a las mujeres. Y las relaciones. He llegado a la conclusión de que no lo conseguiré nunca. Las mujeres con las que trabajo tienen los mismos intereses que yo, pero no me... inspiran. Y cuando me atrae una mujer de fuera de mi círculo, acabo aburriéndola al hablarle de mi trabajo. Por ejemplo, en un par de ocasiones, casi te he puesto a ti en estado de coma.

Stacy hizo gesto de no darle importancia.

—Pero solo durante unos segundos. El resto, me has excitado... quiero decir que no me has aburrido —concluyó ella rápidamente.

Barrett sonrió al enterarse de que no le había aburrido.

—Me alegro de haberte excitado.

Stacy tosió y luego se aclaró la garganta.

—Bueno, la cuestión es que, en cualquier momento, va a aparecer un pelotón de mujeres que piensan que necesitas a una mujer en tu vida. Y también piensan que ellas saben a quién necesitas. Necesitamos un plan defensivo.

Barrett había retirado de la mesa los papeles suficientes para dejar sitio para los platos.

—¿Defensivo?

—Sí. Y lo que necesitas para defenderte es una novia.

—Creía que la cuestión es que no necesito una novia.

—Me refiero a una novia de mentira. Si piensan que ya tienes novia, te dejarán en paz y podrás acabar tu proyecto. Estoy dispuesta a ayudarte con eso.

—¿En serio?

—Claro.

—Eres muy amable.

—Soy una persona muy amable. Y también sé lo importante que este proyecto es para ti.

La idea le hizo sonreír durante un tiempo. Debía ser por la promesa de un poco de

paz y tranquilidad.

—Gracias.

El reloj del horno sonó. Barrett sacó la cazuela y la puso encima del mostrador de la cocina. Ella sirvió dos vasos de agua; después, agarró un plato de postre, echó un poco de comida en el plato y lo puso en el suelo.

—Aquí tienes, Plasta.

—¿Así que se va a quedar contigo? —preguntó Barrett mientras servía la aromática comida en dos platos.

Ella, mirándolo, pestañeó.

—A menos que lo quieras tú.

—No.

Stacy señaló al perro, que estaba sentado junto a los pies descalzos de él.

—¿No vas a decirme que le tienes miedo a esto?

—No es miedo.

—Ah, es verdad. En ese caso, no creo posible que me digas que hace que te sientas incómodo.

—No quiero un perro. De vez en cuando, me voy de trabajo de campo y paso hasta un año fuera. El siguiente trabajo que tengo es un estudio para la Wildlife Conservation Society, es en Bolivia y voy a pasar dos años allí.

Elmo apoyó la cabeza en uno de sus pies, pero sin quitarle los ojos de encima. Barrett lanzó un suspiro.

—Es muy pequeño —dijo ella—. Podrías llevártelo a Bolivia. Tener un perro da menos problemas que tener una novia, incluso menos que una novia lista.

—Nunca he tenido novia, me conformo con observar. Estoy bien como estoy. Y ahora dime qué vamos a tener que hacer.

Stacy, que iba a llevarse el tenedor a la boca, dejó el brazo en suspensión.

—La verdad es que... yo tampoco he tenido novio. Algunas veces he salido con chicos, pero no he tenido novio —Stacy comió y luego bebió agua.

—Suponía que habrías tenido un montón de novios.

—¿En serio?

—Tienes lo que se necesita.

Ella parpadeó.

—Gracias.

—¿Por qué no has tenido nunca novio?

Stacy se quedó mirando la comida que tenía en el plato.

—Aquí, en Sunset City, no se me presentan muchas oportunidades de conocer a hombres de mi edad. Y a los hombres que he conocido de fuera, no les gusta esto; creo que no les gusta la gente mayor. Todas las veces que he invitado a un hombre a venir aquí, luego desaparece sin dejar rastro.

—¿Combustión espontánea?

—Nada tan interesante como eso —Stacy lanzó un suspiro—. Suele ser una disculpa que se nota que es mentira.

Antes de que Barrett pudiera hacer algún comentario a esas palabras, sonó el timbre.

—¡Ahí están! —Stacy apartó el plato y se alisó el pelo—. Ya hemos empezado.

—Espera un momento. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Stacy miró a Plasta.

—¿Ves con que adoración te mira? Agarra la correa del perro.

Capítulo 5

BARRETT ladeó la cabeza y la miró.

—¿Qué te parece esto?

Sus ojos azules la contemplaron con adoración, quizá demasiada para su gusto. El hecho de que un hombre tan guapo la mirase así le produjo un cosquilleo en el estómago.

—¿Por qué no nos agarramos las manos? —dijo ella, extendiendo la mano para tomar la de él.

—¿Por qué?

El timbre volvió a sonar, pero ella continuó mirándolo sin hacer nada. Entonces, se dio cuenta de que no sabía qué contestar a esa sencilla pregunta.

—Porque es lo que hacen las parejas.

Cuando Barrett le agarró la mano, lo hizo con una firmeza que a ella le gustó, no con flaccidez.

Él le sonrió.

—Lo sabía.

Stacy tiró de él hasta la puerta.

—Las parejas se dan la mano porque es agradable, les conecta, es romántico —Stacy le devolvió la sonrisa con gesto burlón—. Pero también lo sabías, ¿verdad?

Barrett estaba mirando sus manos unidas cuando ella abrió la puerta y se encontraron delante de Nita, que llevaba una camiseta ajustada y unos pantalones vaqueros muy ceñidos. El cabello se lo había peinado estilo «revuelto». Sus ojos azules tenían una expresión coqueta.

Para ser una mujer jubilada, Nita tenía un aspecto extraordinario. Pero no era la mujer adecuada para Barrett.

La sonrisa de Nita empezó a desvanecerse al ver a Stacy. Y desapareció completamente al ver sus manos unidas.

Stacy asintió y, durante un instante de locura, deseó que su noviazgo fuera real.

—Hola —dijo Barrett a Nita sonriendo.

Nita volvió a mirarles las manos con expresión de no creer lo que estaba viendo.

—Yo... he venido a ver si te ha gustado mi Tater Tot casserol.

—Estábamos comiéndonos el guiso justo en este momento —respondió él—. Es interesante.

—Me alegro de que te guste —dijo ella mirándolos fijamente, tratando de asimilar lo que veía—. Bueno, si estáis comiendo, os dejo. Yo...

Se oyó un zumbido en la calle que llamó la atención de los tres.

—Es el escuadrón de jogging —explicó Stacy.

Al cabo de unos segundos, un grupo de mujeres haciendo jogging, o intentándolo, apareció a la vista. Todas llevaban camisetas color rosa, hechas por Stacy, con

flamencos impresos en las camisetas. Arlene, como de costumbre, empujaba un cochecito de niño de tres plazas con los perros en él. El grupo miró en dirección a la casa y, al verlos agarrados de la mano, todas saludaron con voces demasiado altas y continuaron la marcha.

Nita lanzó un prolongado y sufrido suspiro.

–Creo que voy a unirme al grupo ya que, al parecer, no voy a encontrar otra manera de acelerar los latidos de mi corazón esta noche.

El zumbido aumentó de volumen cuando Nita se unió al resto del escuadrón. Ninguna de las mujeres podía creer que ella estuviera con ese hombre tan guapo. ¡Peor para ellas!

–Creo que esto las parará –dijo Stacy, notando que Barrett aún no le había soltado la mano.

Barrett estaba contemplando sus manos otra vez.

–Esto de agarrarse de la mano es interesante.

–¿Lo mismo de interesante que el guiso de Nita?

Barrett movió las manos que tenían unidas.

–No, interesante de otra forma –la miró a los ojos–. Excitante.

–Excitante –repitió ella, sin estar segura de si estaba mostrando su acuerdo con él o si le estaba preguntando a qué tipo de excitación se refería.

Barrett le acarició la piel con la yema del pulgar. Tenía las manos más de carpintero que de científico. Eran unas manos fuertes, con largos dedos y uñas cortas. La clase de manos para acariciar un vientre, o un muslo... por ejemplo.

Barrett volvió a clavar los ojos en los suyos.

–Sí, mucho más interesante que la Tater Tot casserole.

Cuando Stacy oyó un agudo gemido, tuvo la horrible sospecha de que había escapado de su garganta. Sintió un gran alivio al ver a Plasta mirando a Barrett con desesperación.

Barrett le soltó la mano.

–Me parece que está sintiéndose marginado.

Stacy miró a Plasta con odio por haberlos interrumpido.

–Eso me temo.

Volvieron a sus platos con guiso. Se miraron y luego a los platos.

–Creo que voy a comer cereales –dijo él encogiéndose de hombros.

–Y yo –Stacy tiró el guiso a la basura.

Incluso si Barrett comía cereales que les gustaban a los niños, era mejor que... Se volvió y le vio echando cereales en dos cuencos.

–Me encantaban estos cereales –Stacy se sentó y echó leche en su cuenco de cereales.

–¿Te encantaban? ¿Ya no?

–He dejado de comer cereales con azúcar y crema de cacahuete. Cuando una se cría con una abuela, come muchos cereales de estos. Mi abuela creía que la fibra era lo mejor que Dios había creado, junto con las ciruelas pasas y el chocolate.

Stacy suspiró con expresión soñadora. Luego, lo miró y preguntó:

–¿Qué clase de niño eras tú? Apuesto a que eras mucho más adelantado que los demás niños de tu edad.

– Intelectualmente, puede; pero no en lo demás. Se me daban muy mal los deportes y los juegos. Cuando jugábamos en equipo, era el último a quien elegían; además, siempre era el más pequeño.

– Así que en gimnasia era en lo único que no sacabas sobresaliente, ¿eh?

Barrett le dedicó una traviesa sonrisa.

– Exacto. Encima, en el colegio, siempre me acusaban de ser el niño mimado de los profesores. No podía evitar llevarme mejor con los profesores que con mis compañeros. De pequeño, siempre me llevaba mejor con los adultos que con los niños. Incluso en párvulos mis compañeros me tenían manía.

– Pero si solo eras un niño... – Stacy empezaba a comprender lo duro que era ser tan inteligente.

– Desgraciadamente, fui la primera persona que les dijo que los Reyes Magos y el Ratoncito Pérez no podían existir. Se lo expliqué lógicamente, hasta conseguir que comprendieran la verdad. Creía que les estaba haciendo un favor al destruir un mito que no servía a propósito alguno, pero tres madres llamaron a mis padres quejándose de lo que había hecho. Después de aquello, nadie me tenía ninguna simpatía.

– Y yo que creía que habías tenido una vida fácil... A mí me habría gustado mucho ser lista.

– Y yo siempre he querido ser normal, como todo el mundo.

¡Vaya! Stacy nunca había pensado que llegara a sentir pena por alguien tan listo como Barrett.

– Pero empezó a irte mejor cuando entraste en la universidad, ¿no?

– Cuando entré en la universidad acababa de cumplir los quince años, mis compañeros solo parecían interesados en ir a fiestas y en el sexo. Tenía amigos, pero eran los profesores y los investigadores amigos de mi padre. Me las arreglé – Barrett señaló con un gesto el cuenco de cereales –. ¿Qué tal tus cereales?

– Mejor que el guiso.

Stacy quería hacerle más preguntas sobre su infancia, pero él parecía haber dado por zanjado el tema. Su vida y la de él no podían haber sido más diferentes. Para ella, los exámenes, sobre todo los de matemáticas y los de ciencias, habían sido un suplicio. Sin embargo, al igual que él y debido a haberse criado en una comunidad para personas de la tercera edad, ella tampoco había tenido muchos amigos entre sus compañeros.

Stacy alzó el cuenco, se lo llevó a los labios y se bebió el resto de la leche.

– Bueno, será mejor que me vaya para dejarte trabajar – dijo ella al tiempo que se levantaba y llevaba el cuenco al fregadero –. Venga, Plasta, vamos a dejar al científico en paz.

Pero Plasta no estaba por la labor. Siguió a Barrett al fregadero y luego al vestíbulo, donde Stacy le estaba esperando, pero pegándose a Barrett.

– Deben gustarte mucho los perros – dijo él en el mismo momento en el que ella fue a agarrar al perro y acabó en el suelo.

– Me encantan los perros – murmuró Stacy mientras, inútilmente, seguía intentando atrapar al animal.

Barrett la observó mientras ella seguía tratando de agarrar a Plasta, que saltaba por las piernas de él.

– ¿Por qué no tienes tú un perro?

—Mi abuela era alérgica a los animales, así que me acostumbré a no tener uno — volvió a lanzarse a por Plasta, volvió a fracasar—. Llegamos a un acuerdo: yo llevaba a casa perros de la asociación y trabajaba con ellos, pero durante el día, y fuera de la casa, en el jardín. Así empezó la cosa.

—Pero ahora sí puedes tener uno.

—Sí, pero el problema es que me gustaría tener en casa a todos los perros de la sociedad. No puedo elegir. Me encantaría tener un terreno enorme y tener perros, gatos, conejos, de todo. Tal y como funciona, no doy cariño en exclusividad, sino a todos por igual.

Barrett se agachó, agarró a Plasta y se lo dio a ella.

—Porque eres una buena persona.

—Sí, muy buena —dijo Stacy casi sin respiración—. Lo he heredado de mi abuela. Ella era una santa.

Plasta empezó a moverse en sus brazos, tratando de zafarse de ella.

—Bueno, será mejor que me vaya.

Pero quería quedarse. Lo quería de todo corazón. Pero pensó en la fecha de entrega del proyecto de Barrett y abrió la puerta.

—¿Qué vamos a hacer con eso de nuestro supuesto noviazgo?

Stacy se detuvo y se volvió.

—¿Qué?

—¿Que qué vamos a hacer para convencer a las vecinas?

Barrett debía tener mucho miedo a esas mujeres.

—Ah, eso. Nos dejaremos ver juntos alguna vez que otra, será suficiente. Hasta la vista.

Barrett sonrió traviesamente.

—Hasta la vista.

Nita se reunió con el resto del grupo en la esquina, justo fuera de la vista de la casa de Stacy.

—Está haciendo como si estuvieran saliendo juntos. Estoy convencida de ello.

—Mira, por ahí viene Ernie.

Ernie estaba haciendo un gran esfuerzo por aparentar estar dando un paseo simplemente. De vez en cuando, volvía la cabeza y miraba atrás; después, a su alrededor. Tan pronto como llegó a la esquina, aceleró el paso.

—¿Es verdad? —le preguntaron todas.

—Jamás revelo secretos al enemigo —contestó él alzando la barbilla—. Ni aunque me torturaseis.

—¡Estás espionando para nosotras! —exclamó Betty.

Ernie empuñó los ojos.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso? A lo mejor, solo estáis fingiendo estar de mi parte. Cabe la posibilidad de que todas seáis agentes dobles.

—Vamos, suéltalo ya —dijo Nita.

Ernie alzó la barbilla.

—Mis secretos son...

— ¡Basta! ¡Dinos lo que sabes! — Nita le agarró de la oreja.

— ¡Está bien, está bien! ¡Ten cuidado, me vas a romper el sonotone sónico! — Ernie se lo ajustó—. He salido y he hecho como si estuviera regando las plantas cuando ellos estaban hablando delante de la puerta. No se han dado cuenta de que les estaba escuchando. Y sí, es una estratagema, están fingiendo.

— ¡Os lo había dicho! — exclamó Nita—. Es típico de Stacy. Sabía que haría eso para proteger a ese hombre de nosotras.

— Creo que es más que eso — dijo Betty—. Le gusta de verdad, se le nota en la cara. Annett se quedó pensativa antes de hablar.

— Sí, ahora que lo dices, creo que tienes razón.

— En ese caso, ¿cuál es el plan, el de siempre? — preguntó Arlene.

— No, esta vez es diferente. Barrett es diferente — dijo Frieda.

Ernie asintió.

— Se le nota que es un buen tipo. Lo ha dicho el hijo de Gene.

— No es como los otros que Stacy ha traído aquí — comentó alguien.

— Costó mucho convencer al último de que Stacy era miembro de una familia mafiosa — comentó Ernie—. Debería haber dicho lo que le dije al anterior, al actor de teatro.

— Pero no está bien decir que Stacy tiene problemas mentales — dijo Frieda.

— Es posible que, por fin, hayamos encontrado al hombre que ella se merece.

— Y Stacy es la mujer perfecta para Barrett.

— Antes, en la clase, cuando todavía no nos habíamos dado cuenta, Stacy se quedó totalmente desinflada — dijo Arlene sacudiendo la cabeza—. Me sentí fatal.

— Estábamos pensando solo en nosotras mismas. ¡Qué egoístas hemos sido! En fin, al menos, aunque indirectamente, hemos hecho que hagan como si salieran juntos. Por algo se empieza.

— Pero ya conoces a nuestra Stacy, hará lo posible por no distraerle del trabajo.

Todos asintieron. Entonces, los ojos de Nita adquirieron un brillo travieso.

— En ese caso, forzaremos la situación. Stacy está empeñada en que dejemos a Barrett en paz para que pueda acabar su estudio, ¿no es eso? Pues si nosotras seguimos haciendo como si quisiéramos emparejarlo con alguien de nuestra familia, a Stacy no le va a quedar más remedio que continuar protegiéndolo. Lo que significa que tendrá que pasar más tiempo con él.

Betty se frotó las manos.

— ¿Y si le dijéramos que no la creemos, que queremos que nos dé pruebas de que están saliendo juntos de verdad?

Haciendo un círculo, unieron sus manos en el centro del círculo como símbolo de unión en su propósito.

— Ah, a propósito, Arlene, felicidades por estropearle a Stacy ese trabajo en el salón de belleza para perros, no era para ella. ¿Qué dijiste?

— Que Stacy acababa de salir del manicomio. Ha funcionado.

Betty sonrió.

— Le encontraremos el hombre adecuado y después un trabajo, pero digno de ella. Esperemos que pronto se quede vacante el puesto de ayudante del director en la Humane Society. Ese es el trabajo perfecto para Stacy, no de peluquera de perros.

Los ojos de Ernie brillaron.

—Quizá debiéramos hacer algo con el presente ayudante del director...

—¿Por qué no puedo llevar a Elmo? —Stacy miró el teléfono y visualizó el delgado rostro de RJ con su corte de pelo estilo militar al otro lado de la línea.

Había llamado para decirle que iba a quedarse con Elmo esa noche.

El director de la sociedad se aclaró la garganta.

—Naomi ha admitido a cinco perros más.

—Solo tenemos cuatro celdas.

—Por eso es un problema que traigas a Elmo. Escucha, a mí tampoco me hace gracia, pero la mujer que nos ha traído los perros ha hecho una donación muy generosa. Tenía que marcharse para ir a un funeral, y no tenía a nadie que le cuidara los perros. No puedo poner a Elmo en la misma jaula que los otros porque es demasiado pequeño, y la mujer ha dicho que quería que sus perros estuvieran separados del resto. Lo siento, Stacy, pero vas a tener que quedarte con él durante unos días. No creía que te supusiera un problema.

Stacy miró a Plasta, que miraba a la puerta y gemía. Era un perro realmente agradecido, ya.

—Tienes razón, no es un problema. Se ha enamorado del vecino.

—Estupendo, Stacy. Ya era hora.

—¡Yo no, el perro! —pero aunque lo acababa de negar, el corazón le dio un vuelco.

—¿Y no podrías convencer al vecino de que se quedara con Elmo?

—Olvídalo. No cree en el amor. Quiero decir que no le gustan los perros.

—Bueno, tengo que dejarte ya. Gracias por lo de Elmo. Eres la mejor.

Cuando Stacy entró en su dormitorio, se acercó a esos papeles que tenía pegados al espejo de la cómoda.

Volvió a leer los perfiles de los donantes de esperma. ¿Cuál de ellos? ¿Cuál?

Pero no podía decidir. ¿Por qué? Cada vez que elegía uno, al momento cambiaba de idea. El calendario le recordó que le quedaban solo unos días para ovular. Se tumbó en la cama y se tapó la cabeza con la almohada. ¿Por qué no podía elegir?

Durante la mitad de la noche, Barrett observó los caracoles y tomó notas. Desgraciadamente, todo lo que anotó era sobre Stacy. No lograba quitársela de la cabeza. Al marcharse, él se sintió vacío. Su ausencia le había dejado vacío. Por lo tanto, se había sentado delante del ordenador y había empezado a escribir todo lo que sabía sobre ella.

Era buena persona. En realidad, todo lo que sabía de ella era que hacía cosas por los demás, y eran cosas que no necesariamente quería hacer. Ahora, también estaba haciendo algo por él, y solo porque era buena persona.

También había que considerar lo de darse la mano. Mientras tenían las manos unidas, se había sentido en armonía con el mundo.

Extraño, siempre había creído que no tenía inclinación a esa clase de muestra de afecto.

Pero cuando tuvo la mano de Stacy en la suya, se sintió unido a ella. Por primera vez en la vida, se había sentido conectado emocionalmente con otra persona. Con Stacy.

Se levantó, dispuesto a ir a la casa de al lado. Volvió a sentarse al enfrentarse a la realidad. Era casi seguro que sus padres habían sentido deseo suficiente para casarse... ¿y cómo había acabado?

Estaba... excitado, no era nada más. Pero ella solo se había hecho pasar por su novia porque era buena persona. Pero él no quería que Stacy fuera amable con él, quería que lo deseara. Porque él la deseaba.

«No olvides que dentro de nada vas a estar fuera del país, en la selva».

Miró a los caracoles. A Stacy le parecían simpáticos. Stacy veía ángeles, perros y dragones en las nubes. Stacy pedía deseos a las estrellas fugaces.

Él iba a pasar dos años fuera del país.

Con un suspiro, cerró el archivo sobre Stacy en el ordenador y se puso a trabajar.

Capítulo 6

A PESAR de haberse acostado tarde, Barrett se levantó temprano. Salió a hacer un poco de ejercicio, se dio una ducha y se puso a trabajar. Al amanecer, salió al jardín posterior. En otro momento, no habría notado la suave luz reflejada en la superficie de la pequeña piscina ni el aroma a jazmín, como tampoco habría oído abrirse la puerta de la casa de al lado ni la voz de Stacy.

— ¡Plasta, quédate aquí!

Pero lo que sí habría visto habría sido aquel diminuto y feo perro mirándolo antes de lanzar un aullido de alegría y saltar para subírsele encima.

No le molestó, ya que Stacy dio la vuelta al seto y apareció en su jardín, sonriendo.

— Perdona. Ya te lo he dicho, este perro te adora.

Barrett acarició la cabeza del animal.

— Supongo que lo vas a llevar hoy a la asociación.

— No. La ayudante del director admitió ayer a cinco perros más, lo que significa que la jaula de Plasta está ocupada; y es demasiado pequeño para que lo pongan con otros perros. Así que tengo que quedarme con él hasta que se quede su sitio libre. No me importa tenerlo, el problema es que, si lo tengo yo, también lo tienes tú.

Barrett se encogió de hombros.

— Supongo que podré aguantarlo por un día.

— ¿En serio? Qué alegría me das. De lo contrario, tendría que tenerlo todo el día encerrado en la casa y aguantar sus aullidos. Anoche no paró de aullar, quería ir contigo. Incluso le dejé que se acostara conmigo para que se callara.

Barrett miró al perro porque mirar a Stacy mientras ella le hablaba de aullidos y acostarse le estaba produciendo extrañas sensaciones. Llegó a envidiar al perro por haber compartido la cama con ella.

— Tengo un regalo para ti — Stacy se le acercó —. La hice anoche. ¿Qué te parece?

Ella, sonriendo, le dio una camiseta blanca en la que había escrito: el alcohol y el cálculo no se mezclan. No bebas cuando derives.

— No está mal, ¿verdad?

Barrett le sonrió.

— No, no está mal.

Stacy le dio la camiseta.

— No te sientas obligado a ponértela si no quieres.

Barrett la aceptó.

— Gracias.

Ella encogió los hombros.

— De nada. Bueno, te dejo para que sigas trabajando. Si Plasta te molesta, llámame para que venga a por él.

Le gustaba verla andar. Le gustaba el movimiento de sus curvas. Elmo aulló y, con

desgana, él volvió su atención al animal. De ninguna manera iba a decirle a Stacy que ese perro le molestaba. Echó la camiseta por encima de Elmo a modo de manta y reanudó su trabajo.

Media hora más tarde, un persistente ruido penetró en su consciencia.

El ruido resultó ser Stacy, en su tejado plano, con una máquina soplete, limpiando los canalones llenos de hojas.

Había llegado el momento de entrar en la casa para prepararse un chocolate caliente, y quizá otro para Elmo.

Él y Elmo se tomaron su chocolate y, por fin, Barrett volvió al trabajo.

En realidad, lo que quería era mirar a Stacy mientras limpiaba los canalones, pero se contuvo y extendió sobre la mesa las notas que había tomado durante el estudio de campo. Fugazmente, miró el calendario e hizo un rápido cálculo del tiempo que le quedaba. Casi no tenía tiempo entre la entrega de este estudio y el comienzo del siguiente. Sabía que a su padre le había desilusionado que no continuara trabajando en el proyecto de Everglades, pero Barrett sabía que ese trabajo no le atraía demasiado. ¿Sería capaz de encontrar algo que mantuviera su interés indefinidamente?

El ruido de la máquina soplete había aumentado; sin embargo, no veía a Stacy en el tejado. «Concéntrate en los caracoles», se ordenó a sí mismo. Si se concentraba, quizá lograra acabar el estudio a tiempo.

Los papeles estaban extendidos en la mesa con el fin de poder mirar los datos de cada papel en orden. Entró en un buen ritmo de trabajo.

Elmo levantó la cabeza un segundo antes de que los papeles empezaran a volar para luego caer en la piscina. El ruido de la máquina cesó bruscamente. Cuando él levantó el rostro, vio a Stacy, en su tejado, tapándose la boca con una mano.

— ¡Lo siento! — Stacy dejó la máquina en la superficie del tejado, se levantó con demasiada prisa y perdió el equilibrio.

Barrett se puso en pie al momento y se colocó debajo de ella. Stacy se cayó del tejado, pero logró agarrarse al canalón. Automáticamente, él la rodeó con sus brazos para bajarla al suelo. El problema fue que no la soltó.

Sintió la calidez y la firmeza del cuerpo de Stacy y olió su delicioso aroma. Tenía los brazos cruzados por encima del vientre de ella, en contacto con la desnuda piel de su cintura.

— Bueno, ya puedes dejarme en el suelo — dijo ella.

Tratándose de una persona que había estudiado el tiempo, que sabía que la medida del tiempo era una constante, esos momentos le parecieron prolongarse más de lo normal.

Stacy volvió la cabeza para mirarlo.

— ¡Barrett, tus papeles están en la piscina!

Las anotaciones con los datos. ¿Cómo se le había olvidado?

Stacy se deslizó por su cuerpo hasta plantar los pies en el suelo. Después, corrió hacia la piscina, se echó al agua y empezó a recoger los papeles, unos veinte.

— Perdona. Debes pensar que estoy loca.

Barrett agarró los papeles que estaban al lado del borde de la piscina.

— ¿Qué estabas haciendo ahí arriba, en mi tejado?

— Gene me pidió que, cuando limpiara mi canalón, limpiara el suyo también. No iba

a hacerlo porque tenía miedo de que ocurriera algo como lo que ha pasado —Stacy estaba recogiendo papeles mientras hablaba—. Me he asomado para ver dónde estabas; es decir, para asegurarme de que no te estaba molestando, y... y he perdido el equilibrio. Nunca pierdo el equilibrio. Mi abuela solía decir que soy como un mono.

El agua le llegaba a Stacy a la altura de la boca ahora que estaba recogiendo los papeles que habían caído en la parte más profunda de la piscina. No iba a conseguir agarrarlos. Entonces, él, quizá por primera vez en su vida, hizo algo impulsivo: se metió en el agua con ella.

El agua fría lo envolvió.

—Yo agarraré esos.

—No era necesario que te metieras aquí. Soy yo quien ha tirado los papeles —dijo Stacy jadeando.

Barrett le rodeó la cintura con los brazos, sujetándola de cara a él.

—Es...

Barrett se olvidó del agua fría, de los papeles y de lo que había estado a punto de decir. Su cuerpo cobró vida.

—¿Es... qué? —preguntó ella casi sin respiración.

—¿Mmmmm?

—Has empezado a decir una cosa y no has terminado.

Solo unos centímetros separaban sus rostros. ¿Por qué sintió ese loco deseo de besarla? Sintió un intenso deseo de apoderarse de la boca de Stacy para ver si sabía tan bien como se veía.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos. Se notaba que le costaba respirar. Si no lograba pensar con lógica, iba a meterse en un verdadero lío.

La lógica.

—Caracoles de árbol —dijo él, y llevó a Stacy al borde de la piscina.

Ella se agarró al borde cuando él, bruscamente, volvió a la parte más profunda para recoger los papeles que quedaban.

Barrett empezó a recitar especies distintas de caracoles según iba agarrando papeles:

—Delicatus. Elegans. Floridanus. Lucidovarius —le quedaban exactamente cuatro días, cuatro horas y veintinueve minutos para entregar el proyecto. Bien, ya había recuperado el sentido, ya solo pensaba en la fecha de entrega y en las nalgas de Stacy mientras salía del agua...—. Septentrionalis —respiró profundamente al levantar la última hoja de papel—. Pezones.

Al principio, no se dio cuenta de lo que había dicho, solo sabía que Stacy estaba sentada en el borde de la piscina y que el tejido de la camiseta se había hecho transparente. Stacy se miró la camiseta e, inmediatamente, cruzó los brazos a la altura del pecho. Fue entonces cuando él se dio cuenta de lo que había salido por su boca.

No había sido el nombre de un caracol.

Ni nada parecido.

Stacy se puso en pie y dejó los mojados papeles en la mesa.

—Será mejor que me vaya antes de que me muera de vergüenza —dijo ella, aún con los brazos firmemente colocados por encima del pecho.

—Siento...

—No, soy yo quien tiene que sentirlo. Soy una idiota. Me voy.

Barrett había llegado al borde de la piscina, donde Elmo le estaba esperando. Los dos la vieron alejarse.

Barrett estaba perplejo; en primer lugar, por la forma como esa mujer le afectaba; en segundo lugar, porque Stacy se sentía responsable por la metedura de pata de él. No tenía sentido.

Y aún tenía menos estar sentado en el agua completamente vestido y con zapatos.

Stacy se miró al espejo. Sí, ahí estaban sus pezones, bien claros. ¡Cómo podía sorprenderle lo que había salido de la boca de Barrett! ¿Era posible sentirse más avergonzada de lo que se sentía? Primero le había tirado los papeles al agua, y luego aquello. ¡Qué pensaría de ella! Lo más seguro era que le aplicase algún calificativo técnico imposible de pronunciar.

Se quitó la camiseta y los pantalones de licra, y los dejó en el suelo del cuarto de baño. Al mirarse en el espejo, la imagen de su andrógina figura le dijo que era imposible que pudiera excitar a un hombre como Barrett.

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta, y luego fue al cuarto de estar, decorado al estilo «abuela». El mobiliario era inmortal, llevaba allí desde que su abuela se casó. El estilo colonial nunca pasaba de moda. Colores marrones, cremas y crudos. Por algún motivo que no llegaba a comprender, a su abuela le habían gustado los champiñones como tema de decoración: el reloj de la cocina tenía forma de champiñón y había un champiñón de adorno encima de la mesa de café. Aunque a ella no le gustaban particularmente los hongos, no podía deshacerse de los objetos que le habían gustado a su abuela.

El timbre de la puerta sonó. Era Nita.

—Hola, Nita.

—Quiero hablar contigo, jovencita.

—¡Dios mío! Bueno, será mejor que entres.

Nita se puso cómoda en el sofá mientras Stacy pensaba en qué trabajo o favor se le había olvidado hacer para merecer aquella visita. Sin que nada le fuera a la mente, se sentó en el sillón que, en opinión de su abuela, parecía un champiñón puesto al revés.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Sé que estás mintiendo. Así que suéltalo.

—¿Mintiendo? ¿Sobre qué?

Al principio, Stacy se preguntó si Ricky le habría contado lo de la inseminación.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando... de tu supuesto romance con Barrett. Creo que estás haciendo como si estuvieras enamorada de él para despistarnos.

Esa era la idea. Desgraciadamente, se estaba convirtiendo en realidad. Y por difícil que le resultara mentir a alguien que era como un miembro de su familia, tenía que pensar en el estrago que había hecho con los papeles de Barrett. Le debía un favor.

—No estamos fingiendo.

—En ese caso, ¿por qué ha salido a correr solo esta mañana? Si hubierais dormido juntos, habrías salido a correr con él. Te conozco, Stacy, y sé que no le habrías dejado salir a correr solo por miedo a que las hijas, nietas y sobrinas de todas las mujeres de por aquí pudieran salir a atacarlo. Por eso sé que es mentira.

Stacy tragó saliva. Odiaba hacer jogging.

—Iba a correr con él; pero Barrett se ha levantado demasiado temprano y no ha querido despertarme. Y otra cosa, ¿quién está planeando atacarlo?

Nita alzó un hombro.

—No lo sé con seguridad, pero he oído rumores... planes... —bajó la voz—. Lo vigilaré, es lo único que puedo decir.

¡Horror!

Capítulo 7

AQUELLA tarde, vestida con pantalones vaqueros, jersey de manga corta color rosa y con aspecto muy serio, Stacy llamó a su puerta.

—Barrett, tenemos un problema.

—¿Tiene algo que ver con la lata de comida para perros que llevas en la mano?

Stacy alzó la lata.

—Es la cena.

Al ver su expresión de horror, ella siguió su mirada, fija en la lata.

—¡No, esto es para Elmo! —Stacy alzó el bolso que llevaba en la otra mano—. Nuestra cena está aquí. Bocado.

Volvió a oler a fresas. La siguió hasta la cocina; allí, la vio agarrar un cuenco y echar en él algo que olía fatal y que le recordó a la Tater Tot casserole.

—¿Qué tal os va? —preguntó ella, señalando al perro.

—Hemos llegado a un acuerdo: yo le dejo sentarse encima de mí y él deja de aullar.

Stacy dejó el cuenco en el suelo e hizo una señal a Elmo para que fuera a comer.

El perro no se movió.

—Vamos, es salmón, tu plato preferido.

Elmo lo miró a él.

—Vamos —dijo Barrett.

Al momento, Elmo se lanzó al cuenco y consumió su contenido.

Stacy tapó la lata con una tapadera de plástico.

—¿Qué tal llevas lo de que te adoren de esta manera?

—Está empezando a gustarme.

Stacy lo miró y él sintió un extraño cosquilleo en el estómago.

—Te creo —Stacy le miró la camisa—. Te has abrochado mal los botones.

Ella tenía razón.

—Después de la ducha, estaba pensando... en los caracoles —era mentira—. A veces, cuando estoy pensando, no me doy cuenta de lo que hago.

Stacy empezó a desabrocharle la camisa.

—Tenemos un problema que puede afectar a tu trabajo. Verás, no creen que nos gustamos —Stacy se detuvo cuando terminó de desabrocharle la camisa y se quedó mirando su pecho. Emitió un extraño sonido gutural y, rápidamente, empezó a abrocharle los botones—. Jogging. Tenemos que ir juntos a hacer jogging. No será difícil. Y creo que deberíamos ir por ahí agarrados de la mano un par de veces más, solo para que nos vean. Y no sé por qué te estoy abrochando la camisa.

Stacy dio un paso atrás.

—¿Porque eres una buena persona? —sugirió él, aunque esperaba que fuera por algo más que por eso.

—Sí, eso es —volvió a mirarle al pecho y después sacudió la cabeza—. Se me ha

ocurrido que podríamos ir a dar un paseo al parque y cenar allí. Tú, Plasta y yo. Agarrados de la mano. ¿Lo soportarás?

—Sí, claro.

Stacy se lo quedó mirando un momento.

—No parece que te haya molestado. Creía que te molestaría porque, para eso, tienes que interrumpir tu trabajo.

Él se encogió de hombros.

—Si no me queda más remedio, puedo trabajar por la noche.

Además, estaba interesado en otro estudio, y era eso lo que le tenía distraído cuando se puso la camisa. Había empezado un estudio sobre «el romance», pero necesitaba realizar trabajo de campo. Había examinado las notas sobre sus emociones: cosquilleo en el estómago, distracción, estado de ensoñación... todo lo que había sentido desde el momento en que conoció a Stacy. Y había llegado a una conclusión, tenía que investigar.

La expresión de ella se iluminó.

—En ese caso, estupendo. Haré lo posible porque este asunto no interfiera demasiado con tu trabajo —arrugó el ceño con gesto de preocupación—. ¿Has logrado descifrar lo que estaba escrito en esos papeles que te he estropeado?

—He vuelto a imprimirlos. No te preocupes, no ha sido nada grave —le aseguró él.

—Bien. Entonces, vámonos.

Stacy agarró la correa del collar de Elmo y salieron de la casa. Ella respiró profundamente y enderezó los hombros.

—Bueno, te diré lo que vamos a hacer: tú me tomas la mano y yo, con la otra, sujeto la correa de Plasta.

Stacy le dio la mano y, automáticamente, entrelazaron los dedos. Extraño, ya que su reacción no tenía por qué ser automática. Pero antes de poder analizarlo, le sobrecogió una excitante sensación de estar unido a ella.

—¿Listo? —le preguntó Stacy.

—Más que listo.

Después de unos cuantos pasos, resultó evidente que era él quien debía llevar la correa del perro. Elmo no hacía más que cruzarse entre sus piernas, haciendo que Stacy, con la bolsa con los bocadillos, se tropezara.

El sol poniente lanzaba destellos anaranjados, el resto era azul oscuro. En vez de analizar el espectro de colores, Barrett vio el firmamento desde el punto de vista de ella. Nunca antes había notado cómo se mezclaban los colores, ni lo bonita que esa luz hacía parecer a Stacy.

Algunos residentes de Sunset City, al verlos, les sonrieron y los saludaron; después, murmuraron entre sí.

—Esto empezará a convencerlos de que estamos locamente enamorados —dijo ella—. Podríamos dar una vuelta por el lago, sentarnos en un banco y aparentar que estamos encantados el uno con el otro.

¿Aparentar? Quizá ella estuviera fingiendo, pero él no. Y no le gustó la idea de que Stacy fingiera.

—Te agradezco todas las molestias que te estás tomando por mí.

—No es ninguna molestia.

Así estaba mejor.

— ¿Estás segura?

— Absolutamente. ¿Y a ti, te resulta muy molesto?

Barrett quiso contestar que sí, que le resultaba muy molesto mirarle la boca y no besársela.

— No, en absoluto.

Cuando llegaron al pequeño parque, Barrett le quitó a Elmo la correa para que corriera por ahí. El perro olfateó la hierba, aunque sin apartar la vista de él. Si eso era adoración, le gustaba. Miró a Stacy, que rápidamente clavó los ojos en Elmo.

— ¿Te han adorado a ti alguna vez? — preguntó él, haciéndola levantar la cabeza para mirarlo.

— ¿A mí?

— Sí, a ti.

Stacy clavó los ojos en sus manos, que seguían unidas.

— Bueno... la abuela me adoraba, aunque no sé si eso cuenta porque era mi abuela — Stacy levantó el rostro y lo miró —. No — suspiró —. Ni siquiera un perro. Sin embargo, estoy segura de que alguna vez me llegará el turno.

Barrett la condujo hasta el banco a orillas del estanque. Miró a Stacy, que estaba preciosa, aunque parecía un poco triste.

Empezaron a comer los bocadillos. Mientras comían, ella se manchó de mostaza la comisura de la boca y se limpió con la lengua. Él se oyó a sí mismo lanzar un ahogado gruñido.

— ¿Qué has dicho? — preguntó Stacy.

Barrett arrugó la envoltura del bocadillo.

— ¿Yo? Nada.

Stacy guardó el resto de su bocadillo en la bolsa.

— ¿Crees que deberíamos...? — Barrett le tomó la mano otra vez —. Háblame de esto de tomarse de la mano.

— ¿Qué?

— ¿Para qué otras cosas sirve? Me refiero a algo que no tenga que ver con el romanticismo.

Barrett empezó a acariciarle la piel con la yema del pulgar. Ella contuvo la respiración un momento.

— ¿Tus padres nunca iban agarrados de la mano? — preguntó ella.

— No. Mi hermana Kim y su marido, Dave, sí lo hacen. Te he preguntado porque me gustaría saber si sirve a algún propósito de tipo práctico.

— ¿Por qué quieres saberlo?

— Si vamos a ser una pareja, creo que debería saber qué conlleva y por qué, ¿no?

— Bueno... es un gesto amistoso; aunque, como gesto amistoso, no dura mucho. También es un gesto que indica consuelo: si estuvieras pasando un mal momento, te daría la mano.

Se suponía que debería estar clasificando mentalmente la información; sin embargo, le resultaba imposible.

— ¿Y qué me dices de esto? He visto a los hombres besar las manos de las mujeres — Barrett alzó la mano de ella y le besó la palma.

Stacy se estremeció.

—Se besa la otra parte de la mano, pero a modo de saludo —Stacy le besó la mano para hacerle una demostración—. Así. Lo único que las mujeres no besan la mano. Es un gesto romántico, típico de las clases sociales altas. Creo que los franceses lo hacen.

—¿Te ha besado algún hombre la mano alguna vez?

—No. No es algo corriente.

Barrett le besó la mano de la forma correcta. Stacy no reaccionó como lo había hecho cuando le besó la palma.

—¿No te ha gustado que te besara la palma?

—Bueno... sí. Nunca me habían besado la palma de la mano. Es... interesante.

—¿Interesante como la Tate Tot casserole?

Stacy se echó a reír y una cálida sensación de satisfacción le embargó.

—Mucho más interesante que eso —Stacy respiró profundamente—. Ha sido excitante. Como esto.

Ella le alzó la mano, le dio la vuelta y le besó la palma. Los labios de Stacy permanecieron en contacto con su piel durante unos momentos. Tenía razón, era excitante. Excitante físicamente...

Muy, muy físicamente. Su cuerpo se estaba despertando, alzándose. Un inmenso calor le invadió. ¿Qué era? Solo sabía que era mucho más interesante que la Tate Tot casserole.

Bruscamente, Stacy apartó los labios de la palma de su mano y se incorporó en el asiento.

—Será mejor que lo dejemos.

—Creía que lo estábamos haciendo muy bien. Estoy excitado. ¿Tú no?

—Sí, pero se supone que solo estamos fingiendo estar excitados.

—Ah, bien —lo de fingir otra vez.

—Eh, mira. No, no mires. Ahí están Nita y Jack con Arlene. Fíjate, son como aves rapaces a punto de atacar a su presa. ¡No, no mires!

Empezaba a marearle lo de mirar y no mirar al mismo tiempo.

—Las personas a las que tenemos que engañar, ¿no? —susurró él.

—Exacto.

—En ese caso, si hiciera esto... —volvió a besarle la palma de la mano, pero lentamente, de la misma forma que Stacy se la había besado a él—. Es un buen movimiento defensivo, ¿no?

A Stacy le dio un vuelco el corazón y, también susurrando, contestó:

—Exacto.

Cuando le acarició la palma con la lengua, oyó la aceleración de la respiración de ella. De soslayo, vio a Elmo observándolos con interés. Y cuando empezó a lamerle los dedos, dejó de importarle lo que Elmo estaba haciendo. Stacy lanzó un gemido.

Ella abrió los ojos y apartó la mano.

—Bien, has estado muy bien. Creo que ya les hemos convencido del todo —dijo ella con voz temblorosa.

Le sorprendió oír temblor en su propia voz al contestar:

—¿Estás segura? —se inclinó hacia el rostro de ella. Quería besarla—. Quizá debiéramos...

—Irnos a casa. Sí, eso es lo que tenemos que hacer. Ya hemos cumplido nuestra misión.

No, la misión no estaba cumplida. Él era un científico, tenía que seguir investigando a Stacy.

La situación era injusta, pensó Stacy mientras se preparaba para ir a hacer jogging a las seis y media de la mañana. ¡A las seis y media! Y después, tenía que ir a dar una clase de gimnasia. Si hubiera dormido bien, no sería tanto problema. Ni siquiera podía echarle la culpa a Plasta. Barrett, muy amable, se había ofrecido a quedarse con él para evitar que se pasara aullando toda la noche.

Eran sus propios aullidos lo que la habían mantenido despierta. Bueno, no literalmente.

Se metió la pernera de uno de los pantalones de licra, luego la otra, pero se dio cuenta de que se los había puesto del revés. Se los sacó y se los volvió a meter. Se había derretido, derretido literalmente, cuando Barrett le besó la palma de la mano. Casi había tenido un orgasmo cuando él se la lamió. Y cuando le chupó los dedos... ¡No, mejor olvidarlo! Solo de pensarlo le daban temblores. Durante el paseo de vuelta, había tratado de convencerse a sí misma de que era porque hacía mucho tiempo que un hombre no la tocaba. Era una buena explicación.

Pero más tarde, por la noche, la explicación se le había venido abajo. Nunca hasta ese momento se había vuelto gelatina cuando un hombre la tocaba.

Por fin, terminó de ponerse del derecho los pantalones amarillos de licra. Después, se miró en el espejo de la cómoda y se hizo una mueca a sí misma.

Intentó no pensar en Barrett. Lo que quería era un hijo, eso la dejaría satisfecha. El romance no tenía importancia en su vida.

Al menos, hacer jogging no implicaba ir agarrados de la mano, cosa que se había convertido en algo sumamente erótico. Ni siquiera tenía que hablar. No tendría problemas. Además, Barrett era un científico, y los científicos eran aburridos por definición.

Se miró la mano, que no se había lavado desde que él se la chupara. Barrett era peligroso.

El peligro llamó al timbre de la puerta. Ella volvió a mirarse en el espejo, aunque no sabía por qué demonios lo hacía. Iba a hacer jogging con un hombre que solo de mentira le atraía.

—Buenos días —le dijo Barrett cuando le abrió la puerta—. No estaba seguro de que te hubieras despertado.

—Yo tampoco. Yo... ¡Guau! —lo miró de arriba abajo. Camiseta sin mangas color azul, bonitos brazos, torso esbelto y pantalones cortos que dejaban al descubierto unas piernas espectaculares—. Quiero decir que... ¡Guau! Que vas a tener frío, ¿no? Vas casi desnudo.

Stacy se pasó las manos por los brazos, tenía la piel erizada. Pero no era por el fresco de la mañana.

—Entraré en calor tan pronto como nos pongamos en marcha.

—Yo también —Stacy cerró la boca—. ¿Nos vamos ya?

— Yo suelo hacer unos estiramientos antes de hacer jogging. ¿Tú no?

Sabía lo de los estiramientos. Era casi una experta. Pero se le vació la mente cuando lo vio hacer una flexión hacia delante. De no haberse fijado tanto en las nalgas de Barrett, habría notado lo bonitas que tenía las pantorrillas. Y quizá él, al levantar la cabeza, no la habría sorprendido mirándolo sin moverse, como una estatua.

— ¿No vas a hacer estiramientos?

— Sí, claro. Solo estaba examinando tu técnica, nada más.

Disimuladamente, Stacy lo miró mientras él continuaba haciendo flexiones, por si él la miraba para ver si ella lo miraba. Pero Barrett estaba concentrado en lo que estaba haciendo.

— ¿Dónde está Plasta?

— No quería pisarle sin querer, así que le he llevado a dar un paseo antes de venir a buscarte.

— Os lleváis muy bien, ¿verdad?

Barrett se encogió de hombros.

— Es agradable compartir la cama con alguien.

¡Cómo iba poder respirar después de eso!

— ¿No te parece que quizá debieras comprometerte? Me refiero a Plasta, por supuesto. Quiero decir, adoptarle.

— No puedo — Barrett se miró el reloj—. Dentro de trece días, ocho horas y doce minutos empiezo el nuevo proyecto de investigación para la Fundación Nacional de Ciencia. Se trata de un estudio de dos años en Madidi, un nuevo parque natural en Bolivia. Un millón novecientas dos mil noventa hectáreas; algunas de ellas sin explorar aún. Voy a trabajar en equipo con diversas agencias medioambientales para determinar el impacto medioambiental que puede tener la apertura del parque al turismo. En parte, mi trabajo va a consistir en estudiar la demografía dinámica de las hormigas y las aves dispersoras de semillas, y sus respuestas divergentes a la regeneración de la floresta tropical. Es un proyecto muy importante que intenta impulsar la repoblación de la selva. Oh, perdona, te estoy aburriendo otra vez.

— No, en absoluto — se había perdido cuando él había dicho lo de los dos años.

Lejos. En otro país. Durante dos años...

Stacy forzó una sonrisa.

— Parece muy interesante.

— Lo es. Creo que es el proyecto más interesante con el que me he tropezado.

— ¿Y después de ese proyecto? — preguntó ella.

— Es posible que me dedique a ese campo de estudio durante un tiempo.

— De todos modos, sigue pareciéndome que te aburres con facilidad.

— No me aburro. Lo que pasa es que aún no he encontrado algo que me apasione.

Al instante, Stacy recordó la lengua de Barrett lamiéndole la palma de la mano. Mejor olvidarlo. Mejor acordarse de los dos años. Y se aburría con facilidad. Y era demasiado listo.

Cuando empezaron a hacer jogging, Stacy se quedó extrañada de la cantidad de mujeres que había levantadas a esas horas de la mañana. Como ella no se levantaba nunca tan temprano, no podía saber si era algo normal. Pero fue el amontonamiento de las mujeres lo que le reveló la situación. Todas estaban sentadas en los porches...

esperando. Por sus expresiones, se veía que estaban esperando a que Barrett pasara haciendo jogging.

– Buenos días, Barrett – saludaron –. Hola, Stacy.

Le sorprendió que llegaran a fijarse en ella.

Veinte minutos más tarde, agotada, Stacy aminoró la marcha hasta detenerse. Barrett, concentrado como siempre, siguió corriendo. Ella trató de recuperar la respiración. No le gustaba hacer jogging. Si iba a tener que seguir haciendo eso durante el resto de la semana, acabaría muerta.

– ¿Te encuentras mal? – le preguntó Barrett, que había retrocedido sobre sus pasos –. ¿Quieres que descansemos un rato?

Stacy se enderezó.

– No, estoy bien. Vamos.

Quizá solo necesitara hacer jogging con él aquella mañana para convencer a las mujeres de Sunset City de que estaban juntos y, con un poco de suerte, le dejarían en paz.

– Esos besos en la mano han sido un buen espectáculo – dijo Nita durante la clase de gimnasia.

– Y el jogging también ha sido un buen toque – añadió Betty.

– Pero aún no os hemos visto besaros. En los labios – concluyó Nita.

– El boca a boca – interpuso Ernie con una lasciva carcajada.

– Si nos enterásemos de que estás tratando de engañarnos...

– Nos lanzaremos al ataque.

Stacy sabía que hablaban en serio.

– Está bien, lo besaré.

– ¿Cuándo? – preguntaron varias voces a la vez.

– ¡Cuando llegue el momento!

– Tienes que tener un plazo límite – dijo Nita –. La fecha límite va a ser la fiesta de la comida de lata.

– No es necesario que lo hagas justo delante de nosotras; pero, aunque sea a distancia, tenemos que veros besaros.

– Y besaros de verdad – añadió Nita en tono amenazante –. De lo contrario, entraremos en acción.

¡Cielos!

Capítulo 8

STACY esperó a que pasara la hora de la cena para ir a hablar con Barrett sobre el problema que tenían. Cenar con él se estaba convirtiendo en una costumbre, y era una mala costumbre con la que había que acabar.

Rodeó el seto y entró en el jardín de él. Volvió la cabeza al oír un chapoteo en el agua de la piscina. Dentro estaba Barrett. Plasta estaba junto al borde, tratando de idear la forma de acercarse a su amo sin mojarse. El perro le lanzó una mirada de desprecio antes de volver unos ojos de adoración hacia Barrett.

Era una pena que Barrett no quisiera tener perro. Ese pobre animal se iba a sentir perdido sin él. Lo contrario que ella, que seguiría su vida igual que antes porque eso era lo que siempre hacía. Y tomaría una decisión respecto al donante de esperma. Y adoptaría a Plasta...

Se acercó al borde del agua y observó a Barrett cruzar la piscina buceando. Sacó la cabeza, tomó aire, volvió a sumergirse y empezó a cruzar la piscina bajo el agua otra vez. La luz hacía que pareciese que estaba desnudo. Para asegurarse y con el fin de no ponerle en vergüenza, miró. Sí, llevaba unos calzoncillos pequeños y ajustados. Ya no tenía que imaginar cómo estaría solo con los calzoncillos puestos.

Por supuesto, no hacía eso de imaginar con frecuencia.

Esperó a que él terminara de hacer sus largos. Por fin, cansada de esperar, cuando él sacó la cabeza para tomar aire, le tocó el hombro.

Le sonrió.

—Te veo.

Él le devolvió la sonrisa.

—Yo también te veo a ti —se pasó la mano por la cara—. ¿Has venido a cenar?

—¿A cenar? Son las ocho y media. Ya ha pasado la hora de la cena.

—No me había dado cuenta de que fuera tan tarde. A veces, cuando estoy trabajando, pierdo la noción del tiempo —Barrett salió del agua y miró a su alrededor—. También, a veces, se me olvida traerme una toalla. Pero, esta vez, me he acordado de quitarme la ropa.

Al mirarse, pareció darse cuenta de que estaba en ropa interior. Ella, por otra parte, era plenamente consciente de ello.

—No tenía pensado bañarme —dijo él mientras se acercaba a donde había dejado los pantalones—. Pero me he atascado con el trabajo y me ha parecido buena idea refrescarme un poco.

El agua le caía por los hombros. El vello del pecho se le ondulaba de forma interesante. Al llegar a los calzoncillos, apartó la mirada.

—Estabas nadando como si te llevaran los demonios.

—No andas mal encaminada. Hay unos cálculos que me están dando problemas, pero no tengo los datos suficientes para corregirlos —se pasó las manos por los cabellos

–. Y se me está agotando el tiempo.

– No sabía que los caracoles dieran tanto problema.

Él se quedó con la expresión en blanco durante unos instantes.

– Ah, sí, los caracoles. Sí, dan muchos problemas.

Barrett se sentó en una de las sillas de hierro forjado con expresión perpleja.

Ella se sentó en la silla de al lado.

– ¿Cómo se reproducen?

– El proceso de cortejo es muy largo. Se acarician, descansan, vuelven a acariciarse, vuelven a descansar, se acarician otra vez... así se pasan horas; a veces, incluso un día entero.

– Mmmm – ¡cielos! Se estaba despistando –. El romance de los caracoles... ¡Quién lo habría pensado! ¿Y has dicho que pueden pasarse así un día entero?

– Eso solo es el ritual del cortejo. La copulación puede durar otro día.

– ¡Guau! ¿Un día de jugueteo? Eso sí que es romántico. ¿Y luego qué?

– Los caracoles son hermafroditas, así que cambian los papeles y repiten el ritual.

– Ah. Bueno, escucha, la razón por la que he venido... y que te conste que estoy tratando de no molestarte con el fin de que puedas acabar tu trabajo. Pero tenemos un problema.

– ¿Tiene algo que ver con el jogging?

– No.

– ¿Con lo de agarrarnos de la mano? No era mi intención hacer eso... me refiero a lo de...

– No, no, no es eso. La cuestión es que aún no hemos convencido a nadie de que estamos... bueno, juntos. Me han dado de plazo hasta mañana para darles una prueba de que estamos juntos; si no, comenzará el desfile de mujeres.

Stacy tenía que admitir que, para ser un hombre con una fecha de entrega de un trabajo, no parecía terriblemente preocupado.

– ¿Tenemos que parecer más excitados?

– Bueno... sí. Tenemos que besar.

– ¿Besar qué?

Stacy lanzó una carcajada.

– Besarnos el uno al otro – dijo ella por fin con la calma de la que fue capaz –. En los labios.

– Lo sabía. Te estaba tomando el pelo.

– Sabes cómo besar, ¿no? – preguntó ella.

¡Horror, no iba a saber besar!

– Claro que sé.

– Me refiero a besos humanos, no a besos de caracol.

– Los caracoles no se besan, se acarician.

– Durante horas y horas, ya lo sé.

– He besado a algunas mujeres. Es agradable.

Ella forzó una sonrisa.

– Agradable, ¿eh?

Stacy se puso en pie.

– Tenemos que besarnos mañana en la fiesta de la comida de lata. Con un beso

bastará – se interrumpió un momento –. Pero tiene que ser un buen beso. Nita va a hacer de juez y, si no lo hacemos bien, se dará cuenta. Se dará cuenta de que no es un buen beso si no lo es.

Barrett también se puso en pie.

– ¿Qué es lo que califica a un beso de bueno? ¿La duración, la cantidad de movimiento?

– No se pueden juzgar así los besos. Un beso breve, uno prolongado, de pie, sentados, moviéndose, sin moverse... eso no importa. Lo que hace que un beso sea bueno es la química. Es cómo hace que te sientas, que te pierdas en el momento. Es...

Stacy trató de recordar lo que era un buen beso. Estaba segura de que le habían dado uno o dos besos buenos, pero no logró acordarse.

– Es la suma de los factores – dijo ella.

Barrett sacudió la cabeza.

– Tiene que haber alguna fórmula. A más B igual a C, por ejemplo. Un buen beso, como cualquier otra cosa, se compone de variables que, al combinarse, producen un beso bueno. Acción y reacción... Te estoy aburriendo otra vez, ¿verdad?

Ella forzó una sonrisa.

– Debo admitir que me sorprende que alguien, al hablar de un beso, haga que parezca algo aburrido. Pero tú lo has conseguido.

Barrett le dedicó una sonrisa ladeada.

– Por esto es por lo que evito el romance. Comprenderás que es más fácil.

– Por supuesto. Bueno, quizá, si nos besamos a cierta distancia mañana, no notarán si el beso es bueno o malo.

Justo en ese momento, Stacy se dio cuenta de algo terrible. Quizá Barrett pensara que ella tampoco sabía besar bien. Y quizá fuera verdad. Al fin y al cabo, era a lo máximo que solía llegar con los hombres.

– ¿Te pasa algo?

Le había preocupado aburrir a un hombre tan listo como Barrett, pero lo más posible fuera que aburriese a todos los hombres.

– No, no me pasa nada.

– Eso era lo que mis padres hacían siempre. Ese «no me pasa nada» suena a que sí te pasa algo.

No era justo mentir a Barrett.

– Cuando alguien dice «no me pasa nada» así, es porque sí le pasa algo, pero no quiere hablar de ello, ¿de acuerdo?

– ¿Por qué no lo dices? Estaría todo mucho más claro.

Stacy, a pesar suyo, se echó a reír.

– Tienes razón. Pero no es fácil hablar de ello, ¿vale? – se encaminó hacia el seto –. Voy a preparar una ensalada de fruta para la fiesta de mañana.

– ¿Qué te parece que lleve yo?

– Tú no tienes que llevar nada. La ensalada es de parte de los dos, no olvides que somos una pareja.

Esas palabras le sonaron a música, aunque no fuesen verdad.

– ¿Una pareja de qué? Ah, una pareja, sé lo que es.

Stacy alzó los ojos al cielo.

— ¡Hasta mañana!

Más tarde aquella misma noche, cuando sonó el timbre de la puerta, Stacy se dijo a sí misma que el pulso no se le había acelerado al ocurrírsele que podía ser Barrett.

—Hola, encanto. ¿Has decidido ya quién quieres que sea el padre del niño que quieres concebir?

Ricky estaba apoyado en el marco de la puerta con un brazo en alza. Tenía una mancha en la camisa azul y, mientras hablaba, un palillo de dientes se movía entre sus labios.

— ¡Ricky, no hables tan alto! —Stacy miró a su alrededor para ver si algún vecino, sobre todo Ernie, estaba al acecho. Después, dio un paso atrás—. Entra, pero te advierto que nada de cena, nada de sexo y nada de cerveza.

Él entró y adoptó una expresión de sentirse insultado.

—No vengo aquí para... está bien, a veces sí. Pero nunca me das nada de lo que has dicho, así que tienes que saber que ese no es el motivo por el que he venido.

—Y tampoco puedes ser el padre de mi hijo.

—¿Por qué no? —preguntó Ricky—. Soy tan hombre como cualquiera de los tipos que tienes en el espejo. Incluso más, y por eso estoy aquí. Y te saldría gratis. No tendrías que pagarme ni nada. Encima, podríamos divertirnos haciendo el niño.

—Bien, ya te puedes ir.

—Acabo de llegar. Lo único que quiero es ayudarte. Además, si no, es posible que nunca tenga un hijo.

—Por lo que me has contado, creía que había una fila de mujeres persiguiéndote. Siempre estás hablando de esta o de la otra...

—Solo me quieren por mi cuerpo —Ricky miró a su alrededor antes de volver a fijar los ojos en ella—. De acuerdo, no hay tantas mujeres persiguiéndome, solo unas pocas —Ricky se sentó en el sofá—. Está bien, hubo una el mes pasado... el año pasado.

—Nita.

—¿Cómo lo sabes?

Stacy se sentó en un sillón que hacía esquina con el sofá, el que parecía un champiñón invertido.

—He oído rumores.

—Ese es mi problema. La gente cree que soy un hombre fácil.

—Sí, no te ha ayudado mucho, ¿verdad?

—No, nada —Ricky se quedó pensativo un momento antes de bajarse al suelo y arrodillarse delante de ella—. Pensar en ti yendo a ese sitio tan estéril para que te inyecten el esperma de un tipo al que no conoces me tiene loco. Quiero un pequeño Ricky, o Rickette, gateando por el suelo. Quiero ser el padre.

Y hablaba en serio, lo indicaba su mirada.

—Lo siento, no puede ser. Lo bueno de ir a un banco de esperma es que el hombre no sabe que tiene un hijo.

—Eso es algo muy frío —dijo Ricky con dureza—. ¿Qué clase de hombre es el que no quiere saber nada de su hijo?

—Un hombre que necesita dinero, supongo.

— Esa es otra, esos sitios son caros. Podrías ahorrarte bastante dinero.

— Ricky, te agradezco la oferta, pero no quiero complicaciones. Si no puedo casarme y tener una familia, la segunda opción es tener un hijo sola. Además, si tú fueras el padre, tendrías que responsabilizarte de él.

Ricky le agarró los pies.

— Si quieres, podríamos casarnos.

Stacy logró liberar sus pies, los subió al sillón y se sentó encima de ellos.

— ¿Por qué tienes tantas ganas de tener un hijo?

Ricky bajó los ojos al suelo antes de volver a mirarla.

— No quiero acabar solo. Quiero que alguien me ame, y tú eres mi última oportunidad.

— Oh, Rick —le puso las manos en los hombros. Después, se dio cuenta de cuáles habían sido las últimas palabras de él—. ¿Qué es eso de que soy tu última oportunidad?

Ricky enderezó la espalda.

— Soy un fracasado en lo que respecta al amor, tú también eres una fracasada en el amor... me parece que somos las dos únicas personas en la tierra que no están emparejadas. Eh, ¿por qué me miras así?

— ¿Estás diciéndome que soy tu último recurso? La única mujer en el mundo que aceptaría estar contigo. ¡Y encima dices que soy una fracasada!

— Pero lo he dicho en el buen sentido. Vamos, Stacy, sabes lo que he querido decir. Los dos estamos desesperados, estamos hechos el uno para el otro.

— ¡Fuera de aquí! Y no vuelvas a mencionar lo de ser el padre de mi hijo porque no vas a serlo. Dentro de dos días van a inseminarme. Y de esto ni una palabra a nadie, ¿me oyes?

Ricky se puso en pie y se dirigió a la puerta.

— Intentaré guardar el secreto, pero sabes que aquí los secretos son del dominio público. Todo el mundo se entera de todo.

— Como digas algo te aseguro que jamás podrás procrear, y sabes a qué me refiero.

Stacy cerró dando un portazo. Dos días. Tenía solo dos días más para elegir al padre del niño, tres días para la ovulación. Ricky tenía razón, allí todo el mundo se enteraba de todo. Y con lo bocazas que Ricky era, ella sabía que le quedaba poco tiempo. Tenía que ser el lunes.

Capítulo 9

STACY tapó el cuenco con la ensalada de frutas y lo metió en la nevera. Eso era lo bueno de la fiesta de comida enlatada, no había que guisar. Miró el reloj tipo champiñón que colgaba de la pared. Las diez y cuarto. Como la habían designado reina de la fiesta de la comida enlatada, era la responsable de la organización.

Primero tenía que ir para preparar las mesas y las sillas; después, debía volver a por la ensalada de frutas y a por Barrett. Al pensar en él, automáticamente se miró en espejo del cuarto de estar. Su reacción no era buena señal. No debía preocuparle su aspecto físico. Incluso se había puesto... ¡maquillaje! Y carmín de labios color rosa. Se había dado también sombra de ojos.

Pero decidió no excederse en el atuendo. Se puso la típica camiseta y unos pantalones de licra. No tenía intención de impresionar a Barrett.

Además, él nunca se fijaría en ella.

Una hora más tarde, las mesas y las sillas estaban colocadas en la zona del estanque, unos vecinos la habían ayudado. Una suave brisa mecía las ramas de las palmeras y el sol lo bañaba todo con su brillante calidez. Era el día perfecto para un beso perfecto. Un beso al que todos iban a estar atentos, un beso que iban a juzgar.

Un beso que no satisfecería a nadie.

Sintió un nudo en el estómago, pero estaba segura de que era debido a la tensión, que no tenía nada que ver con excitación. Quizá fuera solo miedo.

La gente empezó a llegar al parque con la comida de conserva. Los perros corrían por el césped persiguiendo mariposas y persiguiéndose unos a otros.

—Hola, Stacy —el matrimonio Swenson le saludó—. Un día precioso, ¿verdad?

—¿Qué tal, Stacy? —dijo Nita mientras dejaba sus judías en vinagre encima de la mesa.

Nita se la quedó sonriendo, sin moverse.

—Ah, aquí está nuestra Stacy —dijo Ernie.

Frieda dejó el tarro de mermelada al lado de las frutas en conserva del matrimonio Swenson.

—Estás muy guapa hoy, ¿verdad que sí, Frieda? —añadió Ernie mirando a Stacy.

—Está radiante, ¿verdad? —comentó Frieda.

—Sí, radiante.

Lo que todos estaban diciendo era: «estamos deseando ver ese beso».

Stacy sonrió forzosamente.

—Gracias —miró a Arlene—. ¿Dónde están Blue, Suede y Shoes?

—Shoes está resfriado, y como no soportan estar separados...

—¿Dónde está tu novio? —preguntó Ernie.

—Llegará en cualquier momento. Estaba dándose una ducha cuando he ido a por él y le he dicho que se reúna aquí conmigo.

– Ah – Ernie asintió.

Le entró sentimiento de culpabilidad por estarles engañando de esa manera. Barrett iba a marcharse pronto, pero ella se quedaría y empezaría una nueva vida con su hijo. ¿Cómo se lo tomarían?

Ricky entró en el parque y se dirigió a ella directamente. Luego, le guiñó un ojo y chasqueó la lengua.

– Hola, encanto. Estás preciosa hoy.

Stacy miró a su alrededor para estar segura de que nadie le hubiera oído.

– Gracias, Ricky. No imaginaba que notarás esas cosas.

– Siempre las noto.

– Ya. Bueno, dame el plato que has traído y déjame tranquila. Y ni una palabra a nadie.

Stacy extendió el brazo y Ricky le dio un contenedor de plástico. Siempre llevaba lo mismo, sardinas, y era el único que las comía. Stacy arrugó la nariz y las colocó encima de la mesa.

No supo qué le hizo alzar el rostro, pero vio a Barrett avanzando hacia ella. ¡Guau! La brisa le revolvió el cabello y él se lo echó hacia atrás. Llevaba la camiseta que ella le había regalado y unos pantalones cortos que le dejaban las piernas al descubierto. El sol hacía que el vello de las piernas y los brazos le brillara.

¿Desde cuándo se fijaba en el vello de las piernas de un hombre?

Saludó a algunas personas, pero continuó andando. Las diminutas patas de Plasta se movían aceleradamente para seguir el paso de Barrett.

– ¿Puedo ayudarte en algo? – le preguntó Barrett mirando la larga mesa llena de comida.

– No, gracias, lo tengo todo bajo control. Empezaremos a comer tan pronto como llegue el rey.

– ¡Qué encantadores sois! – exclamó Arlene tocando el hombro de Barrett –. Bueno, nuestra Stacy siempre está encantadora... Eh, un momento, ya no es nuestra Stacy, sino tu Stacy.

Stacy lanzó una carcajada.

– Soy mi propia Stacy, Arlene.

Jack, el rey, era siempre el último residente de Sunset City en llegar a la fiesta de la comida enlatada.

– Encantado de verte – le dijo a cada una de las personas que le hicieron una reverencia –. Me alegro de haber venido.

Nita le sirvió un vaso de té con hielo y Jack hizo que todos brindaran.

– Por Mae. Porque siga haciendo esas tartas de limón tan maravillosas.

– Por Mae – dijeron todos al unísono.

En cuestión de segundos, los residentes de la comunidad rodearon la mesa con la comida.

– Así que fue tu abuela quién empezó esto, ¿no? – preguntó Barrett, siguiendo a Stacy en la fila y repitiendo todos sus movimientos.

– Alguien tenía que hacerlo – Stacy echó una cucharada de chili en conserva en su plato y, encima, echó dos cucharadas de maíz de lata.

Barrett hizo lo mismo, aunque no estaba prestando atención a lo que hacía.

– Pero tú, ¿por qué has seguido la tradición?
– Porque... – Stacy se puso en el plato un poco de puré de calabaza – . Haces muchas preguntas, ¿lo sabías?
Barrett se encogió de hombros.
– Me gano la vida así. Quiero comprender a Stacy Jenkins. Quiero saber qué porcentaje de tu personalidad implica hacer favores a los demás.
Cuando acabaron de llenarse los platos, encontraron una mesa vacía.
– No intentes estudiarme, no soy un caracol de árbol.
Por supuesto, Ernie y Frieda pasaron justo en el momento en que ella dijo eso. La miraron y fueron a sentarse a otra mesa.
– Él piensa que ella es un caracol de árbol – susurró Ernie.
– Me tienes fascinado – dijo Barrett.
– ¿En serio? – antes de tomárselo en serio, recordó la facilidad con que Barrett se fascinaba y lo pronto que se aburría.

Después de la comida, Stacy ayudó a recoger. Barrett estaba charlando con Ernie y con Frieda, pero solo Dios sabía de qué.

Nita pasó por su lado y la oyó decir:
– Aún estamos esperando. Será mejor que sea uno bueno.
– Y si no lo es, asumo toda la responsabilidad. Yo sé... si sé besar bien. Me parece que no.
– ¡No digas tonterías! Si es el hombre para ti, el beso será maravilloso y como por arte de magia – contestó Nita – . Y si no es el hombre para ti, todas a la caza.

Estupendo. Barrett no creía en la magia, no creía que nada ocurriera sin una explicación científica.

– Haremos lo que podamos.
– Y queremos ver lenguas en acción – añadió Nita antes de marcharse.
– ¡Nada de lenguas en el primer beso!
«Bueno, será mejor que acabemos con esto», se dijo Stacy a sí misma mientras avanzaba hacia Barrett.

Al llegar a su lado, deslizó el brazo por el suyo.
– ¿Te parece que demos un paseo por el estanque, cariño?
Él la miró como si se hubiera vuelto loca.
– Me has llamado cariño.

Stacy le apretó el brazo antes de darse cuenta de que el movimiento presionó el brazo de él contra su pecho. Pero como Ernie y Frieda estaban observándolos, no se atrevió a apartarse de él.

– Sí, querido.
Barrett sonrió ampliamente.
– Me gusta.
– A mí también.

Excepto a los perros, nunca le había llamado a nadie «cariño».
– ¿Qué quieres que te llame yo a ti? – le preguntó Barrett mientras caminaban hacia el estanque – . ¿Mi vida?

– Eh... no.

– ¿Te ofendería que te llamara muñeca?

Ella le estrechó el brazo con más fuerza.

– Ya, te he entendido. Te ofende.

Stacy le hizo colocarse delante de ella.

– Me gusta lo de muñeca.

– De acuerdo... muñeca.

– Bésame – dijo ella, con más intensidad de la que quería.

Barrett miró a las docenas de personas que les estaban observando.

– ¿Ahora?

– Ahora es tan buen momento como cualquiera.

– Bueno, en ese caso, de acuerdo.

Barrett bajó la cabeza, y ella se alzó de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. Después de unos momentos de vacilación, él le rodeó la cintura con los brazos. Por fin, el gran beso. Tenían que aparentar pasión...

– ¿Hacia dónde quieres que mueva la cabeza, hacia la izquierda o la derecha? – preguntó él.

– Yo no pienso en esas cosas, dejo que pasen – era magia.

– Ah, bien.

Los dos se echaron hacia delante y sus narices se chocaron. Cambiaron de posición, inclinaron las cabezas hacia un lado... sus narices volvieron a chocarse.

– No te muevas, lo haré yo – dijo ella.

Stacy ladeó la cabeza unos centímetros. Él, empequeñeciendo los ojos, midió el ángulo. Inclino la cabeza un poco más, luego un poco menos. Por fin, se colocaron, listos para darse el beso. Pero se acercaron el uno al otro a diferentes velocidades. Se chocaron con las bocas e, instintivamente, se echaron atrás.

– Se me ha olvidado calcular la aceleración. Normalmente, se me da bastante bien. Por ejemplo, cuando dos trenes viajan a ciento veinte kilómetros por hora...

Ella alzó una mano.

– Olvídate de los trenes. Olvídate del beso. Esto no funciona.

– ¿Que me olvide del beso? – preguntó él, y parecía desilusionado.

Ella se sentía igual.

– Bueno, supongo que deberíamos intentarlo de nuevo. Pero, primero, tenemos que olvidarnos de que nos están observando.

– ¿Quiénes?

Stacy se dio cuenta de que a Barrett se le había olvidado que tenían público.

– Deja de analizar. Recita nombres de caracoles.

– ¿Que recite nombres de caracoles?

– Fíate de mí.

Y eso fue lo que Barrett hizo.

– Delicatus, elegans, floridanus, fuscoflammellus, lucidovarius, nebulosus, osmenti, roseatus, septentrionalis, vonpaulseni...

Stacy dejó que la aterciopelada voz de él la envolviese con aquellos exóticos nombres. Se inclinó hacia él y lo besó. Contacto directo, sin vacilación, sin necesidad de apuntar... ¡Conexión! Magia. Permanecieron unidos unos segundos antes de separarse.

Ella se preguntó si parecía tan perpleja como lo veía a él.

—Ha sido... muy agradable —declaró Barrett.

—Sí, muy agradable.

Entonces, Barrett bajó la cabeza y volvió a besarla. Sus labios se acariciaron, la boca de Barrett era deliciosamente suave. Ella empezó a respirar trabajosamente. Lo miró y vio que tenía los ojos cerrados, concentrado en lo que estaba haciendo. Ella también cerró los ojos y se entregó a aquellas vacilantes caricias.

Dieron por terminado el beso y se separaron.

—Muy agradable —repitió Barrett con ojos de un azul más oscuro que de costumbre.

—Sí... muy agradable.

Ambos se echaron hacia delante al mismo tiempo. Él le rodeó los hombros y ella el cuello. Un cosquilleo le recorrió el cuerpo. Sintió los dedos de Barrett acariciándole la nuca. Después, él le mordisqueó el labio inferior, suavemente. El beso la estaba dejando casi mareada.

Cuando se separaron, Barrett parpadeó y exclamó:

—¡Guau!

—Sí... ¡Guau!

Cierto, no estaba diciendo nada profundo, pero lo que sentía sí lo era. Aquel beso relativamente inocente la había conmovido mucho más que ningún beso con lengua que se hubiera dado.

Un sonido a la altura de las rodillas llamó su atención. Cuando bajó la cabeza, vio a una niña pequeña vestida de rosa. Barrett la vio también y se cayó hacia atrás... justo al estanque. Por suerte, no se cayó del todo en el agua; metió las piernas y salió chapoteando como un pato.

Stacy lo ignoró y se arrodilló delante de la pequeña.

—Hola, Lynsey.

—Perdona —dijo Eric mientras se acercaba a ellos.

Eric era el hijo de Betty y el padre de Lynsey.

—No te preocupes. Lynsey conoce muy bien a su tía Stacy, ¿verdad, cielo?

Algunas veces, se había quedado cuidando a la niña cuando los padres habían salido por la noche. La pequeña, encantada, balbuceó algo.

—Y este hombre se llama Barrett.

Barrett se estaba escurriendo el agua de los pantalones, pero asintió con la cabeza.

Stacy levantó a la niña en sus brazos y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, cariño? —sintió un peso en el pecho al pensar en lo mucho que deseaba tener un hijo.

Barrett se había acercado a las mesas. Ella se sentó a su lado, con Lynsey encima.

—No es posible que te dé miedo una cosa tan tierna y dulce como... Barrett, vuelve aquí.

—Sé que son tiernos y dulces y lo que quieras, pero no me siento a gusto con los niños. No son razonables, no... —de repente, Barrett agarró un par de sillas—. Será mejor que empiece a recoger las sillas y a llevarlas al centro de la comunidad.

Arlene le vio alejarse apresuradamente.

—¡Maldita sea! Realmente le tiene miedo a los niños. Creía que era mentira, que lo había dicho para que le dejara en paz.

Stacy, que también lo estaba viendo marcharse, dio un beso a Lynsey y la dejó al cuidado de su tío, Joey, el hermano mellizo de Eric.

—Creo que es un caso perdido —le dijo Stacy a Arlene.

Stacy notó que Barrett la estaba mirando; evidentemente, para ver si seguía teniendo a la niña en sus brazos antes de volver a acercarse a ella.

—Ahora que sois una pareja, tenéis que venir al baile esta noche —dijo Nita.

—Sabéis que no voy a bailes —respondió Stacy.

—¿Baile? —Barrett pareció horrorizado.

Nita contestó a la pregunta de Barrett.

—Ernie y Frieda dan clases de baile de salón en el salón de actos del centro los lunes por la tarde, y los sábados por la noche siempre hay baile. Stacy no va a las clases porque no tiene pareja.

—De vez en cuando hago de suplente —dijo Stacy.

Frieda le dio una palmada en el hombro.

—Sí, claro que lo haces.

—Yo no sé bailar —declaró Barrett.

—Es como ese beso —dijo Frieda—. Me refiero al segundo, claro. Y también al tercero. Ya verás como te sale de forma natural.

—Está bien, iremos —Stacy miró a Barrett—. ¿Verdad, cariño?

—Haremos lo que podamos, muñeca.

Las palabras no le habían salido con demasiada naturalidad; sin embargo, le produjeron un hormigueo en el estómago a Stacey.

—¡Esta noche va de salsa! —exclamó Nita.

Después de llevar las mesas y las sillas al centro, ella le dijo a Barrett:

—No voy a molestarte durante el resto de la tarde con el fin de que puedas trabajar. A eso de las siete llevaré una pizza a tu casa para cenar y luego vendremos al baile. No es necesario que nos quedemos mucho tiempo, por lo que podrás seguir trabajando después.

—De acuerdo. Pero yo me encargaré de la pizza —Barrett hizo una pausa y su expresión se tornó reflexiva—. Stacy, ¿has hecho alguna vez algo pensando solo en ti misma? Es decir, porque te guste hacerlo.

Stacy sacudió la cabeza como si su propia mente le estuviera acusando de participar en aquel engaño por algo que no fueran motivos egoístas.

—Me gusta trabajar con los perros y me gusta organizar la fiesta de la comida enlatada. Y también me gusta dar la clase de gimnasia.

Barrett le tomó una mano.

—¿Y qué me dices de lo de fingir ser mi novia?

—Eso también es agradable —respondió ella con un susurro. Inmediatamente, se aclaró la garganta—. Pero sé que solo es teatro, así que no te preocupes.

—Así que lo del engaño lo haces solo por ayudarme, ¿eh?

—Por supuesto. ¿Por qué otra cosa iba a hacerlo? Y ahora, será mejor que volvamos a casa. No te queda mucho tiempo.

—Sí, es verdad.

Capítulo 10

EL engaño aún seguía preocupando a Stacy después de que Barrett volviera a su trabajo. Para animarse, se puso a limpiar la casa.

Ella había hecho lo posible por seguir los pasos de su abuela. Al fin y al cabo, se lo debía, aunque su abuela ya no estuviera allí. Al quedarse huérfana, su abuela se hizo cargo de ella; hacía poco que su marido había muerto y, en realidad, no sabía qué hacer consigo misma. Las dos juntas habían rehecho sus vidas, y su familia eran los residentes de Sunset City, con los que siempre habían podido contar. Su abuela se había sacrificado por ella, había trabajado para mantenerla y la había criado en Sunset City.

Su abuela había sido una santa. Y ella, desde una temprana edad en la que quitaba las malas hierbas en el jardín de Ernie, hacía pasteles y se gastaba el dinero de navidad en regalos para otros, había intentado ser también una santa.

Pero estaba fracasando. No solo estaba mintiéndole a una gente que era como su familia, sino que se estaba mintiendo a sí misma respecto a Barrett. No mentía por él, mentía por egoísmo.

El timbre de la puerta sonó en ese momento, interrumpiendo sus pensamientos.

—Hola, Stacy. Se nos ha ocurrido pasarnos por aquí para ver qué tal van las cosas — dijo Arlene con voz dulce, entrando sin esperar a que la invitaran.

—No está aquí. Está trabajando.

Tanto Arlene como Betty enarcaron las cejas.

—Tiene que terminar su estudio —dijo Stacy—. No podemos pasarnos las veinticuatro horas del día juntos.

Stacy se fijó en una bolsa grande que llevaba Arlene.

—Los romances no tienen en cuenta los estudios.

—¡Vaya! La casa está igual que cuando vivía Mae —dijo Betty examinando el cuarto de estar.

—Sí, bueno, cada vez que pienso en cambiar la decoración, me parece que casi puedo oír a mi abuela decir: «¿Por qué tirar algo que está en perfecto estado y gastar dinero en otra cosa que es prácticamente igual?»

—Era una mujer muy práctica.

—¿Ya te has arreglado para la fiesta de esta noche? —preguntó Arlene.

Las dos mujeres se la quedaron mirando.

—¿Vas a ir así? —le preguntó Betty.

Stacy se miró el vestido de falda larga estampado con diminutas flores y se encogió de hombros.

—No tengo muchos vestidos —ni motivo para tenerlos.

Arlene empuñó los ojos.

—Ese vestido era de tu abuela, ¿verdad?

—No, es mío —respondió ella, intentando disimular su enfado.
—No tienes aspecto de mujer dispuesta a volver loco a un hombre —dijo Betty.
—No, desde luego que no —Arlene asintió.
—No quiero esforzarme demasiado y que se me note —protestó Stacy.
—Es una suerte que hayamos venido —declaró Arlene—. Verás, Betty y yo vamos ahora al estudio de baile, y en la tienda que tienen están de rebajas. Ven con nosotras a comprar algo para esta noche.

Betty la agarró de un brazo, Arlene del otro y la arrastraron hasta el coche.

El estudio de baile de Etta era un pequeño edificio adornado con brillantes notas musicales. La madera del suelo brillaba bajo la luz. Una polca sonaba por los altavoces, a pesar de que, en esos momentos, no estaban dando clases.

Etta, con un repiqueteo de tacones, se acercó a saludarlas.

—Hemos venido por lo de las rebajas —dijo Arlene—. Y también queremos un vestido para Stacy.

Etta miró a Stacy de arriba abajo.

—¿Talla dos?

—Siete.

—Ven, hija. Creo que tenemos un vestido perfecto para ti. Está incluso más rebajado que el resto porque lleva aquí mucho tiempo sin que nadie lo compre. No hay mucha gente de talla siete.

—Queremos algo sensual —dijo Betty—. Puede que algo transparente.

—¿Transparente? —repitió Stacy.

—Sí, pero solo la parte de arriba —clarificó Betty.

Etta revolvió entre unos vestidos y, después de unos minutos, sacó una prenda.

—¡Aquí está! Es muy llamativo.

Lo era. Una mezcla de rojos, morados y amarillos. Unos volantes de crinolina adornaban las mangas y el borde de la falda.

—Es muy... escotado.

—Deberías haber visto lo que Nita quería que te pusieras —dijo Arlene—. Quería prestarte uno de sus vestidos, pero nosotras le hemos dicho que era mejor que tuvieras uno propio.

Stacy alzó el vestido para examinarlo.

—Sí, pero es muy escotado.

—Queremos que estés seductora.

—Provocativa —añadió Betty.

—Preciosa.

Stacy se preguntó qué pensaría Barrett del vestido.

—Vamos, pruébatelo —dijo Arlene.

—¡Buenas noticias! —exclamó Etta desde el otro lado de la puerta—. Tengo una camiseta de caballero que hace juego con el vestido.

Stacy contuvo una sonrisa.

—Estupendo, me parece que le va a encantar —si ella tenía que aguantar ir vestida así, él también.

—¿Y qué hay de los zapatos? —preguntó Arlene mientras ayudaba a Stacy a desnudarse.

– Unos zapatos sencillos de salón con tacones no muy altos. Irán bien con el vestido.
– Igual que tu abuela – dijo Betty sacudiendo la cabeza – . Siempre tan práctica.
– Lo dices como si tuviera algo de malo – dijo Stacy.
– Las mujeres también tienen que tener ropa y calzado no práctico. Ropa para seducir. Apuesto a que tu ropa interior también es práctica.
– Bueno, no sé si lo habréis notado, pero no soy la clase de mujer a la que se le da bien seducir.

– Sí, lo hemos notado – respondieron las otras tres mujeres al unísono.
– Bueno, no está tan mal – dijo Betty señalando el tanga color rosa de Stacy – . Oh, la, la.

– Un tanga – aclaró Stacy innecesariamente.
Se puso el vestido y pensó que estaba más atractiva que con la otra ropa.
– Muy guapa – dijo Arlene examinándola.
– ¿Te importaría abrocharme la cremallera? – le preguntó Stacy a Betty.
– Está abrochada.

Stacy no sintió que el tejido le rozara la espalda. Oyó unos murmullos mientras se acercaba a un espejo tríptico. El escote de la espalda le llegaba prácticamente hasta la cinturilla del tanga.

– ¿Cómo es el vestido que Nita quería prestarme?
– Con el mismo escote que este tiene por detrás, pero por delante – respondió Arlene – . No puedes ir con sujetador.

Casi no lo necesitaba, pero no lo mencionó. Stacy se quitó el sujetador y se miró de frente. También tenía escote por delante y le sentaba muy bien.

– Betty, ¿prefieres maquillarla o peinarla?
– Maquillarla.
– Con mi pelo no se puede hacer nada, es indomable – dijo Stacy.
– Eso ya lo veremos.

La llevaron a una parte de la tienda que era una especie de saloncito. La parte delantera de la estancia era un enorme probador, un mostrador corría a lo largo de una pared y delante había tres sillones tapizados en terciopelo rojo.

Arlene señaló uno de los sillones.
– Siéntate.

Arlene sacó unas pinzas eléctricas del bolso y las conectó a la red.
Betty metió la mano en su bolso.

– Como tú no tienes maquillaje, he traído algunas cosas que vamos a necesitar.
– ¡Sí que tengo!

Betty la miró empujando los ojos.
– Dime, ¿quién te ha enseñado a maquillarte?
– Bueno... nadie.

– A Mae no le interesaba mucho la cosmética, ¿verdad? Tu abuela era una mujer muy sencilla.

– Siempre práctica – corroboró Arlene al tiempo que agarró un mechón de pelo de Stacy con las pinzas eléctricas.

Stacy hizo lo que pudo por no parpadear cuando Betty empezó a ponerle rímel en las pestañas. ¿Había utilizado rímel alguna vez? ¿Le habían maquillado así alguna vez? De

repente, sintió una gran ternura por aquellas mujeres. Sin embargo, también empezó a hacerse algunas preguntas.

—¿Por qué estáis haciendo esto? Creía que querías a Barrett para Denise o para Tanya.

Betty y Arlene se quedaron quietas un momento.

—Bueno... —las mujeres cruzaron una mirada—. Verás, si quieres a Barrett para ti, queremos ayudarte.

—Pero solo si realmente te interesa y no estás tratando de engañarnos.

—No estoy fingiendo —lo había dicho con convencimiento.

—En ese caso, no tienes de qué preocuparte.

—Ahí está —Arlene se echó hacia atrás y examinó su trabajo—. Hermosa.

¿Hermosa? Imposible. Stacy se miró en el espejo y vio que su indomable cabello se ondulaba suavemente. Las rizadas pestañas resaltaban el marrón de sus ojos, que se veían enormes.

—¡Guau!

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir, guau?

Stacy asintió.

Una intensa emoción la embargó al ver a la atractiva mujer del espejo. Nunca se había visto tan guapa.

—¡Bueno, a prepararnos para la rumba! —exclamó Arlene.

Barrett llamó a Stacy para decirle que ya había encargado la pizza y ella le dijo que no se pusiera ninguna camisa. Eso le dejó un poco sorprendido, pero no discutió. No era la primera vez que había besado a una mujer y el beso con Stacy no había tenido nada de particular... desde el punto de vista técnico. Pero en otros sentidos, había sido muy diferente.

Stacy llegó a su casa dos minutos después de que lo hiciera la pizza. Cuando le abrió la puerta, se miraron fijamente.

Stacy parecía Stacy, pero más colorida. Estaba casi fosforescente. Sus labios tenían un brillo rojo y los ojos le cautivaron, estaban llenos de fuego. Los pensamientos lo abandonaron, lo único que podía hacer era mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó ella por fin.

—Estás preciosa.

—¿En serio? Bueno, gracias.

—Y brillas —Barrett se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Y tú estás medio desnudo —dijo ella.

—Me has dicho que no me pusiera una camisa.

—Ah, es verdad —Stacy se agachó y acarició a Elmo—. Hola, Plasta.

Las ropas de Stacy crujieron mientras se encaminaba a la cocina con una bolsa en la mano. Luego, le enseñó una botella de vino.

—Para pillar el ritmo, o para que nos dé valor —entonces, Stacy sacó una camisa de manga larga con unos volantes que hacían juego con su vestido—. Y esto es para ti, de parte de Arlene.

—Mmmmm. Brilla.

—Sí, brilla.

Stacy le dio la camisa; después, abrió un mueble de la cocina y sacó dos copas de vino.

Él había puesto ya la mesa. Así que se puso la camisa, pero solo se abrochó la mitad de los botones.

—Le faltan botones.

—No le faltan, es así —ella le dio una palmada en el pecho—. Muy sexy.

Barrett le miró la mano. El vello de su pecho se enredó en los dedos de ella, sintió que también algo dentro de sí se enredaba.

Stacy apartó la mano rápidamente.

—Bueno, será mejor que cenemos ya.

Mientras comía, Stacy parecía interesada en los caracoles. Tan interesada estaba que llegó a preguntarle los nombres otra vez. Cuando él los recitó, Stacy suspiró.

¿Le gustaban los caracoles? Tenía una expresión de ensoñación.

Después de cenar y de recoger, ella le dijo:

—No te preocupes por lo de no saber bailar. Bailaremos un rato, después nos sentaremos a ver bailar a los demás y luego nos marchamos. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Vas a besarme otra vez?

—No lo creo.

—¿Estás segura? ¿Crees que ya no tienen dudas sobre lo nuestro? Piensa que son muy escépticos. Quizá sería mejor que lo dejáramos bien claro.

—Oh, dudo que duden. Hemos hecho un buen trabajo.

Barrett sonrió traviesamente, igual que un adolescente sin poder controlar sus hormonas.

—Es una lástima, no me habría importado repetirlo.

—¿En serio? —Stacy le estaba mirando la boca. También parpadeó y se aclaró la garganta.

—¿A ti te molestaría?

Stacy dejó caer los hombros.

—No, pero es más complicado que eso. El problema es que el beso... ha sido demasiado bueno. Se supone que tenemos que convencerlos a ellos de que estamos juntos, no convencerlos a nosotros mismos. Puede que, para mí, fuera más fácil olvidarlo. Además, tú te vas a ir a dispersar tus semillas a la selva durante dos años...

—Mis semillas no.

—Pero vas a estar dos años fuera, así que será mejor que no, ¿de acuerdo?

—Supongo que tienes razón —aunque no estaba seguro.

—La tengo —respondió ella con demasiada rapidez y una sonrisa forzada.

—En ese caso, nada de besos, un poco de baile, un poco de no baile... creo que lo he entendido. Aunque hay una cosa que... ¿qué es noche de salsa?

Capítulo 11

EL baile ya había empezado cuando Stacy y Barrett entraron al salón. Una música latina los envolvió con su ritmo seductor. Afuera, la luna se reflejaba en la superficie de la piscina. Parecía una escena de un cuento de hadas, y esa sensación se intensificó cuando Barrett le tomó la mano.

Se volvieron para mirarse, él le estrechó la mano con más fuerza. Antes, le había dicho que estaba preciosa. Ahora, por el modo como la miraba, sabía que lo estaba pensando otra vez. Había dicho que quería volver a besarla. A juzgar por su expresión, quería besarla en ese momento.

Stacy suspiró.

—Eres preciosa —le susurró él.

Instintivamente, fue a negarlo. Sabía que no era preciosa. Quizá resultona, si se esforzaba, como había hecho aquella noche. Pero preciosa no.

—Gracias —respondió ella.

—¿He dicho algo malo?

Stacy rio.

—No, en absoluto. Es solo que... en fin, nadie me ha dicho eso nunca. Me gusta.

Barrett ladeó la cabeza.

—Sin embargo, estás llorando.

—No estoy llorando exactamente. No... déjalo, no lo comprenderías, ¿de acuerdo?

Barrett parecía perplejo.

—No te vas a poner hecha una Magdalena si te digo que también hueles bien, ¿verdad?

Stacy volvió a reír.

—No, no. Es Euforia.

Barrett respiró profundamente y sonrió.

—¿Euforia?

—El nombre de la colonia es Euforia.

—Ah, sí, claro, lo sabía.

Sus miradas se encontraron. El rubio cabello de Barrett se veía sumamente sedoso, y a Stacy le entraron unas ganas enormes de comprobar si era tan suave como parecía. De repente, deseó que Barrett le besara otra vez la palma de la mano.

—¿Te acuerdas de lo que me has preguntado esta tarde, eso de si nunca hacía algo pensando solo en mí?

Barrett, serio, asintió.

—Hay una cosa que estoy haciendo pensando solo en mí. Voy a tener un hijo.

Él le estrechó la mano con fuerza y la miró al vientre.

—¿Ahora?

Stacy se echó a reír, aunque fue una risa tensa. ¿Por qué le estaba diciendo aquello?

Cabía la posibilidad de que fuera por una loca esperanza de tenerlo con Barrett.

Stacy se soltó la mano.

– Todavía no estoy embarazada, pero pronto lo estaré. Hace tiempo me di cuenta de que no iba a haber ningún hombre en mi vida, pero lo que no quiero es quedarme sin tener un hijo. Es algo que he hecho mucho en falta. Tengo casi treinta y dos años y no puedo esperar mucho más.

La expresión de Barrett mostraba absoluta perplejidad. Se le había caído un mechón de cabello sobre los ojos y ni siquiera se molestó en echárselo hacia atrás.

– ¿Quién es el padre? – preguntó con voz temblorosa.

– No lo conozco – admitió ella.

– ¿Que no conoces al hombre que va a ser el padre de tu hijo?

– Me van a inseminar artificialmente.

– Ah – Barrett pareció aliviado –. Pero... ¿por qué vas a inseminarte artificialmente? No creo que sea tan difícil para una mujer que la inseminen de forma natural.

– Supongo que podría hacerlo, pero de esta manera es más fácil.

A Stacy le enterneció la sombra de preocupación que cruzó el rostro de Barrett.

– ¿Vas a hacer esto sola?

– Claro, ¿por qué no? Otras muchas mujeres lo hacen. Por supuesto, me habría gustado casarme y tener familia y todo eso, pero como sé que es imposible, he tenido que adaptarme a las circunstancias. No estoy segura de que las relaciones románticas sean para mí, pero se me da bien cuidar de los demás.

Barrett abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Le había dejado atónito. Daba igual. En un día o dos, Barrett iba a marcharse de Sunset City y, en dos semanas, se iba a la selva por dos años. Quizá incluso pasara allí el resto de su vida.

De repente, Stacy sintió una profunda tristeza.

– Da la impresión de que están teniendo una conversación seria.

Stacy volvió la cabeza. Nita y Jack, disimulando, sonrieron.

– ¿Es que no vais a bailar? – preguntó Nita como si no estuvieran invadiendo su intimidad.

En realidad, no consideraban que estuvieran vigilándolos.

– Sí, claro – respondió Stacy, y se reunieron con el resto del grupo.

– Aquí está la pareja feliz – dijo Betty.

– El punch y los canapés están allí – dijo Frieda –. Pero primero tenéis que bailar.

El ritmo le corrió a Stacy por las venas al mirar a Barrett.

– ¿Bailamos?

Frieda dio a ambos unas palmadas en los hombros.

– No os preocupéis por los pasos, bailad como queráis. Ah, Stacy, haz lo posible por no aplastarle los pies.

– Sí, ya lo sé, ya lo sé.

– ¿Qué tenemos que hacer exactamente? – le preguntó Barrett mirando a las otras parejas y colocando las manos como los demás hombres.

– ¿Te acuerdas de cómo nos besamos? Pues esto es igual. No pienses, no analices. Ya verás, lo haremos bien.

Sorprendentemente, ninguno de los dos pisó al otro. Magia. Era como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Pero eso no era verdad, se recordó Stacy a sí misma. Sin embargo, con Barrett abrazándola y los volantes de la falda acariciándole las piernas suavemente, le resultó difícil convencerse a sí misma de ello. Era solo el momento, la música... Barrett.

¡Cielos!

Betty y Mary pasaron por su lado bailando, las dos eran viudas, y les sonrieron. Frieda y Ernie les guiñaron un ojo. Incluso Nita les sonrió.

—Creo que por fin los hemos convencido —dijo Stacy.

—¿Por fin nos hemos excitado lo suficiente?

Stacy lanzó una carcajada.

—Sí, creo que sí.

Aunque rieron y bailaron por la pista, algo había cambiado entre ellos. Stacy lo notó por la forma como la miraba él. No era con horror, sino con incredulidad. Barrett, que tenía miedo a los niños, debía estar contento de alejarse de su vida antes de que el asunto de la inseminación empezara.

—¿Qué piensa esta gente de... de tus planes? —le preguntó él durante una canción lenta.

—No se lo he dicho todavía y no voy a hacerlo hasta que esté embarazada. Sé que, si se lo dijera, acabarían convenciéndome de que es una locura. Pero no estaré sola; cuando llegue el momento, todos me apoyarán. Una vez que se recuperen del susto, me ayudarán con lo que necesite.

Él le agarró la cintura con más fuerza.

—¿Soy el único que lo sabe?

—Bueno, Ricky también lo sabe; pero no se lo dije, se enteró accidentalmente. Vio los perfiles de los posibles donantes en el espejo de mi cómoda. Es muy cotilla.

—¿Entró en tu habitación?

—Estaba arreglando una tubería. Pero me ha prometido no decírselo a nadie, aunque no estoy segura de que cumpla la promesa. De todos modos, no tiene importancia porque solo faltan dos días para que me inseminen.

—¿Dos días? —Barrett casi gritó.

—Eh, vamos a dejar de hablar de esto, ¿de acuerdo? —le dijo ella en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque, en realidad, no te concierne y, además, me estás mirando raro. Me gusta más que me mires como si te pareciese preciosa. Ahora, por ejemplo, me estás mirando como si estuviera loca.

Barrett miró hacia otro lado.

—No es que piense que estés loca. Creo que comprendo lo que estás haciendo y por qué. Me alegro... me alegro por ti. Lo digo en serio. Al menos, tú sabes cuál es la meta de tu vida. Eso es algo muy importante.

Stacy se inclinó hacia delante y lo besó suavemente en la boca.

—Por las metas de la vida. Un niño para mí y una selva para ti. Puede que ambos encontremos la felicidad.

Pero él no se sentía feliz. Eran las dos de la madrugada y estaba intentando acabar el estudio sobre los caracoles de árbol, y le costaba mucho pensar en algo que no fuera

Stacy. Le quedaba muy poco tiempo y no lograba concentrarse en el trabajo.

Miró a Elmo, que estaba dormido encima de sus piernas. Satisfecho. Solo unos días atrás, la idea de tener un perro encima le habría hecho temblar. Ahora... ahora le hacía sentir ternura. Esa ternura se evaporó al pensar en que iba a tener que abandonar aquel lugar, y a Elmo... y a Stacy. Se había comprometido a pasar dos años en la selva de Bolivia. Trató de recordar el entusiasmo que le había causado que le dieran la beca para hacer el estudio, una beca muy sustanciosa. Ese dinero le iba a dar para vivir y también para hacer la clase de trabajo que le satisfacía. Quizá incluso se convirtiera en su meta en la vida.

Le había dejado perplejo lo que Stacy le había dicho. La envidiaba por saber lo que quería y por ser tan flexible y saber acoplarse a las circunstancias. ¿Pero un niño ella sola? Hasta aquella tarde la había considerado una persona divertida, agraciada y generosa; ahora la veía de otra manera. Stacy era una mujer que anhelaba tener amor y una familia.

Una mujer.

Se había quitado la camisa con volantes y se había puesto una de algodón. La camisa con volantes estaba en la silla contigua a la que ocupaba. Sin despertarlo, colocó a Elmo encima de la camisa.

Barrett salió afuera con la esperanza de que el aire fresco lo espabilase.

Se dio cuenta de que la luz del cuarto de estar de Stacy estaba encendida. ¿Por qué? No, eso no significaba que ella estuviera despierta. No significaba que pudiera ir y llamar a la puerta.

O quizá sí.

A Stacy le llevó menos de un minuto abrirle. Llevaba un pijama estampado con ovejas y nubes sobre un cielo azul de fondo. Solo tenía los botones centrales abrochados, lo que dejaba al descubierto el escote y parte del vientre.

—Barrett, ¿qué te pasa?

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

Stacy le dejó pasar y le condujo al cuarto de estar. El televisor estaba encendido, pero sin el volumen. Lucille Ball se estaba metiendo unos chocolates en la boca.

—No te he despertado, ¿verdad?

—No, no podía dormir —ella lo miró—. ¿Por qué llevas la camisa del revés?

—Oh... Yo...

Stacy tenía razón. No solo llevaba la camisa del revés, sino también desabrochada.

—Perdona, estaba distraído... —pero vio que Stacy esperaba con impaciencia una explicación—. No podía dejar de pensar en lo que me has dicho esta noche.

Ella se mesó el cabello.

—No debería habértelo contado. No pensaba hacerlo, se me ha escapado sin saber por qué. Olvídalo, ¿te parece?

—Cuando has sugerido que volviéramos a casa al acabar de bailar, me he imaginado que era porque no querías seguir hablando de ello. Pero lo siento, Stacy, no puedo olvidarlo. No es la clase de cosa que un hombre puede olvidar.

Stacy se dejó caer en el sofá. Barrett notó que en el sofá había una manta y una almohada.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Barrett. Estarás en la selva antes de que a mí se me abulte el vientre —sus miradas se cruzaron—. Eso es lo que quieres hacer, ¿no? Esa es tu meta en la vida, ¿verdad?

Barrett se sentó en la mesa de centro que había delante del sofá.

—Eso creo. Pero, aunque no fuera así, no me queda más remedio que hacer el estudio porque ya me he comprometido, y nunca en la vida me he echado atrás.

Stacy sonrió, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Y nunca llegas tarde —Stacy se colocó la almohada en el vientre y la abrazó—. Esto no tiene nada que ver contigo. Y cuento con gente que va a ayudarme.

—¿Te dejarán seguir aquí después de que nazca el niño? Es una comunidad de personas de la tercera edad.

Stacy encogió los hombros.

—Es lo más probable. Y si no me dejan, me iré a otra parte. No tiene tanta importancia.

—¿Adónde irías?

—Ya veré si se da el caso. Aunque no pudiera quedarme, la gente de aquí me ayudaría. Son como mi familia —Stacy lanzó una queda carcajada—. Barrett, deja de preocuparte por mí, no me va a pasar nada. Estás preocupado por mí, ¿verdad? ¿Es eso lo que te pasa?

—Sí, estoy preocupado por ti —no le gustaba la idea de que Stacy se fuera a un sitio desconocido sin amigos a su lado—. ¿Cómo voy a enterarme de qué ha pasado contigo?

—Puedo escribirte, incluso puedo mandarte alguna foto. Podríamos vernos cuando volvieras.

—Dos años es mucho tiempo.

—Lo sé —Stacy suspiró—. Todo será diferente cuando vuelvas. Los dos habremos cambiado y mi hijo tendrá la edad que Lynsey tiene ahora... Barrett, creo que es mejor no hacer planes sobre vernos en el futuro —Stacy empuñeció los ojos—. Espero que no hayas venido con la intención de hacerme cambiar de idea. No te lo habría dicho de sospechar que quisieras hacerlo.

Barrett se pasó la mano por los labios, recordándose a sí mismo el beso, cosa que no debía hacer en ese momento.

—Jamás intentaría disuadirte respecto a una cosa así. La verdad es que no sé por qué ha venido, solo sé que no podía dejar de pensar en ello.

Stacy se echó hacia delante y tomó las manos de él en las suyas.

—En serio, no me va a pasar nada. Es lo que sé que quiero.

Barrett asintió.

—Me alegro por ti, Stacy. Serás una buena madre.

—Gracias. A veces, me preguntó si no seré una egoísta al querer traer a un niño al mundo sin un padre. ¿Crees que es injusto para el niño?

—Te mereces ser egoísta alguna vez, Stacy. Además, sabiendo que puedes contar con la gente de aquí, te las arreglarás. Y estoy seguro de que darás a tu hijo todo el cariño que necesita.

—Eso por supuesto —Stacy le dedicó una dulce sonrisa—. Gracias por decírmelo.

Había llegado el momento de marcharse. Era de madrugada, habían concluido la conversación con un final tierno, él tenía que acabar el estudio...

Barrett se oyó decir a sí mismo:

—Stacy, déjame que sea el padre de tu hijo.

Capítulo 12

MUY gracioso, Barrett – Stacy hizo ademán de levantarse para disimular el temblor que le había entrado por dentro.

Barrett le agarró las manos y dijo:

– Hablo en serio.

– No es posible.

– Sí, lo es.

Y su expresión también era seria.

Stacy respiró profundamente, sin quitarle los ojos de encima.

– ¿Es por eso por lo que has venido esta noche?

Barrett bajó la cabeza y se pasó una mano por el cabello.

– No. Bueno, es posible. La verdad es que no sé por qué he venido; pero sospecho que, subconscientemente, lo sabía. Desde que esta tarde me has dicho lo que ibas a hacer, no he podido dejar de pensar en ello. No me gusta la idea de que te introduzcan esperma de un tipo al que no has visto nunca. Yo no tengo ninguna enfermedad ni hay una enfermedad congénita en mi familia, y te prometo que no te daré problemas respecto a la custodia del niño. ¿Qué contestas?

Stacy tenía un nudo en la garganta.

– Hablas en serio.

– Si vas a seguir adelante con esto, quiero ser el padre. No sé si alguna vez me casaré y formaré una familia, pero me gusta la idea de saber que tengo un hijo... contigo.

Stacy volvió a respirar profundamente en un esfuerzo por calmar los temblores de su cuerpo. Sabía la respuesta que iba a darle.

– Sí.

– ¿Te parece que celebremos el trato?

La celebración empezó con un beso tierno. Barrett le acarició la nuca mientras le pasaba los labios por los suyos, hacia un lado y hacia el otro, con un movimiento increíblemente sensual para ser un científico como era.

Stacy sintió el rastro húmedo que la lengua de él le dejó en el labio inferior. La estrechó contra sí. Ella emitió un suave sonido, entre gemido y gruñido, un sonido extraño. Abrió los labios y él le tocó la punta de la lengua con la suya. Sintió una especie de corriente eléctrica. Nunca la habían besado así, nunca un beso le había afectado de esa manera, fundiéndola con la otra persona.

Cuando oyó a Barrett emitir un gemido gutural, casi se derritió.

Barrett se apretó contra ella mientras profundizaba el beso. Stacy sintió toda la lengua de él acariciándole la suya y volvió a emitir esa especie de gruñido extraño.

Cuando se separaron para respirar, Stacy dijo:

– Tus besos son fantásticos.

¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía tan satisfecha?

—He seguido tus consejos, me he dejado llevar por el instinto.

Stacy le acarició la nariz con la suya.

—¿Puedes seguir dejándote llevar por el instinto?

Barrett le respondió con otro beso, cubriéndole la boca, penetrándosela con la lengua. Y cuando ella se la chupó, Barrett dejó escapar un gemido ahogado. El beso se hizo aún más ferviente.

—Sabes muy bien —le dijo él entre besos.

Stacy se aferró a él. Ahora, Barrett estaba encima de ella en el sofá, besándola con pasión.

¡Y qué pasión!

«Esto es lo que querías desde el principio, hacer el amor con él, tener su hijo y, luego, decirle adiós».

Stacy le bajó la camisa por los hombros y él se la acabó de quitar. Acarició la espalda de Barrett y luego le besó el cabello mientras él le besaba la garganta y el escote.

Barrett le desabrochó los dos botones del pijama y se lo abrió.

—Eres preciosa —dijo Barrett acariciándole los pechos.

Sí, se sentía preciosa bajo la apasionada mirada de Barrett. Él la hizo ponerse de rodillas en el sofá y le quitó la camisa del pijama. Entonces, la abrazó, piel contra piel. Ella, aferrada a Barrett, apoyó la cabeza en su pecho y oyó los latidos de su corazón. Barrett, con una mano, trazó tiernos círculos en su espalda, con la otra, le acarició la nuca.

Stacy se dio cuenta de que se había enamorado de él. Sí, estaba enamorada de Barrett. Por eso era por lo que le parecía tan maravilloso tener a su hijo con él, concebirlo con amor en vez de hacerlo a través de una experiencia impersonal, clínica.

Se estrechó contra él lo más que pudo, dejando que su amor los envolviese, queriendo transmitírselo. Él no solo le estaba dando un regalo único, sino también la experiencia amorosa más tierna y, simultáneamente, apasionada de su vida. Y, lo más importante, amor.

Cuando se separaron, Barrett le alzó la barbilla y luego le acarició el rostro suavemente. Lo vio tragar saliva antes de bajar la cabeza para besarla con dulzura.

¿Qué le estaba haciendo? Stacy se estaba muriendo por dentro. Malo era estar enamorada de él, pero... ¿acabaría pensando que no podía seguir viviendo sin Barrett? Eso no le ayudaría en mucho.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Barrett.

Stacy se dio cuenta de que se había perdido en la agonía de sus pensamientos, no había respondido a sus caricias.

—¿Dónde has aprendido a hacer el amor así?

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió él.

—Porque... bueno, para ser un científico, lo que estás haciendo no es científico ni clínico. Es maravilloso. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Me estás dejando atontada.

Barrett sonrió.

—Es como lo de besar, Stacy. No estoy analizando, no estoy dirigiéndome a un objetivo, no estoy pensando. Simplemente, me estoy dejando llevar.

Stacy se levantó del sofá y le ofreció la mano.

—El sofá no es el lugar adecuado para concebir a nuestro hijo.

Stacy le llevó a su pequeño dormitorio; allí, encendió solo la luz de la mesilla de noche. La cama estaba deshecha, como siempre. Todo estaba igual que de costumbre y, sin embargo, la habitación le pareció completamente distinta; Barrett la había hecho cambiar, igual que a ella.

Le agarró la cinturilla de los pantalones, pero Barrett la abrazó sin darle tiempo a desabrochárselos.

—Hay otra cosa que explica cómo estoy haciendo el amor... tú — Barrett la besó otra vez, profunda y lánguidamente.

Por fin, Stacy le bajó la cremallera de los pantalones y se los bajó hasta el suelo; a continuación, los calzoncillos, acariciándole las piernas con las yemas de los dedos mientras se los bajaba.

Barrett le agarró la cinturilla del pantalón del pijama y tiró de ella hacia sí, besándola como si no lograra saciarse de ella. Stacy estaba tan consumida por el beso que casi no se dio cuenta de que Barrett le estaba bajando los pantalones del pijama por las piernas. Utilizó el pie para bajárselos hasta el suelo con el fin de no tener que interrumpir el beso.

Ella le llevó a la cama. Barrett le exploró el cuerpo como si fuera un frágil objeto de valor incalculable, su expresión era reverente. Todas las partes de su cuerpo recibieron la misma atención, incluso sus pies. Ella cerró los ojos y se entregó a las sensaciones que ese hombre estaba provocando.

—Podría pasarme así toda la noche.

—De acuerdo —le contestó Stacy en un susurro.

Barrett lanzó una queda carcajada, pero continuó acariciándole las piernas mientras ella... flotaba y se dejaba, sin dar nada.

De repente, Stacy abrió los ojos y empezó a incorporarse.

—Es tu turno.

Con suavidad, Barrett la empujó hasta tumbarla otra vez.

—No, es tu turno. Me parece que tienes que aprender a ser egoísta de vez en cuando.

—¡Pero estamos concibiendo a mi hijo! Quiero hacer algo por ti.

Barrett le plantó las manos en el pecho.

—Darte un hijo me parece un acto generoso y me gusta la idea de mostrarme generoso. Aunque, en realidad, no lo es.

—¿Que no lo es?

¿Quería Barrett formar parte de la vida de su hijo?

—No lo es debido a lo que me hace sentir saber que vas a tener un hijo mío. Eso anula el factor generoso. Así que no te preocupes, es mi turno.

Barrett se apoderó de uno de sus pezones con la boca y lo acarició con la lengua. Stacy volvió a derretirse. Barrett quería darle placer y ella se aferró a ese pensamiento mientras él seguía acariciándole los pechos.

—Siempre hueles tan bien... —susurró Barrett.

—Euforia —dijo ella con un suspiro mientras la boca de Barrett descendía, dejando un húmedo rastro en su vientre hasta posarse en una zona completamente distinta de su cuerpo.

Las caricias eran tan exquisitas que Stacy temió morir de placer. Jamás le había hecho

eso nadie, y estaba segura de que nadie podía hacerlo mejor.

No tardó mucho en llegar al límite de la euforia, y no estaba pensando en la colonia. Barrett sabía perfectamente lo que estaba haciendo, sabía cuándo parar y cuándo reanudar las caricias. Y también sabía que ella estaba a punto.

Stacy gritó su nombre y él la dejó cruzar el límite del placer.

Y justo cuando empezaba a recuperar el sentido, Barrett volvió a llevarla al límite, y solo con unos movimientos de su lengua en el lugar apropiado.

Barrett la besó con movimiento ascendente, hasta el rostro, y le susurró:

—Sabes tan bien...

Stacy le rodeó el cuerpo con las piernas y se arqueó hacia él. Barrett estaba completamente excitado, duro y dispuesto. Ella le guio adentro. Barrett la penetró despacio, echándose atrás y volviendo a introducirse. La llenó en más sentidos que el físico. Ella le clavó los dedos en los hombros mientras Barrett se movía despacio dentro de su cuerpo. Stacy contuvo la respiración, siguiéndole el ritmo, durante más tiempo del que había creído posible. Las sensaciones se intensificaron hasta el punto de hacerle temer estallar de placer. Y estalló.

Stacy se estremeció y Barrett, con un último empujón, lanzó un gemido profundo.

Transcurrieron largos minutos antes de que Barrett se separase de ella para tumbarse a su lado. Tenía el rostro enrojecido y el cuerpo bañado en sudor. Él alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Supongo... supongo que puedes explicar esto científicamente, ¿no? Endomorfina... o como se llame. ¿Acción y reacción? —le preguntó ella.

Barrett le acarició la mejilla con la punta de la nariz.

—La única explicación es... euforia.

Cuando Stacy se despertó a las diez de la mañana del día siguiente lo hizo sola. Se sentó en la cama, sintiéndose sudorosa, agotada y algo abandonada. Aguzó el oído. Nada, ni un ruido en la casa. Quizá Barrett, después de lo ocurrido por la noche, se sentía incómodo.

Se levantó de la cama y se dio una ducha. Aún podía sentir sus caricias. Aún podía olerle. Era casi como si estuviera allí, con ella. Pero no estaba allí y ella no podía justificar la sensación de soledad que tenía.

—¿Quieres compañía?

Stacy volvió la cabeza hacia la puerta de cristal biselado. El corazón le dio un vuelco al ver la silueta de Plasta a través del cristal acompañado del hombre que la había trastornado aquella noche.

—Si por compañía te refieres al perro, no, gracias. Si la compañía eres tú, sí.

Barrett dejó al perro y entró en la ducha. Estaba desnudo.

Plasta empezó a aullar tan pronto como Barrett volvió a cerrar la puerta, pero el ruido del agua de la ducha ahogó los quejidos del animal.

Ella le pasó una esponja enjabonada por el pecho.

—¿Es por el perro por lo que te has marchado?

—Pensé que necesitaría salir y que, probablemente, también tendría hambre.

¡Y a ella no se le había ocurrido pensar en el perro! Quizá le estuviera gustando

demasiado lo de ser egoísta.

– Creía que habías huido.

– ¿Por qué iba a hacer una cosa así? – preguntó él con honestidad, como si no pudiera comprender semejante cosa.

– Creía que quizá te sintieras incómodo ahora por la mañana...

Barrett le quitó la esponja y empezó él a enjabonarla.

– No es que me opongá a pasar toda la noche con una mujer, lo que pasa es que, hasta este momento, nunca me había apetecido.

Con suavidad, Barrett empezó a lavarle los pechos y el vientre. Ella lanzó un suave gemido y se arqueó ligeramente. Barrett se arrodilló y le pasó la esponja por las piernas mientras le besaba el pubis...

Stacy le puso un dedo debajo de la barbilla y le obligó a levantarse.

– Anoche me mimaste, ¿te acuerdas? Me dejaste ser egoísta.

Stacy le quitó la esponja y la tiró al suelo de la ducha. Mientras le besaba el pecho y el vientre, dijo:

– Ahora te toca a ti.

Capítulo 13

EL domingo lo pasaron haciendo el amor, comiendo e incluso trabajando. Barrett preparó tostadas. Después de que la pasión los arrollara encima del sofá, él fue a su casa a por el ordenador y sus papeles, e hizo un primer borrador de su estudio. Stacy rebuscó entre las recetas de cocina de su abuela e hizo carne mechada al horno.

Mientras hacía unos cálculos, Barrett observó a Stacy moverse por la cocina. Durante los cuatro embarazos de su hermana Kim, su madre decía que estaba resplandeciente. Stacy estaba resplandeciente. En realidad, estaba pasando más tiempo observándola que trabajando.

En una semana, Stacy se había convertido en parte de él. Gene y Judy regresaban al día siguiente, y él volvía a su casa con el fin de hacer los preparativos para el viaje de dos años que, quizá, llegara a ser la meta de su vida.

Pero quería pasar más tiempo con Stacy, quería examinar esos sentimientos que no había experimentado nunca antes.

Sentía una extraña angustia, y no era porque tuviese hambre ni por la falta de sueño. Ni siquiera mirar a Elmo, que estaba sentado encima de sus piernas, lograba aliviar esa sensación; en realidad, tuvo el efecto contrario.

A él, que no le gustaban los perros, le iba a costar mucho abandonar a ese animal. Había llamado a Kim para convencerla de que se lo quedara ella, pero la respuesta había sido negativa: —Barrett, tengo cuatro hijos, dos de ellos llevan pañales. ¿De dónde iba yo a sacar tiempo para cuidar de un perro?

Barrett volvió a mirar a Stacy y la sorprendió llevándose una mano al vientre.

—¿Te encuentras mal?

Ella le sonrió.

—He oído decir que algunas mujeres sienten el momento en el que se han quedado embarazadas. Creía que era una tontería, pero tengo la sensación de que puedo sentirlo. En serio, puedo sentirlo.

Barrett, rápidamente, dejó a Elmo encima de la silla y se acercó a ella.

—¿Estás embarazada?

—Bueno... no lo sé. Es posible.

Barrett le puso las manos en el vientre.

—¡Guau!

Stacy se echó a reír.

—Sí, guau. Tendrás que darme tu dirección para que pueda mandarte fotos del niño; es decir, si quieres que lo haga.

—Por supuesto que quiero. No te preocupes, te explicaré cómo localizarme. Me mantendré en contacto contigo.

—Eso espero —dijo Stacy con voz suave y algo triste.

Dos años lejos de ella. Dos años sin verla a ella ni al niño, sin ver al niño crecer.

Pero una voz interior le recordó que le daban miedo los niños; además, Stacy había decidido que quería tener un hijo sola. Sin embargo, en ese momento, no parecía querer estar sola; en realidad, parecía asustada.

La vio enderezar los hombros.

—No te preocupes, sé que no tengo derecho a esperar nada de ti. Si quisieras formar parte de nuestras vidas cuando vuelvas, serías bien recibido. Lo que no quiero es que te sientas obligado, ¿de acuerdo?

Stacy se dio media vuelta y fue a ver qué tal se estaba haciendo la carne.

—Me gustaría formar parte de vuestras vidas... en la medida en que me sea posible —esos dos años en la selva le parecía que iban a durar como diez.

Stacy le sonrió, pero no era una verdadera sonrisa.

—Me parece muy bien. Bueno, creo que ya podemos comer.

Elmo recibió una ración de carne mechada y, tras lamerse el morro vigorosamente, volvió a sentarse encima de Barrett. Stacy no comió mucho, pero sí miraba mucho a Elmo.

—Te va a echar de menos.

—Yo ya le estoy echando de menos —respondió él—. He pensado en quedármelo, pero no me lo puedo llevar a la selva y nadie se lo quiere quedar.

Stacy apoyó la barbilla en una mano y suspiró.

—Sí, lo sé. Se me había ocurrido quedármelo yo, pero con el embarazo y luego el niño... además, ese perro no me tiene cariño. No, no tendría sentido que me lo quedara. A veces, uno quiere cosas en la vida que no tienen sentido.

—¿Estás segura de que vas a salir adelante tú sola?

—¿Yo? Claro, por supuesto —Stacy lanzó una ronca carcajada—. Tengo lo que quería, un hijo. Es decir, creo que lo tengo. Si no me he quedado embarazada, lo haré vía inseminación artificial.

—Podríamos intentarlo otra vez.

Stacy se levantó y llevó su plato a la cocina.

—Vas a pasar fuera dos años, no puedo esperar tanto tiempo. Te agradezco la oferta, pero...

—Dime qué ha pasado. Envíame un mensaje. Ya se nos ocurrirá algo.

No le gustaba la idea de la inseminación artificial. Quería ser el padre. Él sentimiento posesivo que se apoderó de él lo sorprendió. Nunca se había mostrado posesivo con nada.

Nunca había tenido nada que realmente le importara.

—A lo mejor deberías haberte ido a tu casa —dijo ella con voz suave—. Sé que tienes que entregar el estudio mañana y todavía no lo has acabado. No olvides que nunca te retrasas.

—¿Estás pidiéndome que me vaya?

Stacy se quedó en silencio un momento.

—Sí. Será más fácil, ¿no te parece? Además, después de pasar la noche entera haciendo el amor, estoy agotada.

Barrett asintió, dejó su plato en el fregadero y volvió a la mesa.

—Si quieres, puedo volver luego.

—No, no me parece buena idea. Te veré mañana por la mañana antes de que te

vayas; después, llevaré a Elmo al centro de acogida.

— Podría volver mañana por la tarde para pasar un rato contigo, voy a tener algo de tiempo libre antes de marcharme.

— Es muy tentador, pero, como ya he dicho, es menos complicado acabar con esto de una vez.

— ¿A qué te refieres con «esto»?

— A lo que hay entre nosotros.

Barrett se dio cuenta de que había un «nosotros»; al día siguiente, no lo habría. El ataque de angustia se hizo acuciante.

— Sí, lo comprendo. Menos complicado.

En ese caso, ¿por qué le parecía mucho más complicado?, pensó mientras recogía los papeles y el ordenador.

— Entonces, buenas noches.

Barrett la besó brevemente. Antes de darle tiempo a besarla otra vez, Stacy dio un paso atrás y dijo:

— Buenas noches.

Al día siguiente, Stacy fue a casa de Barrett para despedirse de él y para recoger a Elmo. Tenía un enorme peso en el pecho y los ojos le escocían. Era ridículo estar enamorada de un hombre al que solo conocía desde hacía una semana. Pero lo adoraba. Y no podía hacer nada por evitarlo.

Barrett estaba metiendo un montón de ropa en el coche. La tiró encima del asiento posterior y, cuando la vio, empezó a caminar hacia ella. Plasta le siguió.

— Buenos días.

Stacy se hizo una visera con la mano para protegerse los ojos de la luz del sol.

— Buenos días.

— ¿Qué tal has dormido?

— Bien. ¿Y tú?

— Terrible.

Barrett era demasiado honesto. Mentir era mucho más sencillo. Mucho mejor no decir: «me he pasado toda la noche pensando en ti y preguntándome qué puedo hacer para lograr que te quedes, que pierdas el vuelo y que no acabes aburrido de mí dentro de tres meses».

Stacy se agachó y miró a Plata.

— ¿Listo para volver al centro?

Como si supiera lo que le había dicho, Plasta se protegió entre las piernas de Barrett.

— Lo siento, pero a veces no se puede tener lo que se quiere — añadió ella.

— Pero tú sí tienes lo que quieres, ¿verdad? — preguntó Barrett.

Stacy se puso en pie.

— Sí, claro.

¿Podía Barrett ver en sus ojos que mentía?

— Si esperas un momento, cerraré la casa y te acompañaré al centro.

— Sí, claro, estupendo.

Diez minutos más tarde aparcaron delante del edificio del centro de acogida para

perros. Bien, había llegado el momento de decir adiós. Barrett se había encariñado con el animal; si era capaz de abandonarlo, también sería capaz de abandonarla a ella.

Una de las voluntarias a la que tenía un gran cariño, Coreen Ernest, estaba de recepcionista aquella mañana. La alegre morena estaba al teléfono.

RJ la saludó con la mano detrás del cristal de su despacho. Él también estaba hablando por teléfono.

Stacy había verificado aquella mañana que la mujer de los cinco perros ya había ido a recogerlos y que la jaula de Plasta estaba libre.

Ella y Barrett se dirigieron a la parte del edificio donde residían los perros, en jaulas a lo largo de un pasillo largo. Los animales empezaron a ladrar frenéticamente. La celda de Plasta tenía ya un cuenco con agua y otro con comida.

—Hogar, dulce hogar —dijo ella mientras abría la celda.

La expresión de Barrett era de angustia. Los otros perros no habían dejado de ladrar y Plasta parecía amedrentado. Ella comprendía el dilema de Barrett, pero también el motivo por el que no podía quedarse con el animal: los perros, los niños y las familias no encajaban con su estilo de vida. Pero ella había albergado la esperanza de que cediera respecto al perro; de esa manera, quizá también cediera respecto a la familia y a los niños.

—Estoy segura de que alguien se lo llevará pronto, no te preocupes —le dijo ella al tiempo que dejaba al perro en la jaula—. Hasta luego, Elmo.

Elmo se quedó pegado a la puerta y los miró con expresión triste en sus salientes ojos.

Al salir del edificio, Barrett alzó los ojos al cielo y suspiró profundamente antes de mirarla a ella.

—Mantenme informado de lo que pasa, ¿de acuerdo? Incluso con lo que pasa respecto a Elmo.

—Sí, claro.

—Gracias por ayudarme con lo de las mujeres de Sunset City... me refiero a lo de hacerte pasar por mi novia y todo eso.

—Tengo que confesarte algo. No fue un acto falto de egoísmo. Me gustabas y quería conocerte mejor. Me alegro de haberlo hecho.

—Yo también.

—Y gracias por...

Él le puso un dedo en los labios.

—Ni lo menciones siquiera. Quería hacerlo. Puede que quisiera sentirme unido a ti. Stacy se arrojó a él y lo abrazó con fuerza.

—Voy a echarte de menos —le dijo Barrett con voz forzada.

—Yo a ti también.

—Ojalá no tuviera que ir a hacer ese estudio en Bolivia...

Esta vez, fue ella quien le selló los labios con un dedo.

—No digas eso. Sé que tienes que hacerlo porque es tu trabajo. Te deseo suerte y espero que encuentres tu meta en la vida. Quizá lo consigas en la selva.

—Es posible —dijo él sin convencimiento.

Barrett se acercó al coche sin apartar los ojos de ella. Cuando se sentó al volante, puso en marcha el coche y luego se pasó un minuto ahí sentado sin moverse.

Por fin, cuando se puso en marcha, Stacy sintió un dolor que le traspasó los huesos.

— ¡Maldita sea! — exclamó Stacy en un intento por aliviar lo que sentía.

Con profunda tristeza, volvió a entrar en el centro, empezó a trabajar con dos perros que ya había tenido en su casa alguna vez, y trató de no pensar en la vida que ya estaba creciendo en su vientre ni en el vacío que sentía en el corazón. Pero después de oír a Elmo aullar sin cesar durante media hora, se dio cuenta de que no podía continuar allí ni un minuto más.

Capítulo 14

BARRETT pudo oír los ruidos en el interior de su casa desde el descansillo. Dentro, el piso era un absoluto caos. Los dos chicos mayores estaban corriendo entre los muebles. La alfombra ya no era blanca.

– ¡Tim, Paul, parad! – gritó Kim.

Kim estaba sentada en el sofá con el menor de sus hijos en el regazo. Alzó el rostro y lo vio junto a la puerta.

– Hola. Te prometo que dentro de media hora estaremos fuera de aquí y te habremos dejado en paz. David ha ido a recoger la furgoneta y, cuando venga, meteremos las cosas y nos marcharemos. Perdona por haberte echado de casa. Espero que hayas entregado el estudio dentro del plazo que tenías.

– Sí, lo he hecho.

– Estupendo.

Barrett se encogió de hombros. Ciertamente, era estupendo, ¿no? Había conseguido acabarlo aquella noche; entre otras cosas, le había sido imposible dormir.

– ¿Cuándo te vas a Bolivia?

– El viernes.

– Debes estar encantado.

– Sí, claro.

Su hermana ladeó la cabeza.

– Te noto algo raro. ¿Te encuentras bien?

Él sonrió.

– Estoy bien – pero no se sentía bien. Y tampoco estaba entusiasmado con el nuevo proyecto.

Y temía saber por qué.

Kim vio a uno de sus hijos gatear hacia Barrett.

– ¡Ronnie, ven aquí con mamá, cariño! Ven con mamá, al tío Barrett no le vuelven loco los niños.

Llamaron a la puerta, era su padre. Llevaba una de sus acostumbradas camisas lisas con pantalones a rayas y una chaqueta deportiva encima.

– Bueno, has acabado el estudio, ¿verdad? Claro que sí, qué pregunta más estúpida.

Naturalmente que lo había acabado, él nunca se retrasaba. Y nunca se echaba atrás cuando empezaba algo.

– Aquí lo tengo, aunque no me ha dado tiempo a encuadernarlo todavía.

Barrett apartó unos pañales y abrió el portafolios. Su padre se sentó y empezó a ojear el estudio.

– Hola papá, yo también me alegro de verte – dijo Kim.

Su padre emitió una especie de gruñido y alzó la cabeza, pero evitó la mirada de su hija. Hasta ese momento, Barrett no se había fijado en que su padre solo se preocupaba

de él; no parecían importarle ni su hija ni sus nietos. Los niños se alejaron de él y continuaron jugando, aunque haciendo menos ruido.

Su padre continuó examinando el estudio, feliz en su pequeño mundo. Un mundo que excluía amor y compañerismo.

Barrett vio a su padre agrandando los ojos con interés mientras ojeaba el informe. De repente, se dio cuenta de que no quería ser como él. No quería ser así... pero lo era. Y lo era no porque hubiera nacido así, sino porque se había convertido en esa clase de persona.

En el momento en que Barrett sintió que algo le tocaba el tobillo, Kim gritó:

— ¡Tim, sujeta a tu hermana! Está molestando al tío.

La niña tenía una edad parecida a Linsey, la pequeña de la fiesta de la comida enlatada. No le daba miedo. Le incomodaba, pero ese no era motivo suficiente para llevársela de allí. La levantó en sus brazos y la pequeña le enseñó un par de dientes. Recordó la forma como Stacy había tenido a Linsey en sus brazos, con naturalidad. Él hizo lo mismo, aunque quizá no con la misma naturalidad.

— Barrett... — Kim lo miró con la boca abierta.

— No te preocupes, es mi sobrina.

La niña olía muy bien. Le agarró un botón de la camisa, encantada con él. Le gustó tenerla en sus brazos. Él también iba a tener un hijo. Iba a ser padre.

Incluso los dos chicos mayores lo miraron con sorpresa. Cuando Barrett miró a su hermana, fue él quien tenía la boca abierta. Su hermana estaba dándole el pecho al más pequeño. Una manta cubría la cabeza del niño, añadiendo discreción al acto.

Le resultó increíblemente fácil imaginar a Stacy haciendo lo mismo.

Barrett se volvió a su padre, que, inmerso en los papeles, no se estaba enterando de lo que pasaba a su alrededor.

— Papá. ¡Papá!

Por fin, su padre alzó la cabeza, pero ni siquiera se fijó en que Ronnie estaba en los brazos de Barrett.

— ¿Qué?

Barrett se le acercó y sentó a Ronnie en las piernas de su padre.

— ¿Has tenido alguna vez a tu nieta en los brazos?

Su padre lo miró sin comprender. Después, miró a la niña, que mostraba un gran interés en sus gafas.

— No. ¿Por qué?

— Porque no te quedas un rato con ella mientras lo piensas. A propósito, ya sé cuál es la meta de mi vida.

— ¿Liggus fasciatus? ¡Eso es fantástico! Sabía que te gustarían. Son las piedras preciosas de los Everglades.

— No, no tiene nada que ver con los caracoles. Hasta ahora, siempre había pensado que la meta de mi vida tenía que ver con algo científico, con mi trabajo.

— ¿Y con qué otra cosa puede tener que ver?

Barrett se quedó mirando a su padre durante unos momentos.

— Tiene que ver con puestas de sol y con ver perros y dragones en las nubes. Tiene que ver con el placer que puede darte tener un perro encima de las piernas. Y, sobre todo, tiene que ver con una mujer que me ha enseñado todas esas cosas. Y si no le

parezco demasiado estúpido, voy a convencerla para que me deje adorarla durante el resto de su vida.

Cuando Stacy aparcó el coche delante de su casa, sabía que algo pasaba. Quizá fuera porque había visto al escuadrón de jogging hacer sus ejercicios horas antes de lo acostumbrado y, justo en ese momento, estaba dando la vuelta a la esquina de su calle. Habría jurado que se habían puesto en marcha al ver su coche.

–Hola, Stacy –dijo Ernie.

–Hola, cariño –dijo Frieda mientras ambos se le acercaban.

Jack, que también pasaba por ahí, hizo sonar el timbre de su bicicleta. De repente, se paró, retrocedió y se acercó.

–Buenos días a todos. Me alegro de verte, Stacy.

Arlene paró su carro de golf detrás del coche de Stacy. Sacó a los perros, los dejó en el jardín de la entrada y también se aproximó.

–Buenos días, Stacy. Un día precioso, ¿verdad?

Sí, muy sospechoso. Un súbito pánico le asaltó. ¡Ricky había contado sus planes!

–¿Qué es lo que pasa? –preguntó ella mientras todos se esforzaban por aparentar normalidad.

–Hemos visto a Barrett esta mañana –respondió Betty.

Stacy se permitió un suspiro de alivio. No estaban allí por lo del banco de esperma.

–Sí, se ha marchado. A pesar de vuestros esfuerzos por impedirselo, ha terminado el estudio y se ha ido. Gene y Judy vuelven hoy al mediodía.

–Bueno, ¿y cuándo va a volver? –preguntó Arlene.

Una punzada de dolor le atravesó el pecho.

–Se va a la selva de Bolivia a pasar dos años. Así que, por lo menos, tardará ese tiempo en volver. Pero puede que no lo haga nunca.

Todos emitieron murmullos de indignación.

–¿Quieres decir que no se ha comprometido?

–¿Que no te ha declarado amor eterno? –gritó Frieda.

Stacy se apoyó en el coche y cruzó los brazos.

–Supongo que será mejor que os confiese que todo ha sido una farsa, me refiero a lo de nuestra relación. Lo hicimos para que le dejarais en paz y pudiera trabajar –ojalá fuera verdad todavía.

–¿Una farsa? –Arlene dio un pisotón en el suelo.

–¡Jamás lo habría imaginado! –exclamó Betty.

–Vamos, chicas, dejáros de tonterías –dijo Nita—. También nosotros deberíamos dejar de mentir. Verás, Stacy, cuando vimos esa chispa entre tú y Barrett, nos dimos cuenta de que, por fin, habías encontrado a un hombre digno de tu enorme corazón.

–¿Chispa? ¿Qué chispa?

–Sabíamos lo de la farsa por el artilugio sónico de Ernie –añadió Nita al ver la expresión atónita de ella—. Pero también sabíamos que, como eres tan considerada, no querrías molestar a Barrett para que pudiera trabajar. Por eso forzamos las cosas un poco.

Stacy se quedó boquiabierta.

— ¿Quieres decir que lo del beso y todo eso formaba parte de un plan diseñado por vosotros?

— Sí — contestó Nita —. ¡Pero no ha funcionado!

— ¿En qué nos habremos equivocado? — se lamentó Betty.

Ernie dijo:

— ¡El primer tipo al que no espantamos y se marcha por voluntad propia!

Entre la algarabía, Stacy aguzó el oído.

— ¡Eh, un momento! ¿Qué es eso del primer tipo al que no espantáis?

Todos se quedaron en silencio. Nita miró a su alrededor.

— ¿Quién ha dicho eso? Nadie ha dicho nada.

— He sido yo — admitió Ernie.

— Y Nita, tú has dicho que un hombre digno de mí.

— Sí, claro. ¡Menudos elementos que has traído aquí!

Frieda empezó a enumerarlos:

— Bob había estado casado cuatro veces, pero no lo dijo, mintió al respecto. Ted tenía una condena por fraude. Cal no tenía un trabajo bien remunerado en una compañía de seguros como te dijo, no tenía trabajo.

— Y Rupert no solo no había estado casado sino que seguía estándolo — declaró Ernie.

Stacy sintió una extraña presión en el pecho al mirar a su familia.

— ¿Cómo os enterasteis de todo eso?

Ernie alzó la barbilla.

— No olvides que fui espía en la guerra. Tengo mis métodos de investigación.

— Y los demás nos limitamos a... desanimarlos para que no volvieran — dijo Arlene.

— Solo lo hicimos porque te queremos, cariño — dijo Betty.

— Queremos que seas feliz, pero tiene que ser con un hombre que te merezca. Un hombre que no te haga sufrir y que no se aproveche de tu bondad — añadió Jack.

Stacy sintió una inmensa ternura por ellos.

— Lo mismo que con tus trabajos — dijo Ernie asintiendo.

De repente, Ernie se dio cuenta de que había revelado otro secreto.

— ¡No sabes cómo guardar un secreto! — le gritó Nita.

— ¿Habéis saboteado mis solicitudes de trabajo? — inquirió Stacy.

— Lo hemos hecho por tu bien, cielo — contestó Frieda—. Fíate de nosotros, esos trabajos no eran para ti.

— Había empezado a pensar que era una fracasada.

— Nos hemos sentido un poco mal por eso — dijo Jack—. Pero cuando consigas ese trabajo de ayudante del director del centro de acogida, ya verás como habrá valido la pena.

— ¿Qué trabajo? — eran demasiadas cosas para asimilarlas todas a la vez.

— A esa mujer no le importan los animales. No creo que dure mucho más ahí — dijo Betty.

Lo que era probablemente cierto, y ella sabía que se había quejado de eso de vez en cuando. Betty había podido comprobar la indiferencia de Naomi por experiencia propia, cuando fue al centro para adoptar a su segundo gato.

Frieda dijo:

— Lo que no comprendo es cómo has podido dejar escapar a Barrett. Ese hombre está

enamorado de ti, eso es evidente.

— ¿Evidente? — repitió Stacy, ignorando la parte de dejarlo escapar.

Nita decidió dar su opinión:

— No creo que haya podido hacer nada, debía tener compromisos. Es un hombre adorable que sabe mantener una promesa. No se le puede culpar de ello. Además, se escribirán y se mantendrán en contacto.

— Eso nunca sale bien — dijo Frieda.

— Nosotros nos manteníamos en contacto cuando yo estaba en la guerra — dijo Ernie.

— ¡Porque estábamos casados ya! ¡Era tu obligación!

Arlene había tomado a uno de sus perros en los brazos.

— Sigo sin comprender cómo ha podido dejar a nuestra Stacy. Sobre todo, teniendo en cuenta lo especial que era la relación.

— El amor de verdad es muy difícil de encontrar — dijo Betty con un suspiro.

Nita también suspiró.

— También es muy difícil encontrar a un buen hombre.

Stacy se dio cuenta de que no podía ir al aeropuerto, agarrar de la camisa a Barrett e intentar impedirle que se subiera al avión. Pero quizá pudiera hacer algo que mantuviera vivo su recuerdo, amar algo que también había recibido el cariño de Barrett.

— Tengo que irme.

— ¡Va a ir a buscarlo! — exclamó Frieda dando palmadas.

— No, eso no puedo hacerlo. Barrett, después de haberse comprometido a algo, no se echa atrás nunca.

— Es demasiado buena — protestó Nita.

— Pero voy a sacar a Elmo del centro. Será como tener una parte de Barrett conmigo.

Paseó los ojos por aquellos rostros tan queridos y se preguntó si debía enfadarse con ellos o abrazarlos.

— Os quiero mucho a todos — dijo Stacy metiéndose en el coche —. ¡Y ahora, fuera de aquí!

Aparcó el coche delante del centro y, tan pronto como entró, RJ le hizo una señal con las manos para que entrase en su despacho.

— Hola, me alegro de que hayas vuelto. Coreen me había dicho que no ibas a volver hoy.

— Sí, esa era la idea. ¿Qué pasa?

— He despedido a Naomi esta mañana.

Stacy se sentó en la silla que había delante del escritorio.

— ¿Por qué?

— Ya sabes que no estaba haciendo un buen trabajo, pero había mejorado algo desde que tuve una larga y seria charla con ella. Sin embargo, el incidente con los perros este fin de semana pasado ha sido la gota que colma el vaso.

— Entiendo. No ha sido muy considerada al alquilar la jaula de Elmo a una mujer porque esta estaba dispuesta a hacer una donación.

— No es eso solo. Según la mujer, Naomi se ha guardado parte de la donación, y eso sí que no puedo tolerarlo. Después de acusarla de haber aceptado dinero, ha acabado por admitirlo. Así que... ¿quieres el trabajo? No se me ocurre nadie mejor que tú para

el puesto.

Stacy se alegró de estar sentada.

– Yo... estoy encantada.

– Estupendo. Mañana, si quieres, te presentaré oficialmente al personal.

Stacy caminó hacia la puerta como si flotase. Pero algo la hizo volver la cabeza y preguntar:

– ¿Quién era la mujer de los perros? Lo digo por si se repite el incidente con ella.

– Elvira Presley, ¿puedes creerlo? Y tenía tres perros azules que se llaman Blue, Suede y Shoes.

Stacy forzó una carcajada antes de salir al vestíbulo. Arlene había ido allí con sus perros, algo que no había hecho nunca, con el fin de deshacerse de Naomi. Teniendo en cuenta la adoración que sentía por esos perros, había hecho un sacrificio inmenso. Arlene debía haber tomados prestados a Killer y a Teeny para que el número de perros fuera cinco.

No le iba a quedar más remedio que aclarar la situación con RJ al día siguiente. No obstante, no pudo evitar sentir un inmenso cariño y agradecimiento por todas las molestias que se habían tomado. Sus amigos la querían, pensó con un suspiro.

Coreen estaba ocupada con una cliente, por lo que ella fue directamente a la zona donde estaban las perreras.

La celda de Elmo estaba vacía.

En la puerta de las celdas había carteles con los nombres de los perros; en el cartel, seguía puesto su nombre, pero los papeles ya no estaban. Quien lo hubiera adoptado, se lo había llevado inmediatamente.

Stacy volvió al vestíbulo y vio que Coreen seguía ocupada. Se despidió de RJ agitando la mano y salió, pensando que ojalá se sintiera tan alegre como era el día.

Fue entonces cuando vio a Barrett sentado en el asiento contiguo al del conductor, en su propio coche.

Debía ser un espejismo producto del deseo sobrecogedor de volver a verlo.

Stacy se acercó al coche y abrió la puerta. El espejismo seguía ahí y tenía a Elmo encima de las piernas.

– Hola, Stacy.

¡Y estaba oyendo voces!

Cuando se sentó al volante, incluso olió la loción del afeitado de él. Después de respirar profundamente, volvió la cabeza.

– Si eres producto de mi imaginación, deja de atormentarme y desaparece.

– No soy un producto.

Ella le tocó el brazo y vio que era de carne y hueso, caliente por el sol. Se echó a reír.

– Tenía que asegurarme de ello. Como he pensado tanto en ti, creía que te había imaginado.

– Yo también he pensado mucho en ti – dijo Barrett.

Stacy miró a Elmo, que, encima de las piernas de Barrett, también la miraba a ella.

– ¿Lo has adoptado?

– Sí. Y también he cambiado la meta de mi vida. He seguido tu ejemplo.

Stacy temió que el corazón fuera a saltarle del pecho.

– ¿En serio?

—Sí, pero he hecho lo contrario que tú. Tú has decidido eliminar de tu vida a un marido, y yo he decidido añadir a la mía una esposa e hijos.

—¿Sí? —gritó ella—. ¿Y qué hay de esparcir tus semillas por la selva?

Barrett parpadeó.

—No iba a esparcir mis semillas... Bueno, da igual, eso no tiene importancia. Estoy buscando a alguien que se haga cargo del proyecto por mí. No creo que me cueste mucho, ya que se trata de un estudio muy lucrativo —Barrett le cubrió las manos con las suyas—. ¿Crees que me va a costar mucho convencer a cierta dama para que cambie su meta en la vida de tal manera que haya cabida para mí? No te estoy aburriendo, ¿verdad? Has puesto una cara que...

Stacy se arrojó a él y lo besó. Elmo saltó de las piernas de Barrett a tiempo de no ser aplastado, poco antes de que ella se sentara encima de Barrett.

Cuando acabó de besarlo a conciencia, le dijo:

—¿Contesta eso a tu pregunta?

—Me parece que sí.

Stacy lo miró fijamente.

—¿Has dicho que estás enamorado de mí?

—Bueno, ya sabes que no soy un experto en estas cosas, pero creo que sí. Es más, hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que te adoro. Por supuesto, voy a tener que seguir estudiando el tema; ya sabes, trabajo de campo...

—¿Va a incluir eso gráficos y listas de números? —preguntó ella con voz temblorosa.

Barrett le tocó el labio inferior.

—No, eso sería muy aburrido. Por trabajo de campo me refiero a... besar, tocar, acariciar, ir juntos de la mano... todas esas cosas.

—Yo también estoy convencida de que te adoro. ¿Te parece que comparemos notas?

—Buena idea. Por ejemplo, cuando estoy contigo, el corazón me late a un ritmo de un treinta por ciento más que de costumbre, y también me pasa cuando estoy solo y pienso en ti.

—A mí me ocurre lo mismo. Y me encanta besarte. Podría pasarme el día entero besándote.

—Yo también. Los niveles de dopamina en mi cerebro...

Stacy alzó los ojos.

—¿Quieres decir que te sientes casi mareado?

—Exacto —Barrett se movió ligeramente debajo de ella—. Y no hay que olvidar el factor «erección».

Stacy notó la evidencia de dicho factor.

—Sí, por supuesto.

—Me parece que deberíamos estudiar esto con detenimiento. Los dos solos trabajando juntos, explorando los diferentes niveles de sensaciones, excitación, romance... —Barrett le agarró una mano, le dio la vuelta y le pasó la lengua por la palma—. Estoy científicamente seguro de que seremos expertos dentro de unos... nueve meses.

—Doctor Barrett Wheeler, estoy de acuerdo.

Epílogo

DISPUSIERON de unos meses más de los que habían calculado para acabar el estudio. Stacy no se quedó embarazada durante aquel loco y apasionado fin de semana; concibió tres meses más tarde, en su noche de bodas.

Hacía dos días que había dado a luz a una niña; y, ese día, las dos mujeres de Barrett habían ido a casa.

Stacy se recostó en las almohadas que Barrett le había colocado en el sofá. Megan estaba en los brazos de su padre, profundamente dormida. Elmo estaba encima de Stacy, contento de tenerla de vuelta en casa. La lealtad del perro cambió cuando Stacy se quedó embarazada; como si hubiera notado lo especial de la situación, se había convertido en su más grande admirador.

—Es igual que su madre —dijo Kim mirando a la niña.

Nita sacudió la cabeza.

—No, se parece a Barrett. Tiene el mismo pelo rubio y espeso que él.

Ernie dijo:

—En mi opinión, parece una ciruela pasa.

—¡Ernie! —exclamaron varias de las mujeres que había en el cuarto de estar.

Stacy tenía aspecto de cansada, pero estaba más guapa que nunca. Barrett quería que se marcharan todos para poder estar a solas un rato con su mujer y su hija. Fue una idea egoísta que se le pasó con rapidez; al fin y al cabo, aquellas personas eran su familia.

Stacy miró a su marido y a su hija y a él le dedicó una sonrisa.

—Creo que se parece a los dos.

Barrett se había tomado un mes de vacaciones, entre los proyectos en los que estaba trabajando para la universidad de Miami. Desde que se había enamorado de Stacy, ya no se sentía inquieto ni con necesidad de cambiar de proyectos constantemente. Era feliz allí, en Sunset City. Estaba satisfecho de trabajar en la universidad. Y era muy, muy feliz con Stacy.

Megan se movió, bostezó y volvió a dormirse. Quizá él no lograra ver ángeles en las nubes, pero su hija sí le parecía un ángel.

—Yo también quiero un hijo —se lamentó Ricky acariciando el brazo de la pequeña.

—Ya te llegará el momento —le dijo Arlene dándole una palmada en el brazo—. Tú y Tanya os estáis haciendo muy amigos.

Ricky sonrió.

—Sí, es verdad. Gracias por presentarnos.

—Pero compórtate, ¿me oyes?

—Sí, señora.

—Es una suerte que se te haya pasado el miedo a los niños —le dijo Arlene a Barrett—. Habría sido muy inconveniente, ¿no te parece?

—Ha estado practicando con los hijos de su hermana — explicó Stacy.

Gene y Judy se les acercaron.

—Y todo porque se nos ocurrió a Gene y a mí ir a un crucero — dijo Judy—. El mejor crucero en el que hemos ido.

Barrett no pudo imaginar lo que habría sido su vida si Gene y Judy no se hubieran ido y no le hubieran dejado la casa de al lado, no podía imaginar su vida sin Stacy.

—Os voy a pagar otro crucero como gesto de agradecimiento.

Kim dijo:

—Eh, yo también quiero ir a un crucero. Si nuestras tuberías no hubieran estallado, no habrías venido aquí.

—De acuerdo, enviaré a tus tuberías a un crucero — dijo Barrett.

Kim lanzó un gruñido.

—¡Dios mío, Barrett ha hecho un chiste!

Barrett apretó los ojos.

—Si dejas de tomarme el pelo, te pagaré un crucero.

—Trato hecho.

Kim se sentó al lado de Stacy.

—Quizá dentro de un par de años podamos ir juntos a un crucero. Aunque tendríamos que encontrar alguna niñera...

—¡Yo!

—¡No, yo!

—¡Cualquiera de nosotras! — exclamó un coro de mujeres.

Barrett se acurrucó al lado de Stacy y empezó a acariciarle la nuca. Le tenía sobrecogido de emoción que Stacy le hubiera dado una hija.

Kim dijo:

—Barrett, me parece que no lo sabes, pero papá se pasó por el hospital esta mañana. Estaba mirando a Megan por los cristales. No se ha quedado mucho tiempo, pero me llegó a saludar cuando me acerqué y le dije: «felicidades, papá».

—¿Qué te dijo?

—Sonrió. Quizá se esté ablandando. Incluso ha hablado con mamá antes de que ella se marchara. Creo que mamá se va a quedar a en Miami durante una temporada. Ha dicho que nos echa de menos y también a los niños. Parece contenta con el trabajo que le ha salido en el restaurante. Barrett, ¿te acuerdas de que papá y mamá bailaron juntos el día de tu boda? Quizá haya alguna esperanza.

Arlene susurró:

—Eh, mirad, Stacy se ha dormido. Vámonos para que pueda descansar un rato, ¿de acuerdo?

Barrett suspiró de alivio, pero agradeció a todos la visita.

Se marcharon en silencio, pero él no vio al último en hacerlo porque estaba mirando a su esposa, que estaba con la cabeza apoyada en su pecho...

Pero Stacy no estaba dormida. En el momento en que la puerta se cerró, abrió los ojos.

—¿Se han ido ya?

—¿Te has hecho la dormida?

Ella asintió con una traviesa sonrisa.

– Quería estar a solas contigo. ¿Estás enfadado?

– De ninguna manera.

Stacy miró a la niña, que no fingía estar dormida, lo estaba.

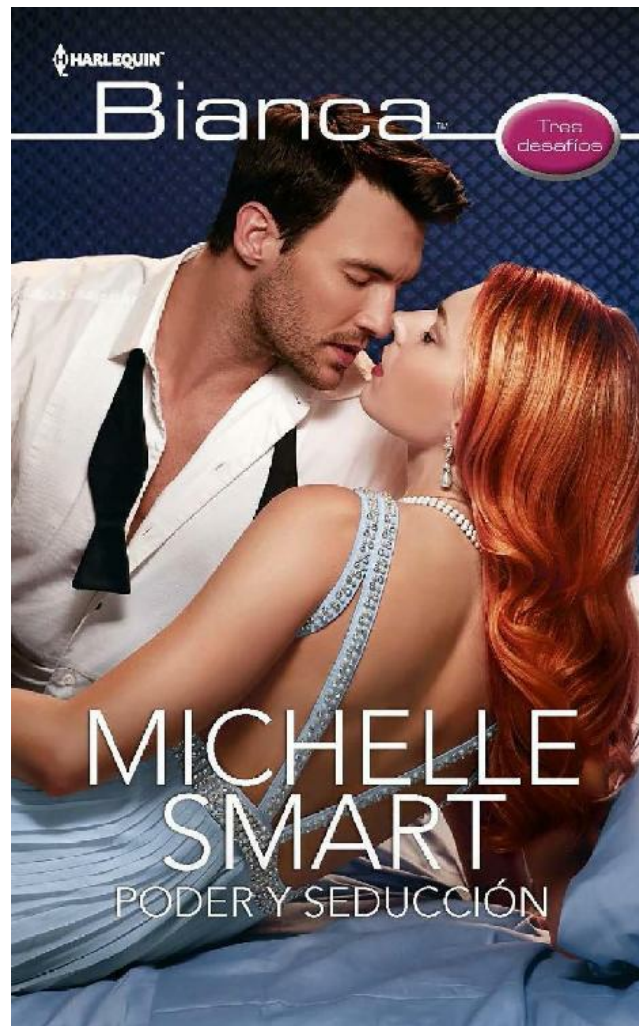
– Podríamos meterla en la cuna y cuidar un poco de tu cuerpo, hacerle cosas interesantes. Te hemos tenido muy descuidado durante los últimos meses.

Barrett, con Megan en los brazos, se puso en pie y ayudó a Stacy a levantarse.

– ¿Interesantes a la manera de la Tater Tot casserole?

– Oh, mucho más interesantes que eso.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com